

BN
RD863.42
D159ca
1944

RAFAEL DAMIR

LA CACICA

Novela premiada en el concurso literario
celebrado con motivo del
Centenario de la República



11536/80

La lectura es
maestra de los cultiva-
dores y amantes de la
sabiduría

Con afecto

Lic. 

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

DEL CESARISMO,
MONOLOGO DE LA LOCURA,
¡AY DE LOS VENCIDOS!
ESTAMPAS,
PIMENTONES,
DE NUESTRO SUR REMOTO,
LA CAIDA DEL CACIQUE,
AL MARGEN DE UNA BIOGRAFIA DEL BENEFACTOR
LA SONRISA DE CONCHO
REVOLUCION.

DE TEATRO

ALMA CRIOLLA,
LA TROVA DEL RECUERDO,
MIENTRAS LOS OTROS RIEN,
COMO CAE LA BALANZA,
TRES MINUTOS DE OTRO TIEMPO.
En colaboración con A. Lagroffo:
UNA FIESTA EN EL CASTINE,
LOS YANQUES EN SANTO DOMINGO.

EN PREPARACION

Novelas
JIMMY
PASO UNA GARZA MORENA.

RAFAEL DAMIRON

LA
CACICA

NOVELA PREMIADA EN EL CONCURSO LITERARIO CELEBRADO CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LA REPUBLICA

Imprenta "La Opinión"
Ciudad Trujillo, R. D.
— 1944 —



11536
D16

Es propiedad del autor

P 16
R.D863.42
Q15900
1944



034953





Impresión
Editora Alfa y Omega
José Contreras 69 - Tels. 532-5577/78
Santo Domingo,
República Dominicana.

Título Original:
"LA CACICA"

CAPITULO I

Designado para representar la iglesia en el pequeño poblado de Hato Mayor del Rey, el Presbítero don Alejandro Sepúlveda, que desde dos días antes había salido de la Capital, ganaba, bajo un aguacero torrencial, el fangoso camino que atravesaba la sabana de Los Hatillos.

Miedo infundía aquella soledad sin término, y la posibilidad de que la noche se echara sobre el llano en donde era difícil encontrar un árbol para guarecerse, y mucho más, un bohío hacia donde dirigirse en busca de hospitalidad. A cuatro metros de distancia, cuando la tormenta arreciaba, era imposible distinguir lo que pudiera ser en aquellos alrededores. Alguna res, casi inmóvil, como con la piel encogida para defenderse del viento y del agua, era lo único que rompía la monotonía agobiante de aquel hato en donde vivían las manadas de bovinos realengos que allí nacieron y crecían, como sobre auténtico pasto de sus dueños.

El Padre Sepúlveda, sin más compañero que su criado, siempre retrasado en estos menesteres de viandantes, volvía intermitentemente la cabeza para cerciorarse de que su compañero no se había perdido en medio de aquel insoportable tiempo que no daba visos de poner fin a su furia.

El paraguas característico de su talante de prudente Representante de Dios, de nada le servía, y con todo, lo mantenía abierto sobre su cabeza, encima de las anchas alas de su sombrero de duro fieltro, de manera que la lluvia

hiciera dos escalas antes de llegar a invadir la sagrada tonsura que coronaba su testa de pastor.

Cada vez que un trueno retumbaba, después del amenazante zig-zag de luz que parecía agrietar el firmamento, Padre y criado, se santiguaban, las cabalgaduras paraban las orejas, y a no ser por su perfecta doma, se habrían soltado a escape enloquecidas por el miedo.

Los cálculos de estos peregrinos no debían fallar, y esperaban estar en Hato Mayor del Rey con la tarde de aquel día. Sin embargo, Ildefonso preguntaba como rubricando la señal de la cruz que le imponía cada relámpago.

—Padre, ¿estamos muy lejos todavía?

—No, hijo, no, antes de anochecer estaremos desensillando.

E Ildefonso agregaba:

—Dios lo quiera Padre...

Y la lluvia seguía con su ritmo desalentador. Aquellos caminos estrechos, que parecían ríos inmóviles y profundos, se bifurcaban en veredas que fácilmente hacían perder el rumbo a los viajeros no bien orientados.

La fauna que por allí vagaba, compuesta de caballos, asnos, cabras, carneros y reses, cubría regularmente el mismo itinerario en sus andanzas libres, y trazaba caminos y trillos que confundían, y que lo mismo conducían a una aguada, que a un pasto reverdecido.

Pero el Padre Sepúlveda, que había pedido sus monturas a un conocido traficante de comercio del poblado hacia donde iba dirigida su misión, confiaba en el instinto de sus dos cabalgaduras para llegar seguro a la casa del Sacristán, que precisamente, sería, a su vez, quien lo ayudaría en el ejercicio de su Ministerio.

Y ya con los últimos reflejos de aquel día, muy opacos por cierto, divisó, entre sombra y luz, las primeras viviendas de aldea.

Aún cuando lloviera, y aún cuando pareciera que nadie se enterara. Después del Sacristán, de su presencia allí, se oyó en el templo un simbólico repique de campanas que

anunciaba la presencia del Representante de Dios en el seno de aquella sociedad cristiana.

Como era costumbre, el repique de las campanas fue repetido tres veces.

Ya en la Sacristía, empapado hasta lo más recóndito de su levítica indumentaria, exclamó el Padre Sepúlveda:

—Demos gracias al Señor por habernos conducido con bien a su casa acogedora.

Cambiándose de ropas entregó al criado la sotana el sombrero y el paraguas, con esa calma beatífica que tanto luce a quienes tienen aprendidas todas las filosofías de la paciencia humana.



A pesar de la hora y del tiempo, cundió por el poblado la nueva de la presencia del Padre Sepúlveda, y todos los feligreses se impusieron la obligación de asistir a la primera misa de la mañana siguiente.

El arribo de este buen Presbítero a aquel poético poblado, era como una cura moral que se ofrecía a la inconformidad de los fieles que de manera casi violenta, habían insistido en la sustitución de su antecesor, por espacio de cinco años, Director allí de la Grey del Señor. Mientras más reducida es una Sociedad, más ardiente es la fragua en que se alimentan las pasiones, las intrigas y las murmuraciones. Quiere todo pequeño vecindario, que las personas que son destinadas a conducir intereses morales en su seno, actúen del modo que cada quién considera a su capricho, y como resulta impracticable satisfacer la enorme disparidad de conceptos que pretenden imponerse, quien no tenga una fuerza material con que acallarlos, será víctima de las más deprimentes angustias. No eran pocos, pues, los que antes que el Padre Sepúlveda y sus compañeros, habían ocupado la dirección de aquella parroquia, siempre hostilizados por la implacable insidia de aquellos, que, o se discutían sus preferencias, o procuraban su parcialidad.

Después de largas y reflexivas indagaciones, escogió el Arzobispado al bondadoso Padre Sepúlveda, que era en verdad, todo paciencia, todo persuasión, y todo rectitud. Además, una inteligencia poco común entre los de su sagrada profesión.

A las cuatro de la mañana, ya con el cielo limpio, lleno de estrellas que se reflejaban en toda la amplia humedad del llano, comenzaban las campanas de la iglesia a avisar a los fieles la celebración de la primera misa; luego, y con un amanecer que prometía diáfana luz de sol, se ofrecería otra, cantada, en obsequio de los fieles de mayor rango. Habría, también, Sermón.

Todo, como se había prometido, resultó a las mil maravillas. El incienso olía mejor; los fieles se buscaban con las miradas como para ratificar su unánime satisfacción frente a los santos oficios, y oyeron, entusiasmados, las palabras simbólicas que sobre el amor entre los hombres, les dirigía el Padre Sepúlveda, evocando las cristianas prédicas del Señor.

Luego, fué repartido pan eucarístico entre los fieles que recibían de hinojos la absolutoria y saludable primicia de Dios, y hasta que no volvieron a sonar las campanas, todos permanecieron en el templo.

Comenzaba, pues, para el reverendísimo Padre Sepúlveda, la obligación de apañar su cayado de pastor para conducir aquel rebaño de almas que en él ponían la esperanza y la fe, como en Dios, el poder de los milagros.

Con los días fué adquiriendo, este bondadoso misionero, prerrogativas que espontáneamente le conferían todos aquellos que de él esperaban los mayores privilegios morales. Miembro del Honorable Ayuntamiento; Presidente de la Benemérita Protectora de la Iglesia; Presidente de la Junta de Ornato, y Tesorero de la Hermandad Católica.

Abrumado por estos honores, y queriendo, en alguna forma reciprocitar testimonios de tanta confianza, creó el Padre Sepúlveda una escuela de enseñanza primaria de la cual sería su Director honorario, disponiéndose, así, a devolver con enseñanzas útiles, todas aquellas pruebas de

cariño que sin límite le habían dado los habitantes de la aldea.

Noticia de tanto aliento circuló por los campos aledaños de Hato Mayor del Rey, y no fueron pocos los padres que solicitaron la inscripción de sus hijos en la lista de los escolares que habrían de formar la "Escuela del Padre Sepúlveda", como así denominaron a este nuevo centro educativo que abriría sus puertas sin distinción de clase en aquella localidad.

El Padre Sepúlveda tuvo que suplicar, a la generosidad de sus discípulos, suspender la obligación que se habían impuesto de ofrecerle regalos todos los días en nombre de sus padres. No quería el escrupuloso y sincero protector de la infancia que se pretendiera sobornar en forma tal su buena disposición por la enseñanza en aquel medio.

Y la escuela fué ciertamente a modo de un faro encendido en medio de la noche que desde mucho tiempo mantenía a obscuras el pensamiento y la vida de aquella región.

Dedicado así a los santos oficios y a la cultura, el Padre Sepúlveda llegó a ser la confianza de toda la Grey. Su intervención era solicitada para todos los litigios. Una decisión suya, era cosa que nadie discutía. Cuando el Padre Sepúlveda lo dice, ha de ser la verdad, concluían cuantos a él recurrían en sus diferencias.

Y no era sólo en las divergencias de orden material que se procuraba su intervención, si que también, en muchas cuestiones de orden moral que su discreción guardaba lejos de las intrigas particulares.

Hato Mayor del Rey encontró en el Padre Sepúlveda, su mejor guía, su más clarividente conductor.



En los alrededores de aquellos predios tranquilos que los Amparos Reales repartieron entre cuatro familias, algunas personas que gozaban de gran fama por la holgura

de su economía, y por el tradicional prestigio de sus ancestros, se distinguían, los unos, por la abundancia de su ganado, los otros, por las riquezas de sus fundos, o por la extensión de sus hatos.

Ricos en onzas de oro, que guardaban enterradas debajo de las piedras, cada uno de ellos era a la manera de un cacique cuyo gobierno aceptaban todos los insolventes trabajadores de su vecindad.

El cacique era el único agente de comercio; el único criador. La marca de su posesión, lo mismo en la señal de la oreja de su ganado, que en el signo que dejaba impreso el hierro candente que estampaba sus iniciales en la piel de las bestias, eran tan respetados y tan sagrados, como implacable el castigo que se imponía a quienes, audaces, se atrevieran a poner manos para alterarlas, o las robaran en beneficio de cuatrерías condenables.

Los triunfos políticos, la decisiva victoria de unas elecciones para representar en el Congreso de la República la Provincia de que era parte principal esta región de Hato Mayor del Rey, dependía, con mucho, de la cooperación de estos grandes terratenientes. Eran ellos la concurrencia de todas las voluntades; la balanza electiva habría de inclinarse del lado que su voluntad prefiriera.

Recuas de distintas cabalgaduras cruzaban los inmensos llanos de este lado de la República, conduciendo frutos, o trayendo mercancías de la ciudad Capital. Peones armados con sables de empuñaduras de cuerno, recamadas de espejos y falsas pedrerías, guiaban estas caravanas por encima de las cuales se oía el estallido intermitente del largo látigo que excitaba los nervios de las monturas. Entre los *furoles* de la silla de montar, y en el ángulo de las piernas del jinete, se destacaba el plateado *remitín* que garantizaba el éxito de estas incursiones, contra posibles, aunque muy raras contingencias.

En aquel ambiente, que en otro país hubiera sido de pastores, vivía el hatero madrugador que sabía otear entre breñales confusos el sitio de las vacas recentinas, y curar el ombligo de los becerros con los misteriosos sortilegios

de una cruz, un credo y un ensalme sobre la huella que encontraba en la tierra seca.

Conocía el rumbo habitual que trillaban las *puntas* de ganado por aquel reverdeciente aprisco, y no olvidaba la querencia de aquellas que, a la hora de los reclamos de su especie, vagaban errabundas en busca del toro bravío que habría de fecundarlas.

El hato huele siempre a vida sana. Lo ancho del paisaje hace soñadores a quienes han vivido forzados a la contemplación. La lucha entre bestias, la obligada imposición de la inteligencia contra las diferentes fuerzas brutales que se oponen a sus designios, hace del hatero un hombre sin miedo, con masculinidad, forma, y expresión de dominio. Domar un potro, enlazar un toro, enfrentarse a una manada enloquecida por el pánico, es cosa de hombres que no admiten apocamientos, ni vacilaciones.

Por éso, del hato ha surgido siempre un gran guerrero, y su vida de libertad ha sido tan propicia al esfuerzo de toda lucha titánica en la historia de la República.

El hatero no tiene hora fija para comer, lo hace, cuando las circunstancias le son favorables a una tregua para ello. En su cotidiano monteó, lo mismo puede ser sorprendido por la noche a muchas leguas de su casa, que por el medio día, en donde no haya frutos ni agua para calmar su hambre y su sed. Ya lo hará cuando regrese, —piensa— y sigue con su lazo terciado al hombro, hasta encontrar lo que busca, en cualquier jalón de la sabana.

El antiguo habitante de estas regiones llevaba siempre enrollada a la cintura una *colcha* de color encendido para defenderse de las reses bravas que solían salir a su encuentro, y que con la habilidad de un diestro las burlaba, o rendía, en medio de la sabana.

Y si tales eran sus afafanes, ¿cuáles no serían sus pasiones? Nobles, y fuertes.

Mezcla de orgullo y convicción de potencia individual.

Fanáticos en su religión, todo lo confiaban al poder divino de la virgen de la Altagracia, que allá, en otro po-

blado cercano, hacía milagros y cuidaba de la felicidad de todos los creyentes.

De ahí, que un Ministro de Dios fuera el más adecuado pastor de almas en este interesante pedazo de la isla.

La confesión del hatero era leal, y nunca la llevaba al corazón del Representante de la iglesia, sin que su secreto fuera fruto de la verdad y del anhelo de estar siempre dentro de sus mandamientos.

El Padre Sepúlveda, relacionado ya con todos los vividores de esta comarca, sabía ver a través de cada una confesión, el alma de quien la depositaba en su bondad. De modo, que no le fué difícil hacer de la pequeña escuela que había instituído, un centro fácil para combatir el analfabetismo que mantenía a estos pobladores tristemente alejados de la cultura humana.

En su casa particular, en donde él recibía visitas a la hora en que ya habían terminado sus sagrados oficios, se reunían los padres de sus discípulos, recibiendo de su serena palabra toda clase de esperanzas para el porvenir de las nuevas generaciones. Era el Padre Sepúlveda, el eje central de todas las aspiraciones de la sociedad que lo rodeaba.

A treinta leguas de la ciudad Capital no era fácil estar orientado del movimiento de una civilización, que hasta en la misma urbe central, se esparcía maculada de prejuicios.

Sólo quienes tenían la obligación de mantener relaciones constantes con los pobladores del interior de la República, se arriesgaban a las penalidades de un viaje lleno de irremediables peripecias.

Ser enviado a la parroquia de Hato Mayor del Rey en el año 1890, era aceptar una misión heroica, y el Padre Sepúlveda, a la manera de los antiguos misioneros, era ya en su sede, sólo pensando dejar allí, a la hora de su regreso, un recuerdo digno de su espíritu hecho para el bien de los demás.

Y así, con su dulce mirada fija siempre en la cúspide del campanario de la iglesia, sentía deslizarse los días, con esa sonrisa beatífica que le era tan peculiar en los instantes en que sólo se movía en su alrededor el *cernicalo* gris

que revoloteaba hasta dormirse en los brazos de la cruz que sobresalía de un ángulo del templo.

Los resultados de su escuela eran positivamente halagadores. No había sido infructuoso su empeño, y ya a los seis meses de asidua labor, muchos de sus discípulos sabían leer y contar con precisión.

Satisfecho y ufano habló de ello en un sermón, y dió gracias a Dios por haberlo iluminado de tal suerte.

Aquellos niños que sólo sabían calcular de la manera rutinaria que aprendieran de sus mayores, con un puñado de granos que les servían para sumar por docenas los frutos que eran objeto de comercio, ya hacían uso de un lápiz y un papel para la realización de sus negocios.

Si para sus padres este progreso significaba algo que colmaba su comprensión, para el Presbítero Sepúlveda, esto constituía una satisfacción que lo enorgullecía. Era el bien repartido como Dios manda: Por Amor.

Y ésto, que fué el inicio cierto de una nueva norma de vida entre los municipales, dió vida a otras escuelas, alientos de mayor orientación que tendieron a transformar la vida de aquellos lugares ricos, cuya naturaleza era tan noblemente utilizada por el trabajo.



CAPITULO II

Don Alejandro de los Reyes había asistido aquella mañana a los funerales que tuvieran lugar como tributo de recordación por el alma de su esposa desaparecida nueve días antes.

Cuando ya el Padre Sepúlveda se encontraba en su casa, recibía la visita de tan prestigioso propietario de la comarca.

—Querido Padre,—dijo don Alejandro de los Reyes— ahora que me he quedado solo, no sé cómo comenzar los días que me esperan.

—El Señor, que vela por todos, —contestó el Padre Sepúlveda— habrá de tenerlo en cuenta, y no ha de permitir que usted no encuentre conformidad y solución a sus problemas.

—Que así sea, Padre.

—No olvide que le queda a usted una hija, y que ahora, más que nunca, necesita élla de su cuidado y de su cariño.

—Precisamente, Padre, a eso he venido a donde usted. Como no debe estar fuera de su conocimiento, vivo ahí en Los Hatillos, cerca de aquí, y me será muy difícil estar todo el día con mi hija, tan joven aún, en aquella soledad.

—¿Y qué cree usted que yo podría hacer en su beneficio?

—Ahí vamos, querido Padre: yo he pensado enviarla aquí al pueblo todos los días con el propósito de que usted la reciba en su escuela, y me la eduque. Tengo que formarla

una mujer, soy bastante acomodado, y no tengo quien maneje mis intereses, que son de élla.

—Yo le felicito, don Alejandro, y puede usted estar seguro de que con mi ayuda, y la de Dios, no será difícil alcanzar lo que usted desea.

—¿Entonces?

—Mándemela usted todos los días.

—Gracias, mi querido Padre —exclamó don Alejandro, y besándole las manos, pidió permiso para salir.

El Padre Seda le echó la bendición, don Alejandro montó a caballo seguido de la profusa comitiva que le había acompañado a la misa de difuntos.

Rudescinda, que así se llamaba la hija de don Alejandro de los Reyes, no había asistido a la iglesia, y esperaba el regreso de su padre para rogarle que no la enviara a la escuela. No cabía en su cerebro de niña consentida, asistir a esas clases y ser gobernada por otro hombre que no fuera su padre.

Cuando don Alejandro llegó a su casa, la encontró regañando con los peones, a quienes ella gustaba molestar dándoles órdenes arbitrarias y amenazándolos con hacerlos despedir de sus empleos.

La amplia casa de don Alejandro de los Reyes, era punto de reunión de la peonada que allí iba a recibir órdenes todos los días para luego tomar los caminos del campo y cumplir las instrucciones que les daba su patrón.

Días anteriores, Rudescinda tenía la dulce compañía de su madre, y desde que vino al mundo, pocas veces tuvo relaciones con otras personas de su sexo. Conocía, por su nombre y por su apodo, a cuantos allí utilizaba su padre; estaba enterada del salario que cada uno recibía, la fama de trabajadores de los unos, y los defectos de los otros. Las conversaciones de su padre la mantenían al corriente de cuanto era una palpitación de vida en ese ambiente; era inclinada a practicar los oficios de los hombres, montaba a caballo, presenciaba la castración de los toros, y el sacrificio de las demás reses, la impresión de la estampa sobre las nalgas de los añojos, el corte de las orejas, en donde se

ponía la señal, ya registrada, de la ganadería de su padre, y era feliz, cuando algún novillo salía bravo, y se prestaba para hacer prácticas de toreo en medio de los corrales.

En la bodega era ella quien con más tino atendía a la demanda de los peones comprometidos para realizar trabajos por contratos, y en élla, en fín, depositaban, su padre y su madre, toda confianza.

Lo que no supo nunca era el sitio en donde don Alejandro guardaba las onzas de oro que le venían de la Capital cada vez que hacía la venta de un lote de novillos, y por eso, intrigada, más de una vez, preguntó:

—Señoi, papá, poi qué tu nunca me há dicho en donde ecóndes *to* esas onzas de oro que te traen?

—Algún día te lo diré, Rudescinda. Todas son para tí; éso y cuanto yo tengo.

La única amistad que ella tenía, se limitaba a sus relaciones con Rosendo, muchacho recogido por su padre, y que resultaba confidente y amigo de Rudescinda. Era con él, con la única persona con quien ella se atrevía a conversar sobre las dudas que asaltaban constantemente su imaginación precoz.

Sabía leer escasamente, y ésto, porque su madre a fuerza de amenazas la había obligado, primero, a rezar, luego, a decir las lecciones del primer tomo de un Mantilla con el cual junto con Rosendo, se divertía contemplando las ilustraciones.

Su compañero se tenía aprendidos muchos cuentos, y atendía, solícito, a la súplica de Rudescinda cada vez que se le ocurría que la contara, ya el de la Cenicienta, ya el de Ratón Pérez.

El mundo para ella terminaba allá en la línea del horizonte sobre el llano, y en tan estrecho límite, su vida parecía la más dichosa de todas las que por allí ambulaban forzadas a la lucha penosa de ganarse el pan de cada día.

Pero con la muerte de la Señora de la casa, todo se sentía afectado. La mano de una mujer deja huellas indelebles en todo lo que ha merecido su ternura, en todo lo que pide en el ritmo doméstico, cuidado, y solicitud.

Don Alejandro carecía de autoridad para tratar de una manera enérgica a ese pedazo de su corazón. Sólo obedeciendo al imperativo deber de transformarla y prepararla para el porvenir, pudo lograr que a fuerza de ofrecimientos nalagadores, consintiera Rudescinda en asistir todos los días a la escuela del Padre Sepúlveda.

Cabalgando una jaca obediente y de dulces andares, se encaminaba todos los días al poblado, nunca sin la compañía de Rosendo, que era su custodia, su amigo, casi su hermano, y para quien ella no guardaba secretos ni sentimientos.

El Padre Sepúlveda, ya al corriente del carácter díscolo de la nueva discípula, la ofreció, con amor, tanto cuanto le era posible para que la escuela la fuera grata.

Huraña, nerviosa, tímida más que miedosa, llegaba Rudescinda todos los días a las clases. Era difícil verla sonreír, y sólo cuando Rosendo venía por la tarde en su busca, se iluminaba de contento su semblante.

Don Alejandro sintió que se arrancaba un gran peso de su conciencia cuando la vio partir el primer día. Hecho lágrimas, como si se tratara de una despedida, o de un viaje muy largo, no abandonó la puerta sino cuando ya se perdía en una vuelta del camino. Los hombres endurecidos por una vida interminable de obligaciones, son fáciles a estas manifestaciones de sentimentalismo puro e inefable.

Su casa había sido, durante muchos años, sitio escogido para pernoctar los viajeros, y muy principalmente, los políticos prestantes del País. Muchas veces se vieron sus alrededores llenos de hombres armados que tendían en el suelo sus frazadas para dormir, o colgaban sus hamacas bajo la enramada rústica del patio.

El jefe de éstos era siempre un viejo amigo de don Alejandro, que sin distingos de matices políticos, ofrecía hospitalidad franca y desinteresada a quienes de él así lo esperaran. Entre ellos, como entre las cosas que la fueran muy familiares, circulaba Rudescinda, siempre curiosa de cuanto significaba para ella un suceso desconocido. Preguntaba el nombre de las personas más significativas por

su talante, y miraba con ansiosa vehemencia, las armas que cada uno portaba.

Oía embelesada las conversaciones que lejos de la casa sostenía la tropa, y deliraba, en sueños, pronunciando el nombre de los jefes que había conocido. Gustaba de verlos accionar, de verlos dormir, y curioseaba por los intersticios de la casa para enterarse de qué cosa hacían cuando estaban en silencio.

Después, era con Rosendo con quien ella sostenía sus íntimas expansiones.

—Si yo fuera hombre, me gustaría andai así, peliai, tirai mucho tiros y gritai muy duro ei nombre de mi caudillo. ¿Poiqué nacería yo hembra? —se preguntaba llena de inconformidad.

Cuando daban las ocho de la mañana y Rudescinda no se había presentado a clases, gran alegría se notaba entre sus condiscípulas. Pero cuando llegó hasta la escuela la noticia de que estaría muchos días ausente, a causa de haber sido aporreada por un becero que intentó capear en la sabana, muy apesar de los ruegos de Rosendo, que la advirtió de los peligros de esta audacia, al verse delante del Padre Sepúlveda, sufrió choques nerviosos muy graves, frente a las burlas que la hicieran sus compañeras.

Y en esta lucha, dentro de estas desesperantes condiciones, que ella atribuía a la falta de su madre, crecía hasta hacerse una señorita y gobernar, como una dictadora, de la casa paterna.

El Padre Sepúlveda había llegado a la conclusión dolorosa de que de Rudescinda habría de sacar muy poco. Días después de asistir a la escuela, perdido el temor y la timidez conque se iniciara en las clases, resultaba intolerable. Con una altivez exagerada era fácil a irse a los puños con cualesquiera de sus compañeras, y se consideraba feroz cuando se sentía ofendida. Temblorosa, se acercaba al Padre Sepúlveda, cuando éste la requería para amonestarla con palabras persuasivas, y se mordía los labios de cólera al verse obligada a oír y callar. Al regresar a su casa después de estas crisis, juraba no volver a la escuela y se retiraba con

Rosendo a los sitios más apartados para murmurar y maldecir, para amenazar y prometer decisiones drásticas, si la obligaban a volver con tanta gente odiosa como allí la mortificaba.

A pesar de sus amargos recuerdos de escolar, cuando ya era señorita, tenía para el Padre Sepúlveda respeto y cariño que éste aprovechaba para tratar de conducirla por el camino de la prudencia y del bien.

Entonces, era el bondadoso Presbítero quien todos los días visitaba el hogar de don Alejandro de los Reyes allá en Los Hatillos.

Verlo llegar y dispensarle toda clase de atenciones, era labor que Rudescinda llenaba de cariño. Ya ella, todo lo hacía en funciones de dueña de la casa, y ponía esmero en que su viejo maestro olvidara sus travesuras infantiles.

Y mientras envejecía don Alejandro, adquiría ella mayor personalidad, era más fuerte en sus actividades, y más absoluta en la imposición de su voluntad.

Ordenaba a la peonada con una energía que todos temían, prefiriendo en sus tratos, a los hombres de carácter fuerte, y sintiendo profundo desprecio por los que parecían apocados y mezquinos.

La intervención suya en todos los negocios de su padre, hacía indispensable su aprobación para la conclusión de lo más trascendental y de lo más insignificante. Así en las compras, como en las ventas, así en los préstamos, como en los arriendos que se realizaban. Se caracterizaba de un poder tan absoluto, que a la larga tuvieron que aceptar su autoridad en cuanto concernía a sus relaciones con la familia de los Reyes.

La vanidad comenzó a turbar sus presunciones, y quiso para ella el mejor caballo de la comarca, y lo adquirió sin importarle su elevado costo; quiso el galápago más valioso, y lo tuvo a su disposición. En sus paseos se hacía acompañar de Rosendo, que a más de ser un gran jinete, era valeroso y de buena presencia. Si tenía que cruzar la sabana para dirigirse a alguna Sección, ocultaba un revólver en los *furoles* de su montura, y hacía que su compañero se



armara con un reluciente fusil. Como a la gallera concurren la mayor parte de los trabajadores de su hacienda, sentía gran placer en mezclarse con ellos, vestida con traje de amazona criolla, y se jugaba un puñado de doblones a la pata de un gallo.

En donde quiera que estaba, consideraba preciso que se viera su poder económico, su carácter, y su notoria autoridad, casi feudal en todos aquellos alrededores.

No admitía que hombre alguno de sus subalternos la convidara a una copa, se reservaba el privilegio de pagarlas con mano suelta.

Como sonara por allí el nombre de un notable político, de alguna autoridad del Gobierno, buscaba su amistad, se le presentaba obsequiosa, y le ofrecía su apoyo en la administración de justicia, y en el cumplimiento de las leyes del Estado.

El nombre de Rudescinda, era, pues, conocido y temido. Hacia ella convergían los intereses políticos de los más destacados cabecillas de las regiones del Este de la República, y no era poco, contar con su apoyo, lo mismo para un triunfo electoral, que para una revolución. Vehemente y presuntuosa se daba a las solicitudes que la erigían paulatinamente en cacique decisiva de su comarca, y contribuía con su dinero, con sus hombres, con su influencia, al triunfo de la causa que más la simpatizara.

¿Y el amor, no había aparecido en ella?

Esta pregunta viene muy bien frente a las singulares actitudes de Rudescinda.

¿Faltaba el yo hembra en sus afanes e inquietudes?

¿Era demasiado mujer frente a la clase de hombres que circulaban a su alrededor, o es que en ella podía más su espíritu autoritario que el reclamo natural de su sexo en plena juventud?

El Padre Sepúlveda que la había seguido en las evoluciones de toda su vida, que se sentía confundido ante el complejo indefinido de aquel ser extraordinario, pensó muchas veces en este problema máximo para la existencia de lo que de mujer podía dominar en su corazón.

Y aprovechaba sus visitas para hablarla con dulzura, para ablandar un poco su temperamento, mientras don Alejandro, filosóficamente, se limitaba a enmudeder frente a la postergación en que se hundía al lado de su propia hija.

Rudescinda que parecía altanera con cuantos la trataban, era suave, y era franca con el Padre Sepúlveda. Lo escuchaba, fingía obedecerlo, y cooperaba con él en cuanto interesaba a las cuestiones de la iglesia. Allá, en el fondo de su alma, había algo que la inclinaba a conquistarse para ella la benevolencia de aquel Ministro de Dios a quien no podría dominar con violencia, sino por medio de su ayuda constante, de sus valiosas dádivas a la iglesia, y simulándole aceptar, como un privilegio que le concedía, sus reflexiones y sus opiniones.

Y el Padre Sepúlveda llegó a pensar, que positivamente, era en el mundo quien más podía influir en caso extremo, en el ánimo de Rudescinda.

La noche antes de su visita a Los Hatillos, había sido invitada a una revista política que tendría lugar en la Sección de "Mata de Palma", y dispensó al Padre Sepúlveda el honor de consultar su parecer a este respecto.

Sabedor el amable Presbítero de que ella, al fin, haría lo que mejor la pareciera, se limitó a desearle el mejor éxito en tan rara empresa.

A esta reunión política asistirían personajes de gran reputación de la Provincia, a quienes conoció personalmente, y con quienes se portó interesante y cordial.

Pasados los tropeles peculiares de aquel evento, se quedó a comer con los principales jefes que allí habían concurrido. Eran, el Gobernador de la Provincia, el Comandante de Armas, y los más destacados líderes de otras regiones, entre ellos, el General Manuel de Santillana, quien sumaba a los títulos que precedían a su nombre, el de ser uno de los más ricos agricultores de aquellos lugares.

El General de Santillana la acompañó a caballo hasta muy cerca de Los Hatillos, y ella se sintió muy halagada con tan solícitas preferencias.

Montaba, tan bien, como el mejor de los jinetes del país, y aún cuando no fuera una mujer bella, sus actitudes subyugaban, y su personalidad despertaba atracción singular.

Las fiestas del Santo Cristo de Bayaguana se aproximaban, y al despedirse el General Santillana y Rudescinda, convinieron en que volverían a encontrarse en alguno de los nueve días que eran reglamentarios para festejar al patrón de la vecina común en donde se habían dado cita.

A su lado quedó Rosendo silencioso, sin poder ocultar su fatiga. El día había sido fuerte, y sentía grandes deseos de descansar.

Rudescinda parecía traerse alguna cosa oculta en su corazón, y no llegaría a su casa sin comunicársela a Rosendo.

Por eso, cuando ya no se oían las pisadas del caballo del General Santillana, preguntó a su compañero:

—¿Qué te parece ei Generai?

Y antes de que recibiera la contestación a su pregunta, agregó:

—Es un hombre que guta...

CAPITULO III

La devoción nacional por el Santo Cristo de Bayagüana, era tan pura y tan espontánea por aquellos tiempos, que no poder asistir a la celebración de sus tradicionales fiestas, ponía en profunda pena a sus devotos.

Los caminos que conducían a la rústica villa, se congestionaban de romeros procedentes de las regiones más remotas de la República.

Los unos, con ofrendas valiosas al Santo Cristo, los otros, para cumplir promesas hechas en momentos angustiosos de su existencia, y la mayor parte, porque ello constituía una rectificación de conciencia, y una ratificación de fé.

Gente rica, y gente pobre, jefes y sencillos ciudadanos, invadían las congestionadas callejuelas, que cubiertas de cordeles empapelados a manera de bambalinas, anunciaban días de incomparable regocijo.

Circulaban, de una mano a otra, décimas y ensaladillas alusivas al Santo Cristo y a sus milagros.

Desde la cuatro de la mañana las campanas de la iglesia llenaban de música los ámbitos, y cohetes y tambores, alegraban tan sensacionales alboradas.

Bailes y juegos tradicionales eran organizados por las personas más influyentes de la localidad, y quienes no podían ocupar sitio de preferencia bajo la nave del templo, tendrían que resignarse a oír la misa desde la calle, de rodillas, y bajo el sol.

Cuando entraba a la población un protector de la iglesia, tres repiques de campanas anunciaban su presencia.

—¡La Señora del Gobernador!

—¡El Comandante de Armas de El Seybo!

—¡El Ministro de la Guerra!

—¡El Delegado del Gobierno!

Y así surgían los nombres de los más connotados personajes que venían a prestigiar los trascendentales eventos de Bayaguana.

Las murmuraciones son, en estos pequeños medios, secretos a voces que todos se tienen aprendidos.

Quién era de quién, en cuestiones de amor, era cosa que estaba al alcance de cuantos por la villa circulaban.

No faltaba, en estos sucesos populares, quienes se supieran de memoria los títulos de todas las personas, ni quienes pudieran contar, con los dedos, las onzas que tenían en su armario, las cabezas de ganado que circulaban por sus hatos, el nombre de sus queridas, la situación de sus relaciones con sus pretendientes, y, hasta el texto de las cartas que enviaran al Gobierno y que recibían del Presidente Liliés. Nada era ignorado.

De modo que no dejaba ya de susurrarse algún comentario alrededor de la revista de Mata de Palma, del General Santillana y de la famosa Rudescinda.

Cuando después de los tres repiques de campanas reglamentarios se escucharon algunas detonaciones de armas de fuego, a la entrada de la población, todos exclamaron:

—¡Llegó Rudescinda!

Pero, cuando horas después, se llenó el firmamento de detonaciones de *montantes*, la gente concluyó:

—¡Ahora, llegó el General Santillana!

Y los cuchicheos fueron de chuparse los dedos:

—¿Si habrá hallado, por fin, Rudescinda, quien le eche el lazo?

—¿Si habrá conseguido el General Santillana quién le ponga la sogá?

Y Rudescinda pasó a la cabeza de una caballería espectacular. Sus mejores caballos repiqueteaban los cascos so-

bre las estrechas calles. Trajeada de seda pura de China, falda larga de amazona, sobre un potro nervioso que resoplaba con ganas de morder las riendas y volar por el aire con las crines sueltas.

Recorrió Rudescinda, seguida por sus compañeros, todos los barrios de la sencilla aldea, y no se detuvo, sino después de hacer parar, sobre las patas traseras, su caballo en medio de la plaza que se extendía frente a la puerta mayor de la iglesia.

Aplausos y hurras la siguieron en cuanto fué reconocida, y siguió adelante, tirando a la muchachería alegre que la vitoreaba, puñados de monedas que ellos recogían con singular contento.

El General Santillana, por otro lado, recibía los parabienes de los más distinguidos asistentes a estas fiestas, aceptando luego, la invitación que le hiciera el Jefe Comunal para pasar un rato en la gallera.

Personas inclinadas a esta afición, habían llegado de la Capital cediendo al desafío que les hicieran los más notables criadores del Este, y allá, entre el bullicio estrepitoso de las riñas gallísticas, aguardó el General las horas de la tarde para ver de cumplimentar a Rudescinda.

El Juez de valla de la gallera había anunciado la lucha entre dos ejemplares de fama que estaban listos ya para irse a los picos.

Las apuestas eran muy crecidas.

—Voy cien pesos al gallo indio —proponía uno.

—Voy doscientos pesos al canelo —decía otro.

—Voy una vaca parida al cola blanca, —proponía el de más allá.

Y el General Santillana, que no quería ver la pelea sin interés, propuso en voz alta:

¡Voy diez onzas al indio!

Abriéndose un hueco entre los que rodeaban la valla, una voz de mujer contestó:

—Pago yo, don Manuei.

Y se estrecharon las manos. Rudescinda las tenía lle

nas de onzas de oro que rodaron por el suelo, e insistió, luego de saludarlo, en cruzar con él esa apuesta.

El General, temiendo un papel ridículo, aceptó.

Comenzó la pelea, y en cuanto se fueron a los picos los gallos, cayó muerto como una piedra el favorito del General.

—Don Manuei, usted peidió. Ahora lo invito a brindai una copa poi ei Santo Cristo de Bayaguana.



Rudescinda apareció en la sala en que se celebraba el baile de por la noche.

Su rostro denunciaba grandes satisfacciones. Lucía primorosamente un traje que pidiera a la mejor modista de la Capital. Dos trenzas negras sobre sus espaldas, pendían de su cabeza altiva, y adornada con ricas joyas, daba, al contemplarla, la impresión de su solvencia económica.

En cuanto la viera el General Santillana, se acercó a ella, y la invitó a bailar, lanzándose por el salón frente a los ojos de muchas envidias, e inutilmente seguidos por las sórdidas conjeturas del ambiente.

Ya en el paseo de una danza tropical, romántica y sugeridora, la dijo el General:

—Me ganó usted esta mañana la primera batalla.

—Le ofrecí ei botín ai cura de la iglesia pa que me le pida ai Santo Cristo, que me conceda una cosa.

—¿Se puede saber, cuál? —interrogó el General.

—Ei día que Su Divinidad me la conceda, se la diré, Generai.

Y volvió la parteailable de la danza como poniendo punto suspensivo a la promesa hecha.

Así, uno y otro día, el General Santillana y Rudescinda se encontraron para charlar y caer, al fin, en lo que más importaba a los dos.

Habían tratado ya de sus mutuas simpatías; habían discutido más de una vez la posibilidad de una boda que

ella, siempre violenta, hubiera realizado en seguida; pero que el General Santillana consideraba un poco festinada.

Esta notoria indecisión de parte de su pretendiente, puso en el ánimo de Rudescinda dudas inesperadas. Una contrariedad en el espíritu de esta mujer, era algo que trastornaba su concepto y lastimaba su engreída fuerza de dominio.

—Oiga don Manuei, —le dijo una noche— yo no soy una mujei con quien naiden pue pasai ei rato, ei hombre que me diga una mentira, me buila, y de mí, no se buila naiden.

El General Santillana, sintió como el filo de un arma cortante en el acento de estas palabras, y procuró desviar la conversación de la manera menos visible.

La siguió cortejando, la acompañó a casi todas las fiestas, hasta que una noche, ella, sospechosa por un lado, y él, contrariado por el otro, aprovecharon la oportunidad que les brindara la excesiva galantería de un joven de aquella localidad, para poner un paréntesis de hielo en sus relaciones.

El joven, en cuanto Rudescinda lo encendió con una mirada profundamente decidora, se acercó al General Santillana, que bailaba con ella, y le dijo, cortesmente:

—¿Me permite su pareja, General?

—Con mucho gusto, joven.

Y Rudescinda sonrió irónicamente.

La concurrencia consideró una osadía la actitud del mozo, y el General se dió cuenta de que poco le faltaba para verse en ridículo.

Rudescinda, ya en los brazos de Eduardo Zambrana, y a los compases de la música, despechada acaso, hacía alardes de entusiasmo primero, luego, de satisfacción que quería ser sincera, y más tarde, de algo que quería definir en su pensamiento la fuerza de aquella fortuita compensación.

Quiso volver a bailar el General Santillana, y se manifestó fatigada.

De nuevo el público siguió al General, y ya entonces, su amor propio creció hasta mostrarse confundido.

Se acercó de nuevo a Rudescinda, y ésta se mostró glacial.

—¿En qué piensas? —la preguntó.

—En rogaile ai cura de la iglesia, que me devueiva sus onsas pa dáiselas a usted, Generai. Me parece que la primera batalla *entabló*.

Con los primeros albores del día ejecutaba la orquesta su pieza final, y contra todos los vaticinios, acompañaba a Rudescinda, el joven Eduardo Zambrana.

En tanto, por el camino que conducía a El Seybo, iba en plena fuga el General Santillana, pensando filosóficamente:

—Para que me sucediera después, mejor que naya sido ahora.



Rudescinda era astuta en medio de sus salvajes inspiraciones. En cuanto puntualizó con el General los propósitos de su demanda, creyó que en él había sólo un capricho, o por lo menos, la resolución de una táctica política para conquistarse su apoyo en la vasta y populosa región que ella dominaba.

Era él, uno de los que se discutían en la provincia la hegemonía de los sufragios populares, y juzgaba indudable que su contribución le hubiera sido muy valiosa a la hora de cualquier movimiento eleccionario.

Por eso ella le indicó el camino más decisivo para concederle su corazón, y como ahondándolo de esta suerte, lo vió fallar, su orgullo la puso en guardia, y provocó un colapso sentimental que los distanciara sin violencia.

Eduardo Zambrana sustituyó en sus pretenciones al General Santillana, y fué el fulminante que hizo explotar entre ambos el rompimiento de aquel efímero romance.

Por otra parte, si Rudescinda abrigó la esperanza de esta conquista amorosa, no era porque positivamente se sintiera enamorada de un hombre que sólo había visto en

dos breves ocasiones. Ella también buscaba un instrumento fácil para ampliar sus dominios, y para disponer de mayor fuerza en su obsesión de llegar a ser el único árbitro de su región.

Pero al echar manos sobre la brasa ardiente que se interpuso entre ellos, el General Santillana sintió que el fuego había penetrado en ella para envolverla en llamas que parecían quemarla el corazón.

El joven Zambrana, educado en un colegio de la Capital, no mal parecido, con ribetes de hombre acomodado, la habló con palabras nunca oídas por su alma. Inteligente, experto en estas lides del amor, la deslumbró de tal suerte, que ella sintió miedo de que, lo que fuera obra de una estratagemata de su astucia, se convirtiera en algo que jamás había previsto.

Tenorio pueblerino, garboso en el baile, galante en tu trato, fino en sus maneras, y de verbo meloso para las mujeres, Zambrana impresionó tan rápidamente a Rudescinda, que ella se vió envuelta, y casi sin salida, entre la urdimbre de un misterio por el cual le parecía imposible frenar el impulso de sus emociones.

Cuando se despidió de Eduardo, aquella madrugada, sintió que su mano no quería desprenderse de la suya. Pero cuando, al fin, le dijo: hasta mañana, cayó en su alcoba presa de una inquietud que la puso a pensar en abandonar inmediatamente aquella aldea.

—Rosendo me estoy muriendo de algo que no comprendo; pero me estoy muriendo, muriendo de algo muy grande —dijo a su confidente como buscando en donde volcar todo lo que había traído aquella noche dentro del corazón.

—¿Qué tienes, Rudescinda? —preguntó su amigo que la compadecía.

—¿Vite a la hora que llegamos dei baile?

—Era casi de día. Yo estaba despierto.

—Pué, crémelo, no he podido pegai los ojo.

—¿Qué, te hizo algo malo el General?

—No, lo probable e que se haya día pa su pueblo.

—¿Cómo? Y no me dijiste que te parecía el hombre más apropiado para ser tu esposo?

—De eso, no hablemos má, to eso ha sío un fracaso.

—Entonces, no te comprendo, Rudescinda.

—¿Vite al joven ese que me acompañó cuando llegué?

—Sí, lo ví, y lo conozco.

—Pué oye, si no ando viva, caigo con ei pa toa la vida.

—Muchacha, y ¿cómo ha sido eso?

—¡Ei diablo, Rosendo, ei diablo! Lo vide como una tabla de saivación pa quitarme dei lao ai Generai Santillana y lo que comenzó en juego, se me ha hecho veidá que no sé como la voi a devitai. Ese es ei hombre ma duice conque yo he hablao en mi vida. Es buen mozo y tiene una palabrería que me diloca y me rinde.

—¿Y qué piensas hacer?

—Qué se yo, lo que Dios diponga. Ya tu sabe lo que dice ei adagio: uno sabe de lo que vive, pero no de lo que va a morí.

—¡Rudescinda! —exclamó Rodendo.— Lo mejor será que ensillemos y nos larguemos para Los Hatillos.

—Si no fuera poi que estoy tan cansá, nos díbamos ahora mismo.

—Entonces nos iremos hoy de todos modos.

—Quién sabe, Rosendo...

—¡Rudescinda! ¡Rudescinda! —repitió su amigo como haciéndola ver que se daba perfecta cuenta de que eso era lo menos que ella deseaba.

—No, no te niego que me gusta ese joven, pero si dijera la veidá, sabrías, que aún no hay na entre nosotros.

—Lo que yo quisiera es que la gente de Los Hatillos te viera ahora.

—¿Y pa qué, Rosendo?

—Para que vieran que no eres más que una bocona.

—¿Bocona yo? Lo que pasa es que después de to yo soy una mujei de caine y hueso.

—Pero sin seso —agregó Rosendo—. Dios quiera que el jovencito ese no te salga caro.

—¿A quién, a mí?

—Sí, a tí.

—Parece que te ha oividao de que toa la mujere no semos igual!

—Dice un refrán, que mientras más largas las trenzas de una mujer, es más chiquita su cabeza.

—Veremos.

—Veremos...

CAPITULO I V

Terminaban las fiestas patronales de Bayaguana cuando para todos sus concurrentes era cosa sabida y comentada, el noviazgo de Rudescinda y de Eduardo Zambrana.

Gente hubo que decía haberlos visto paseándose juntos a las mil y tantas de la noche, y no faltó quien asegurara que estas relaciones habían llegado demasiado lejos.

Para Eduardo Zambrana aquella conquista, significaba una más en la inmensa lista de sus amoríos, para Rudescinda, era algo nuevo que no había imaginado nunca. Hasta el día en que conoció al General Santillana, el matrimonio había sido para ella algo que no merecía su menor interés. Mas, cuando el destino colocó en su camino a Eduardo Zambrana, las orientaciones de su vida cambiaron radicalmente de rumbo.

Por él lo olvidó todo, riqueza, autoridad, prestigio político, ambición desmedida de someterlo todo a sus caprichos, consejos del Padre Sepúlveda, problemas de su hacienda, y hasta la noción del tiempo, que ya le era corto, en los finales de aquel novenario que la había conducido a Bayaguana.

Con Eduardo había llegado positivamente a lo más íntimo. Junto a él se sentía transformada, era ardiente e irreflexiva, y no se cuidaba de comprometerlo todo en aras de aquella pasión.

Cuanto tenía le parecía poco para sacrificarlo por aquel amor, era dichosa, en fin; pero como no faltara en aquel medio reducido quien se complaciera en dejar una

ponzoña en el corazón de aquellos que parecían felices, alguien la dijo que Eduardo no era suyo absolutamente, y al oírlo, quedó pasmada.

—Si me engañara —murmuró— me voivería loca.

Y sin poder borrar esta advertencia de su pensamiento, se sintió celosa, salvajemente celosa, y se mordió los labios para preguntarse a sí misma:

—¿Será veidad?

Y en vez de salir como de costumbre para asistir a la última misa, se dirigió directamente hacia la casa en donde la habían dicho que tenía Eduardo formado un idilio.

Efectivamente, allí estaba él en animado coloquio con su vieja prometida.

Verlo y sentir que una llama la subía por todo su ser, fué cosa de un segundo. Se volvió a la casa en donde se hospedaba, llamó a Rosendo, y le ordenó que ensillara los caballos. Se marchaba, no era posible resistir el ridículo en que había caído, ni tampoco, volver a verle la cara al infidente seductor.

Ya lista para partir tomó el camino de Los Hatillos, pensativa y humillada, víctima de una traición que jamás había presentado.

No bien había comenzado a ver el sendero que se extendía frente a ella, súbitamente tiró de las riendas de su caballo y ordenó de nuevo a su compañero:

—Sígueme, Rosendo.

En su rostro se traslucieron los perfiles de algo sombrío, y con la mirada perdida en el vacío, y el pensamiento tercamente fijo en la tragedia, zafó el broche a los *furoles* en donde guardaba su revólver y siguió de nuevo hacia la aldea que hacía pocos minutos había abandonado.

—¿Qué te pasa, Rudescinda? —la preguntó Rosendo sorprendido.

—Ten paciencia, muchacho. Ahora verá que de mi no se ríe ningún hombre.

A escape casi, ganó de nuevo la callejuela en donde vivía su rival, y ya cerca de la puerta de su casa, gritó:

—¡Jala, Eduaido, si eres hombre!

Cuatro disparos pusieron en fuga al sorprendido tenorio, y ante la alarma de los pobladores de la aldea, tomó Rudescinda el camino de Los Hatillos.

Tan extraordinario suceso dejó atónitos a cuantos lo presenciaron. Sus detalles tomaron formas cómico-dramáticas, dignas de censuras, para unos, y de alabanzas, para otros. En las poblaciones escasas de acontecimientos movidos, las notas escandalosas alcanzan una duración y un interés que sólo cuando otras las sustituyen en el derecho de vapulearlas y deformarlas, pasan al olvido. Y esta de Rudescinda, se prolongó hasta agotar las especulaciones de la crítica.

Después de aquel despropósito sentimental, Rudescinda se redujo a lo que nunca la había causado ningún dolor: su casa solariega, su hato y su ganado.

Y buscó un poco de olvido perdida entre los atardeceres del llano que recorría y cultivaba sin que una espina la clavara la mano que solícita le ofrecía.

Más áspera que nunca, la peonada sufría los rigores de su actitud hostil. No quería dar cabida al recuerdo de lo pasado, y centuplicó su actividad poniendo en jaque a cuantos la rodeaban.

El Padre Sepúlveda la había amonestado con palabras duras; oyó su confesión angustiada, y vió en el fondo de su alma, huellas de una decepción profunda. Enjugó, al fin, con dulces palabras la herida que aún estaba abierta, y la dejó reaccionar, sin presionarla, con ejemplos que la hubieran desesperado.

La vide se le puso triste. Montar a caballo, seguir a escape detrás de las bestias más ariscas, y suspirar siempre, sin lograr poner punto final a ese drama penoso de su corazón, constituía el saldo de su espíritu.

Todo la sugería un pensamiento atormentado: la errabunda vaca *horra*, que en vano mugía en busca del ternero perdido; la hoja que caía con ritmo sesgado para perderse en la impiedad de las malezas; el nido vacío que colgaba del ramo de los córvanos silvestres. Sin ser filósofa, todo esto la sumía en reflexiones que la hacían desfallecer.

Si ella hubiera podido reunir en su pensamiento cuanto la enseñaban las cosas de la Naturaleza, acaso se hubiera sentido resarcida de aquella perplejidad que tanto la torturaba.

Y como no encontrara conclusiones liberadoras de su inquietud, cerraba los ojos y caminaba a tientas por entre la obscuridad que la envolvía.

De ahí que en ella no hubiera reacción que no fuera agresiva, y que no tuviera que impulsarla contra algo, o contra alguien. A la postre, respondía a la llamada de su conciencia revoltosa para ser lo que irremediablemente sería, lo que la impuso su destino: un caso, mejor que una mujer.

CAPITULO V

Don Alejandro de los Reyes, padre de Rudescinda, era de carácter frío, ya demasiado cansado. Se estaba en la vida esperando turno para entrarse en la noche eterna, sin remordimientos, sin ansiedades que alteraran su estimulada resignación frente al corto trecho que él se temía, le quedaba por andar.

Cuando se enteró por boca de su propia hija del escándalo que había dejado a sus espaldas a su regreso de Bayaguana, chupó dos veces su *cachimbo*, tocó con la punta de los dedos el tabaco que tardaba en colorearse en un rojo vivo, y se limitó a decir:

—Rudescinda, no puedes negar tu apellido: hiciste bien.

Oír esta conclusión liberó a la hija de tal padre, de muchas inútiles vacilaciones.

De eso no se habló más en la casa de los Reyes, y la vida adquirió en aquellos parajes su peculiar actividad.

A las primeras horas de la mañana, la escasa luz de una lámpara portátil alumbraba la rústica cocina para dar comienzo a la faena del día. En cuanto Rudescinda tiraba de los pies a Rosendo, ya todos los trabajadores se apercebían para recibir órdenes.

Un suave aroma de café recién colado comenzaba a esparcirse por el patio, y unos, bostezando soñolientos, otros, haciendo gárgaras de agua a la orilla del pozo, buscaban las estrellas para cerciorarse de la hora que era.

—Rosendo, no oivides que estamos en primavera y que

la luna ha llenado ya. Hay que tenei cuidao con los toros, sobre to en ei lao en que comen las novillas. Procura apaitai las vacas que se maman, y los añojos que roban la leche en la ubre de las que no son su madre.

—Sí, ya sé, Rudescinda —contestaba Rosendo que se tenía aprendido de memoria el programa a seguir en los volteos.

—Ten en cuenta que estos peones le tienen mucha grima ai ganao bravo, no vaya a habei una desgracia.

Y dando estas instrucciones repartía el café para terminar con dos palmadas:

—Ahora, señores, a la brega. Y tú, Rosendo, ensilla y vete con ellos.

Ordenado todo de la manera más precisa, sacudió por los hicos la hamaca de su padre, y le ofreció un vaso de agua y una taza de café.

—¿Ya despachaste la gente?

—Ya, —contestó Rudescinda.

* * *

Como comenzara a amanecer, el campo se llenó de gorjeos, de luz, y de olores de cosas en sazón. La primavera se dejaba gustar sin regateos estériles.

No hay nada tan propicio para dar calor al optimismo, como estas manifestaciones espléndidas del campo. Parece que con los renuevos de las cosas, todo propone un subyugante camino de esperanzas.

En plumaje de los pájaros es más hermoso, el color de las bestias adquiere mayor brillo, el olor de las flores es más dulce, la miel es más abundante en los panales, y el macho en celo, olfatea en el viento los reclamos insistentes de su especie.

Rudescinda sentía todo esto como sí ella fuera una caña de nardos que se alzara del suelo, en donde pudo marchitarse, para elevarse en una nube y esplender en la llamada fecunda del ambiente.

Ella era por la fuerza de una adaptación de origen y costumbres, casi salvaje, algo que no podía estarse ajeno a los designios categóricos del medio que había rejido su espíritu.

Absorbida por las irresistibles normas de ese reducido mundo que la circundaba, pronto halló en la sinfonía voluptuosa del paisaje, una nube lejana en que poner el último suspiro de una pasión que tan ingrata la había sido.

Y ya, no pensó más en aquel cuento triste que logró inquietarla, y que como un cuento, quedó esfumado en el olvido.



Cotidianamente regresaban del campo, con el atardecer, los trabajadores de su hacienda.

Por las noches, y siempre a la hora puntual de costumbre, era el Padre Sepúlveda su invariable visita.

¿Tema? El mismo: la iglesia, su amor a Dios y su contento por estar en la casa amable de don Alejandro de los Reyes.

Era el bondadoso Presbítero la persona mejor enterada de las cuestiones públicas que se debatían en el país. Por los periódicos que recibía, aunque bastante atrasados, tenía conocimiento de muchos sucesos que a no ser por la importancia que él les atribuía, a la familia de don Alejandro, no le importarían.

Para élla el país no pasaba de los límites de sus latifundios. Allí había nacido, allí había crecido, y de allí lo esperaba, y lo daba todo.

Cuna de héroes legendarios eran estas comarcas que la familia de los Reyes habían recibido de sus abuelos, y sólo para satisfacer su vanidad, hacían recuento de sus ilustres antepasados. El Marqués de las Carreras era uno de ellos, y por eso, su *vera efigies* colgaba desde hacía muchos años al lado de la imagen de la Virgen de la Altagracia.

--Yo fuf con ése. —decía don Alejandro señalando el

retrato del General Pedro Santana— a la campaña que nos libertó del yugo haytiano. Era mi pariente, y valía mucho. Pero como usted sabrá, querido Padre, en nuestro país la gente no suma, en los grandes hombres, el valor de sus méritos, prefiere siempre, para exagerarlos, los errores que se les atribuyen.

—Así es, amigo mío, —respondía el Padre Sepúlveda— el egoísmo será siempre lo que más pueda en la conciencia de los pueblos de espíritus mediocres.

—Para los hombres de mi época no había más enemigo que el haytiano. La afrenta de que nos gobernara un país de hombres inferiores, era dolor que no cabía en nuestro ser. Y fué él, nadie más, quien mayores esfuerzos hizo por arrojar a los invasores de nuestro territorio. Pero como las cosas son como son, nadie se lo agradece. Por éso, yo no saldré de aquí en los *jamases*. Me huele muy mal el mundo, Padre...

Rudescinda, que seguía atenta estas disquisiciones, parecía estar de acuerdo con las afirmaciones de su padre.

—La justicia divina —agregó el Padre Sepúlveda— lo habrá premiado allá en la gloria.

—Los pueblos —continuaba don Alejandro— son poco agradecidos, recuerdan más lo que se le niega, que todos los sacrificios que para su felicidad se le ofrezcan. Cuando he visto, cómo se ha pretendido condenar al positivo libertador de la Patria, he pensado, como lo he resuelto desde hace mucho tiempo, que lo mejor es vivir entre los animales, que no discurren.

—La vida de nuestros héroes —agregó el Padre Sepúlveda— es una lección perenne de la falta de entusiasmo que por lo suyo siente el pueblo dominicano.

—Yo pienso, Padre, que sin ellos, no hubiera habido Patria ni bandera.

—Ud. tiene razón. De todos modos, una conciencia en paz con Dios, vale más que todos los honores.

—Ah, eso sí —contestó don Alejandro—. Cuando el General Santana se sentía morir, lo dijo con gran reposo: “No tengo nada de que arrepentirme, moriré amando mi

Patria, y soñando siempre con la felicidad de mis compatriotas”.

—Era un gran hombre, las últimas palabras de sus labios no podrán escribirse sin la fuerza que les dió su espada.

Rudescinda había guardado silencio y solo movía la cabeza para extasiarse con la mirada fija en el retrato del Marqués de las Carreras.

De su alma acaso le venía el valor y la intrepidez que caracterizaban su temperamento. Al saberse mujer, consideraba su condición de tal, como su más grande infortunio.

El Padre Sepúlveda había estado aquella noche más locuaz que nunca. Estimaba a don Alejandro, y sus palabras de hombre sincero lo llevaban a la convicción de lo mucho que valía su amistad.

Así entonces, así siempre, sin que nada pudiera interrumpir tan desinteresadas y efusivas relaciones.

Cierta noche, al despedirse de Rudescinda, la dijo el Padre Sepúlveda:

—No te veo por la iglesia desde hace mucho tiempo. ¿Te ha negado la virgen algún favor?

—No, Padre, como mi viejo está ya tan cansao, me sobre poco tiempo. Pero si usted me lo manda, diré. Ya sabe con qué gusto lo atenciono siempre.

—Pues oye, Rudescinda, ojalá que pudieras pasar por allí uno de estos días. Quiero hablarte de algo que tengo la creencia no te sabrá mal.

—Entonce, Padre, mañana lo voy a visitai.

Y le besó la mano, y le pidió la bendición, como lo acostumbraba siempre que de su santa presencia se despedía.



Cubierta la cabeza con una mantilla de finísimo encaje, después de santiguarse, entró Rudescinda a la iglesia al iniciarse la primera misa de aquella mañana. Se dió a

rezar, se estuvo allí hasta que se terminaran los sagrados oficios.

¿Qué querría decirle el Padre Sepúlveda? Se preguntaba ella con esa curiosidad tan peculiar de su sexo.

En ese instante, nada había en su vida que pudiera interesarla. Fuera de sus quehaceres, ninguna otra cosa ocupaba su pensamiento. En esa especie de atonía que la invadió después del suceso de Bayaguana, dijérase que encontró el olvido que necesitaba.

¿Qué podría decirle el Padre Sepúlveda? Volvía a preguntarse.

Mientras así se interrogaba, repicaron las campanas del templo y terminó la misa.

Se detuvo para encender velas en una capilla por el alma de su madre, y después llegó a la puerta de la Sacristía.

—¡Rudescinda!

—¡Padre!

—Estarás nerviosa por saber lo que voy a decirte.

—Y cómo, querido Padre.

—Pues, siéntate un momento, y escucha: ayer se detuvo en casa mi amigo el General Manuel Santillana, y puedo asegurarte que te recuerda con mucho entusiasmo.

—¿A mí, Padre?

—Sí; a tí, hija, —y continuó:

—Me parece que este es un hombre de peso y de estimable categoría para cualquier mujer. Como cosa que se relaciona contigo, no pude menos que interesarme, es bueno que sepas que las personas que tienen algo de qué disponer, están expuestas a muchas contingencias. Con verdadera sorpresa mía he llegado a la conclusión de que ese hombre podría hacer tu felicidad y me permito aconsejarte que dediques un poco de tiempo a la idea de unirte con él en matrimonio.

—Yo, creía, Padre que el general no quería saber ni de mi nombre.

—Pues, parece que te equivocas. Me ha dicho que no ha vuelto por la casa de ustedes porque no sabe cómo lo recibirían.

—¡Etá loco, Padre! Ei no ha matao naiden de nosotros, de modo, sueite y manera, que no me deplico como dice semejante infundio. Si va a mi casa lo recibiremos como a un caballero. Además, mi padre me habla muy bien de ei.

—Cuánto me alegra que pienses así. Las cosas por el país no andan bien, tú sabes que después de la muerte del General Lilís, la República no ofrece suficientes garantías, y en tu casa, y a tu lado, Rudescinda, hace falta un hombre de importancia.

—¿Pero es que ei quiere aigo conmigo?

—De eso nada me ha dicho. Pero quién lo duda?

—Le voy a sei franca, Padre: cuando yo conocí ai General Santillana me cayó bien; llegué a pensai que me convendría y me dipuse a sabei sus intensiones, pero lo encontré tan timorato y tan poco dipuesto a arreglai una cosa seria, que me lo quité dei lao como pude. Bastante que me ha pesao habei sio tan violenta...

—Si tú me lo permites, una noche de estas lo voy a llevar a tu casa.

—Usted sabe Padre, que lo que usted quiera es una oiden pa nosotros.

—Debo hacerte saber, que yo en esto lo que hago es ver por tu felicidad.

—Le he cogio tanta grima a los hombres, y resuitan algunas vece tan tunantes, que yo creo que me será muy trabajoso encontrai uno que sea bueno.

—Hay que tener fé en Dios, y en uno mismo, hija mía.

Y agotado el objeto de esta entrevista, iba el Padre Sepúlveda a ofrecer su compañía a Rudescinda, cuando ésta le preguntó:

—¿Me dijo usted, Padre, que la cosas dei País no andaban muy bien?

—Parece que no. Leyendo las últimas noticias en los periódicos de la Capital, la impresión que he recogido es pésima. Precisamente de eso hablábamos el General Santillana y yo cuando pasó por aquí. No debes ignorar que él es uno de los políticos más destacados de esta región, y

que en todo lo que se relacione con ella, se siente comprometido.

—¿Pero ei no era amigo dei Generali Lili?

—Y ahora, lo es del Gobierno actual.

—¿Qué cosa ma alevosa e la política, Padre...!

El Presbítero tomó por el freno el caballo de Rudescinda, y ésta, ya sentada firmemente sobre la silla, le tendió la mano, le dió las gracias, y tomó el camino de Los Hatillos.

—La bendición, Padre Sepúlveda.

—Vete con Dios, Rudescinda.

* *

Desde que uno dejaba los alrededores de Hato Mayor del Rey se ponía a la voz de un hombre de Los Hatillos. Corto trillo ampliado por las pisadas de las bestias separaba a unos y otros pobladores de aquellos cercanos vecindarios.

No obstante, para llegar a su casa y hablar de lo que le había contado el Padre Sepúlveda, Rudescinda hallaba interminable aquel trayecto.

Las frases que acababa de oír despertaron en élla muchos secretos dormidos en su espíritu, y se imaginó dueña absoluta de lo suyo, y árbitro por razones de amor, de cuanto era del General Santillana. La idea de una revuelta, la posibilidad de una convulsión política que, para otros hubiera sido motivo de desazones, para ella, era un excitante de grandes sensaciones.

Si me caso con él, pensaba, seré dueña de todo esto, de todo aquello, iré con él por tierras distantes a la cabeza de muchos hombres, gobernaré muchas voluntades, e impondré todos mis caprichos.

Nacida y criada entre hombres, entre bestias cimarronas, sobre llanos cubiertos de peligros, entre olores montañeses y carroñas fétidas, junto a seres ordinarios y sin aspiraciones, su instinto era un producto anormal que se exal-

taba al menor choque de un estado turbulento, o al ruido de un coro de relinchos *entimpados*.

Los relatos de las guerras intestinas que eran a veces tema en las pláticas de sus peones, o motivo de comentarios en las evocaciones de su padre y sus amigos, habían formado en élla lo que la ausencia de otros seres de su sexo había apagado en su andrógina psicología.

Huérfana de las caricias y solicitudes de la madre, la huella de una mujer se había esfumado en su camino, y no vió desde que comenzó su pubertad, sino la bestialidad del macho sometido a su autoridad de dueña de todos y de todo.

La sugestión del Padre Sepúlveda cuando la dijo que en su casa resultaba ya necesaria la presencia de un hombre, en vez de una idea de sometimiento, la ofreció una oportunidad de aspirar a la multiplicación de sus feudos.

Cuando llegó a su casa, llamó a Rosendo, le habló de lo que le había dicho el Presbítero Sepúlveda, y sin que esperara su parecer, le dijo:

—Poi nada que suceda, te dirás de mi lao. Parece que lo dei Generai no fracasó ná.

—¿Pero es que tú quieres al General Santillana?

—Depués de lo que me pasó con aquei maivao de Bayaguana, ei amoi me impoita poco.

—Ten cuidado con ese hombre, no sea que venga al desquite después que lo dejaste plantado.

—La cosas tan, que con la gente que tengo y los cuaitos que me sobran, vaigo más que naiden.

—¿Y qué es lo que pasa?

—Creo que va habeí meneo, y que los tiros van a sonai de repente.

—¿Quién te lo dijo?

—Ei Padre, y cuando ei Padre lo dice, ha de sei veidá.



Los días se sucedieron sin que apareciera el General Santillana. Barruntos sospechosos que trascendían por

todas partes aseguraban que la paz estaba en peligro, y las autoridades de la Provincia comenzaron a tomar precauciones para evitar disturbios en sus dominios.

El padre de Rudescinda, conocedor, de gran experiencia, del significado de las medidas tomadas, aconsejó alejar de los caminos reales la mayor parte del ganado que le pertenecía.

Armó de un Remington a cada un hombre de su hacienda y se puso en guardia contra toda posible contingencia.

Rudescinda se hacía acompañar por los peones de valor reconocido, y con ellos, salía todos los días a recorrer sus campos.

La propaganda subversiva se intensificaba. De la Capital llegaban noticias alarmantes. Se aseguraba que el Gobierno estaba tambaleando, y que los hombres de todo el país se dividían en grupos, adversos en sus opiniones, y contrarios en sus actividades.

—¿Qué pasaría...?

Nada ofrecía una esperanza de que la paz se impusiera a la impaciencia de las aspiraciones políticas que pugnan por un cambio de cosas. Los matices partidaristas de los líderes más caracterizados, determinaban el lado más fuerte de cada región del país.

El nombre del General Santillana figuraba comprometido en uno de los bandos que dividían la Provincia, y a la cabeza de uno de ellos sonaba el nombre de éste como Delegado en los campos de Hato Mayor del Rey.

Fué así como volvió a la casa de Rudescinda el esperado General. Comandando una caballería armada, e imponente, cruzó una tarde por frente a la propiedad de la familia de los Reyes.

Un Jipi de anchas alas cubría su cabeza, barba a lo Boulanger terminaba el óvalo de su cara, guerrillera de paño azul, pantalones de rayadito español, un machete de cabo y un revólver "Cacha de nácar" componían su indumentaria de Jefe en actividad de guerra.

Rudescinda lo vió pasar y contestó con una sonrisa el saludo deferente que le hiciera el General.

Acamparía en el poblado de Hato Mayor del Rey, y desde allí haría un llamamiento a sus habitantes para ofrecer seguridades de paz y de concordia, a cambio de la ayuda que prestaran a su autoridad los elementos honrados de aquella región.

Cumplidos todos estos requisitos, se encaminó a la casa del Padre Sepúlveda, requeriría su ayuda moral como una cooperación valiosa para el buen éxito de sus gestiones, y más luego, le hablaría de Rudescinda.



Días más tarde, la comprometida pareja andaba repartiéndose el mando de las fuerzas vivas que cuidaban de la paz de la villa.

—Lo que resuelva Rudescinda, Señores, es como si lo resolviera yo. Sus fuerzas son nuestras, nuestras fuerzas son de ella, una misma causa nos alienta, y un mismo destino nos espera— dijo el General Santillana a sus tenientes.

Estas palabras fueron para Rudescinda un embrujo que la embriagó, se sintió Jefe, y como Jefe se hacía temer cuando ordenaba.

Su dinero, sus hombres, sus armas, todo cuanto tenía, la hacía pensar que era lo más decisivo en la adhesión de los elementos que la rodeaban.

En tan comprometida situación, la gente comenzó a ver en ella algo más que una alianza política, y para evitar comentarios inconvenientes, unirían Rudescinda y el General Santillana sus destinos.

La boda tuvo lugar una mañana, y sin grandes pompas. Fué más bien, una ceremonia sencilla, como aconsejó el Padre Sepúlveda, y lo quiso el Jefe de la casa de la novia.

Se ofreció un poco de aguardiente a los peones; almorzaron en ágape cordial con pocos invitados, y ya en la tarde, sobre dos caballos lujosamente enjaezados, recorrieron las calles de Hato Mayor del Rey, en donde las más

efusivas felicitaciones los siguieron hasta que se alejaron por el llano para no volver sino cuando ya la noche comenzaba.

La morada de Rudescinda, a las pocas horas, estaba sumida en gran silencio.

Apenas se escuchaba el vuelo de los pájaros que hacían estremecer las hojas de los árboles; el lejano mugido de las vacas desveladas; el ruido de los pasos de Rosendo que hacía guardia a la entrada de la cerca, y luego, silencio, mucho silencio...

Rosendo era la única persona que había visto con frío cuanto estaba consumado, y en medio de su soledad, alguna inquietud hacía que no acabara de explicarse las cosas sucedidas.

Ningún secreto de Rudescinda le era ignorado, y era feliz cuando ella le confiaba sus más íntimas preocupaciones. Y, a solas, repetía la última frase que dijo a Rudescinda cuando le participó su intención de casarse con el General: —Piénsalo bien, fíjate en lo que vas a hacer—.

Y no cesaba de retroceder hacia el pasado que los mantuvo juntos desde su niñez. A su memoria volvían los recuerdos de muchas cosas inolvidables. El día en que cayó estropeada por un becerro que pretendió capear; la noche en que por "temor a los muertos" lo obligó a dormir a su lado y en un mismo lecho; el sitio en que por primera vez, se diera ella cuenta de cómo se hacían el amor las bestias en el campo; sus juegos, sus travesuras, las cosas que nunca confesó al Padre Sepúlveda, y, hasta el día en que le comunicó, ruborizada, que se sentía mujer.

Todo eso, todo aquello, venía al pensamiento de Rosendo, la hora en que disparó celosa, queriendo matar a Eduardo Zambrana, y más que todo eso, la noche que lloró cuando le dijo: Ni a tí te puedo decir lo que me ha hecho ese hombre...

Pero más que todo esto, había algo que llevaba indecifrable confusión a su recuerdo, y era, la noche de Navidad en la que para demostrarle su alegría, le mordió los labios en un beso.

RAFAEL DAMIRON

*

* *

Era muy tarde, cuando, cansado ya de luchar por borrar de su mente aquellas inexplicadas evocaciones, sintió que una puerta de la casa se entreabría.

Era el General Santillana. Bajó lentamente los peldaños de la corta escalera, y llamando a Rosendo, le ordenó que ensillara su caballo.

—¡Cómo!, ¿se va usted para el pueblo?... —le preguntó.

—Tengo algo urgente que hacer.

Por los intersticios iluminados del tablado que daba al aposento de la casa de Rudescinda, advirtió que había luz, y que ella, no estaba dormida.

El General estaba nervioso, y caminaba de un lado al otro.

Rosendo creyó oír sollozos en la estancia nupcial, trajo el caballo por las riendas, y vió, contrariado, que el General tomaba el camino del poblado.

A poco, todo volvía al silencio. Un ambiente de soledad embargaba la vida de las cosas.

CAPITULO VI

El viejo don Alejandro de los Reyes, no salió de su habitación en todo aquel día. Rudescinda hizo lo mismo, el General Santillana había salido antes de amanecer, levantando su campamento del poblado, y Rosendo, después de hablar con la dama abandonada, impartió las instrucciones que diariamente daba a los peones de la Hacienda.

La actitud de los desposados llenó en un mar de conjeturas el ambiente.

¿Qué había ocurrido?...

Esta era la interrogación que asaltaba a todos los pensamientos. La noticia voló por encima de los cercados que separaban cada casa de Hato Mayor del Rey, y en cada una de éstas, se formaba un corrillo, y en cada corrillo, era el nombre de los recién casados, la rica vianda puesta a hervir en la olla de las intrigas.

—Lo mejor es que salgas para que te vean, —aconsejaba Rosendo a Rudescinda.

Pero ella se sentía amilanada. Siendo capaz de todas las violencias, no lo era de desafiar las murmuraciones de la gente.

—Ojalá te murieras— fué la única cosa que oyó Rosendo de la boca de don Alejandro, cuando Rudescinda, reaccionando de su íntimo fracaso le dijo:

—Pa lo que yo quería a ese maldito, lo mejoí e así.

Se acercó a un espejo, extremó el aliño de su presencia y como ahogando el tormento que la quería rendir, mandó

poner su galápago más lujoso al caballo más vistoso que poseía.

—Acompáñame a donde ei Padre Sepúiveda.

Cuando llegó a la presencia del bondadoso Presbítero sin que la diera tiempo para hablarle, la preguntó:

—Ahora, ¿cuáles son tus planes?

—A eso vengo, Padre, a que usté me aconseje.

—Hay que esperar a que se desarrollen los acontecimientos. Cuando cae una situación tan inesperadamente como esta, hay que observar, mejor que actuar.

Rudescinda quedó perpleja, y se contuvo.

—¿A qué hora salió el General?

—Ei salió de casa muy de madrugá.

Rudescinda se dió cuenta en seguida de que el Padre Sepúlveda le hablaba de algo muy ajeno al terrible drama que la llevó a su presencia.

—No te preocupes, hija, esto pasará pronto, y en cuanto se restablezca el orden, ya vendrá a buscarte. Tú sabes que los hombres de cierta importancia no se pertenecen y que, seguramente, el General estará ya en El Seybo al lado del Gobernador de la Provincia.

Rudescinda optó por callar la realidad sombría en que estaba envuelta, y oyendo las sugerencias de su consejero, armó su gente, se puso a la cabeza de la pequeña custodia de su casa, y dió crédito a lo que fingía un velo sobre la verdad que podría derrumbarla frente a la consideración de cuantos la rodeaban.

Aún cuando con ciertas reluctancias, la gente aceptó las razones que circularon alrededor de la repentina ausencia del General al día siguiente de sus bodas con Rudescinda. Ella asumió un papel tan ajustado a la simulación que se imponía, que nadie, a excepción de Rosendo y don Alejandro, hubiera podido sospechar lo que positivamente había ocurrido.

Desde aquel día, Rudescinda se consideró una mujer perdida en un mar de confusiones. Había confiado exageradamente en su poder personal, en su equivocado concepto del hombre que la ofreció su mano para desposarse, y

llegó a convencerse de que no podía esperar de él, más que un amargo recuerdo.

Entre el General y ella, se interpuso un abismo tan profundo, que intentarlo salvar, hubiera sido una locura. En lo que pudiera llamarse amor, ella era un ser inconsciente, y como en todas sus actividades y sentimientos, irreflexiva, torpe y audaz.

En élla había carencia de ese fluído que es, en las mujeres absolutamente femeniles, una fuerza subyugadora: El aspecto débil, la delicadeza de los movimientos, la extrema candidez que desarma el engaño, que resuelve en su favor las reflexiones más filosóficas, y que hacen del hombre, un conquistador conquistado.

La delgadez tensa de Rudescinda, la ausencia de una sonrisa que fuera destello de ingenuidad en su rostro, su incurable afán por la compañía de los hombres, su contacto con las bestias, su arrojo en competencia con los hateros, que lo mismo tumbaban un toro para castrarlo, que un novillo para desollarlo y descuartizarlo, no eran condiciones fáciles a adoptar actitudes sentimentales.

En élla todo tenía dos formas; La que provocaba su interés, o la que la inspiraba menosprecio. Por grande que fuera un golpe dado a su corazón, al volver a latir, lo haría sin que durara mucho tiempo su efecto en la marcha regular de su ritmo.



El año 1902, se presentó propicio para alternar en el desasosiego que predominaba en el ánimo de la gente. Fué esta fecha para el país, génesis del derrumbe social que echó por tierra el sentido de la paz entre los dominicanos.

Y ella, en un momento de serenidad, quizá si se hubiera consumido en la más lastimosa desesperanza.

Pero como era un factor codiciado por el caudillismo que estaba en ebullición, si un fracaso la empujaba hasta

verse casi por el suelo, la posibilidad de un triunfo nuevo, la invitaba a ensayar con más vehemencia.

La deserción del General Santillana, como calificaba ella su abandono, no pasó de una simple inconveniencia. Día y noche, eran para ella páginas llenas de una atracción creciente y variada. Su casa fué convertida en itinerario de las fuerzas de uno y otros bandos de los que se discutían el poder en el país. Para todos era hospitalaria, para todos era exagerada al ofrecer su ayuda. Si la hubiera sido posible habría seguido detrás de aquellos de más renombre en el desarrollo de los acontecimientos políticos que estremecían la República. Pero así como es bueno para una noche de descanso el lecho de una posada, su contacto femenino solo parecía gustar para el efímero disfrute de una relación casual.

¿Qué quería?

Ella no sabía cuál era la fuerza que la trastornaba, frente a los hombres que consideraba, por su valentía, por su importancia, y por su papel en el escenario de la vida, algo más que lo que ella en su propio concepto concebía, se insinuaba con audacia, lo arriesgaba todo, sus más íntimos secretos, su dinero, y hasta su vida. Pero en seguida, aspiraba a su dominio, pretendía anularlos en la acción, mezclarse en el disfrute de sus atribuciones, y luego, postergarlos.

Como la única potencia capaz de vencer a los hombres fuertes estaba en ella ausente, su vida era un proceso de martirio, y su complejo esencial, su indeterminada feminidad.

*
* *

La vida confiada de aquella región se había interrumpido, el *remington* suplía al lazo en el hombro del hatero, la vereda, al camino real, el ocio, a los afanes cotidianos.

Sus noches ya no estaban cuajadas de luceros, sino de la luz intermitente de los disparos; en vez del canto de la

cigarra, se escuchaban vivas y gritos por el caudillo vigente que ponía en fuga a su contrario.

La Ley era el capricho del más fuerte, y el más fuerte era, quien podía convertirla en un guiñapo.

Todo se sentía afectado en medio de la anormalidad que se erigía en forma agresiva de gobierno: la iglesia, convertida en cuartel, cambiaba de huéspedes cada vez que el asalto decidía el triunfo de un bando contra otro; los poblados eran convertidos en vivaques, y aplazadas las funciones públicas, los cultos y la administración de justicia, la familia no acertaba hacia dónde dirigir la vista para encontrar reposo, porque todos los horizontes estaban preñados de amenazas.

Noticias que llegaban de la Capital de la República aseguraban que los disturbios políticos guardaban un receso, y la designación de nuevas autoridades en la Provincia junto con el licenciamiento de las fuerzas armadas, ponían un punto suspensivo a las actividades irregulares que habían predominado.

Dijérase que todo recobraba el reposo habitual que pondría cese a las angustias de la familia, y la casa de Rudescinda adquirió de nuevo el ritmo que le era característico: monte, rectificación de sus teneres, regreso al trabajo, y esta pregunta retoñando en los corrillos de Hato Mayor, y en la curiosidad de cuantos circulaban por los alrededores de Los Hatillos:

—Cuándo volverá el General Santillana?

Rudescinda parecía oír esta interrogación en la palabra de todo el mundo; pero como la estaba vedada pronunciar la verdad recóndita, se mantenía de mal humor, soberbia, a punto siempre de explotar en exabruptos. Cada mirada, cada gesto, era para ella como un proyectil que rozara sobre su orgullo.

Y pasaba los días alejada de la gente, arreglaba temprano cuanto era indispensable para la buena marcha de sus negocios, y en compañía de Rosendo se ausentaba hasta las últimas horas del día. El llano, los inmensos pajonales del hato, eran su refugio. Por las noches, la visita del

Padre Sepúlveda, sus pláticas con don Alejandro, pensativa y sin ánimo para triunfar de sus preocupaciones íntimas.

Las conversaciones giraban siempre al margen del mismo temario: un poco de política, otro poco de cultos, y con más frecuencia que otras veces, algo sobre las nuevas autoridades designadas para administrar la Común.

Ya muy entrada la noche, el Presbítero Sepúlveda se despedía, y Rudescinda y su padre volvían a quedar frente a frente, y, como desde hacía mucho tiempo, sin dirigirse una palabra.

La primavera había pasado y entonces los campos eran de menos provecho para la crianza. Era necesario trasladar el ganado a los sitios menos castigados por la sequía.

Había, pues, que internarse muy lejos de la casa. La peonada encargada de estos menesteres cruzaba a caballo hacia todas direcciones. A la hora de mediodía se echaba debajo de los árboles, comía de sus alforjas para continuar luego en la búsqueda de las vacas recentinas, de sus terneros, de cuanto fuera necesario para tener conocimiento exacto de la marcha de las cosas.

Rudescinda y Rosendo practicaban estos diarios volteos, siempre el uno, cerca del otro, muchas veces en ambulante silencio, las más, en conversaciones pueriles. El conocía demasiado a su compañera para iniciar ningún tema que la obligara a lo que no fuera de su antojo ponerse a comentar. La prudencia era su característica más apreciable, y a ello debía la confianza y la fe que en él depositaba su protectora.

Faltos de asuntos sobre los cuales ponerse a platicar, cuando se detuvieron a la hora de la siesta para reposar debajo de un árbol que hacía sombra a la margen de una aguada, le preguntó Rudescinda:

—¿Quién era ese señoí que saludó anoche al Padre frente a la ceica de casa?

—Según dijeron los peones, se llama don Pablo Santillana, y es el nuevo Jefe de por aquí.

—¿Será pariente dei indino de Manuei?

—Dicen que es pariente muy cercano, y también, muy amigo del Padre Sepúlveda.

Y Rudescinda guardó silencio durante mucho rato, no sin que el dato que le diera Rosendo, le fuera indiferente.

Seguramente, pensó, que iría a visitarla, a menos que sus relaciones con el Indino, como ella llamaba al General Santillana, no fueran tan comprometidas que la colocaran lejos de su amistad.

Así se estuvo hasta que siendo ya hora de continuar su faena, puso un pie sobre la mano de Rosendo para subir a su montura.

No bien habían caminado algunos metros, se volvió como quien se ha libertado de algo que la oprimía, para preguntar:

—¿Cómo tú dijite que se llamaba? ¿Pablo?

—Sí; Pablo de Santillana.



Los parientes Manuel y Pablo de Santillana no se frecuentaban como personas entre quienes existiera un gran apego, más bien, sin ser enemigos, se les veía lejos el uno del otro. De modo que no parecía raro que el segundo ignorara la causa de la ausencia del primero al lado de Rudescinda, ni que a él no se le antojara hurgar en tan comentado misterio.

Como la casa de don Alejandro de los Reyes, era indudablemente una de las pocas que por aquella región gozaban de cierto títulto que engrandecía su fuerza económica y la personalidad muy discutida de Rudescinda; y como fuera el Padre Sepúlveda elemento indispensable para el buen éxito de las autoridades que allí enviara el Gobierno, no pasaron muchos días sin que acompañado, el uno del otro, alternaran en las reuniones de la casa de Los Hatillos.

Pablo Santillana, aunque con algún parecido con su pariente el General Manuel de Santillana, era más atractivo, más decidor, y con mayores facultades políticas. Su

autoridad apenas si se sentía, y su discreción cerraba el paso a todo lo que fueran intriga y maledicencia.

Su amistad con el Padre Sepúlveda era cada día más estrecha, y esto hacía, que la de don Alejandro y la de Rudescinda, aumentarán en confianza y en cordialidad.

Nunca fué abordado en estas tertulias el tema de la extraña conducta del esposo de Rudescinda, ni jamás, Pablo de Santillana, hizo alusión a sus relaciones con su pariente.

El Padre Sepúlveda que se sentía ya intrigado por esta singular situación, optó por olvidarla hasta tanto Rudescinda lo pusiera en la verdad en cualquier día que se la antojara hacérsela conocer en un acto de confesión, que sin embargo, lo obligaría a guardarla dentro de las sagradas exigencias de su Ministerio.

Pero Rudescinda que rehuía acercarse al confesonario restaba al Padre Sepúlveda oportunidad para entregarle este secreto.

Del General nunca recibió ella ninguna noticia. Dijérase que después de su partida se hubiera muerto. Sobre las superficiales cicatrices del golpe de Bayaguana, parecía mustiarse alguna ilusión.

No era para menos, cuando por lo bajo la gente exclamaba al verla pasar:

—¿Qué habrá sido del General?

Cada quien llenó el vacío que encontraba con una interrogación, o con una ironía, o con una afirmación calumniosa. Sólo ella, el General Santillana y Rosendo, parecían guardar el inviolado secreto de las primeras horas de aquella boda sin luna de miel.

Rudescinda, ya sea por su raro temperamento, ya sea por su posición, o por el indiscutible dominio que ejercía sobre sus subalternos, por sus esplendideces hasta el dispendio, por su camaradería, y por una serie de condiciones que la hacían bien recibida en todas partes, no podía menos que interesar a Pablo de Santillana hasta el extremo de hacerse acompañar de ella en sus viajes por las secciones que componían la común de Hato Mayor del Rey.

¿A quién no conocía Rudescinda, y por quién no era conocida en todo lo amplio de aquellas comarcas?

¿Cuál camino no había ella transitado, con preferencia, por las noches, y hacia todas direcciones?

¿Qué persona indigente por su vecindario no debía un favor a Rudescinda?

¿Cuál niño pobre que muriera no recibía de ella una contribución para que su enterramiento se hiciera con decoro?

De los repiques de campanas que se oyeran en un día de confirmación, ¿cuál no era por la ahijada que Rudescinda confirmara?

¿De cuál fundo, de cuál casa humilde de los alrededores de su hato no se oía la dulce salutación de una comadre, unida en sacramento con ella, que no la recibiera con indescriptible regocijo?

Y estas, y otras manifestaciones, fueron llamando la atención de tal suerte al Jefe Pablo de Santillana, que su compañía resultaba indispensable para estar seguro de sus pasos como autoridad de aquella región.

En tal estado ya las relaciones de ellos, nada de particular había en que sin la compañía del Padre Sepúlveda, Pablo de Santillana, almorzara, desayunara y cenara en casa de Rudescinda.

Y como se tratara, como era conocido de todos, aunque nunca comentado particularmente por ellos dos, de un paciente, tampoco tenía nada de alarmante, el que ella le arreglara un cuarto en su propia casa para cuando se le antojara descansar, y mucho después que hiciera de éste su dormitorio habitual.

Quien vea mal hasta en las cosas más sagradas, nunca falta, y no fué extraño que alguno pensara, lo que si se tratara de una mujer menos envidiada y menos combatida, hubiera sido exageradamente hiriente.

Lo cierto era, que los meses se sucedían, la gente se cansó de comentar, y Rudescinda alcanzaba lo que era su única obsesión: Mandar.

Y esto resultaba así, porque el Jefe Pablo aparentaba

haber depositado en ella toda su confianza. Nadie alcánzaba cosa alguna de su autoridad sin la intervención de Rudescinda. En una fiesta ella lo disponía todo, todo lo costeara para que sobrara, haciéndolo a manos llenas.

Asistían juntos a misa, y juntos se arrodillaban frente al altar para recibir la bendición del Padre Sepúlveda. Juntos llegaban a la Sacristía, y juntos llevaban a la pila del bautismo a todos los niños de aquellos amigos que querían ser sus compadres.

Rosendo pasó a ser el Mayoral definitivo del hato, y ya pocas veces tenía tiempo para escuchar las confidencias de su amiga y protectora. Ni egoísta, ni receloso, jamás se le ocurrió una pregunta que mereciera una respuesta incómoda.

Don Alejandro resignado a cuanto se desarrollaba a su alrededor, envejecido y un poco achacoso y amargado, se situó en un segundo término del escenario de aquella vida, y ni ponía, ni quitaba en los negocios, que aunque siendo el fruto de su patrimonio, consideraba en manos propias, ya que eran las de su única heredera, las que de tales disponían.

La existencia de la gente en estos reducidos medios, evoluciona de una manera casi independiente. Lo moral, lo estricto, no son cosas que cohiben a nadie, simplemente se manifiestan para sazonar la comidilla pueblerina, que pica en la epidermis, pero que no profundiza hasta hacerse temer.

Se es lo que se es, por lo que se tiene, por lo que se puede, y por lo que se da. Y Hato Mayor del Rey era demasiado pequeño para establecer fronteras entre los que nada parecían, o nada eran, y mucho menos, frente a los que nada daban, ni nada ofrecían.

La distancia que existía entre el propietario de un hato y el pobre campesino que gozaba del usufructo de una tierra que no era suya, no podía decidir actitudes sancionadoras frente a quienes todo se lo daban.

Si Rudescinda era así, o era del modo que mejor cre-

yera para satisfacer su capricho, ¿quién podía limitar su acción?

La Iglesia la consideraba su más espléndida protectora; los miembros del Ayuntamiento, su más efectivo municipal, aún cuando hubiere otros de igual rango económico que élla, no los había tan influyentes, ni tan oportunos como ella.

De modo que, pretender forzar el secreto en que se fundaba la alianza del Jefe Pablo y de Rudescinda, era exponerse a la complacida intriga que pudiera colocarlos frente a las únicas fuerzas reales de aquella Común.

Y así las cosas, poco a poco, la gente siguió como lo más natural del mundo, el curso de aquellas relaciones cada día más íntimas, y cada día más sólidas.

* * *

El Jefe Pablo era un tipo hermético, y como tal, casi invulnerable en lo que pudiera ser más allá de la amistad y el parentesco que lo unía con Rudescinda.

Después que las puertas de la casa en donde vivían se cerraban, toda conjetura giraba en un vacío. No hay mayor libertad para dos que quieren burlar la esclavitud con que ha de servirse a una reserva impuesta, que la que ofrece la oscuridad de una estancia en la comisión de un pecado.

El tipo de Sultán de estos hombres que figuran como Jefes de un sectarismo estrafalario y que campeaban en todos los campos del país, se atribuía muchas veces el privilegio de sostener, a cada vuelta de un camino, una hembra a quien le concedía el derecho de ostentar la satisfacción y el orgullo del más leal concubinato.

Quiénes, había entre ellos, que tuvieran treinta hijos y a un mismo tiempo una docena de amantes en estado de preñez. Otros, que ya abuelos, tuvieran cien nietos, y otros que con alardes de mayor fecundidad, se vanagloriaban de poseer en los alrededores de su cacicazgo, cientos de descendientes que por él tomaran las armas en caso necesario.

Sin esto, el verdadero cacique carecía de color. Jefes hubo de un poder de persuasión tan poderoso en sus relaciones con sus queridas, que lograron tenerlas en un mismo fundo, unidas por inalterable amistad, y hasta dichosas de vivir promiscuadas bajo un mismo techo.

A ellas les bastaba poder exclamar al referirse a su seductor: ¡Mi hombre! Con ello se sentían contentas, ya que, también, podrían afirmar: ¡El padre de mis hijos!

Tales contrastes que no parecieran posibles a los ojos de un hombre que viva en una ciudad más o menos organizada, daba fuerzas a la hegemonía de muchos jefecillos que amparaban su actitud de titanes frente a la política tolerante que se aprovechaba de estos vicios como plataforma de su estabilidad.

Y el Jefe Pablo era uno de los más populares por la parentela numerosa que se había creado.

Aunque sus dominios naturales estaban lejos del medio que entonces encuadraba su figura, extenderse, ampliarse, conquistarse mayor apoyo en el nuevo sector que le ofrecía su íntima amistad con Rudescinda, era algo que pesaba muy mucho en sus posibilidades de político no escaso de ambiciones.

Y en vez de temer a la censura que suponía de parte de cuantos seguían con interés sus sospechosas relaciones con la esposa de un variente, las hacía más profunda, más intensas en el espíritu de aquella mujer, que para vivir su vida irreflexiva y vehemente, todo lo arriesgaba y contra todo realizaba lo que su impulso temerario la inducía.

Lo que pudiera haber entre ellos dos, sin embargo, o no era nada pecaminoso, o se guardaba mucho de dar pruebas que los pusieran en un casi flagrante delito de adulterio.

Rudescinda era mujer de temple acerado, de una moralidad confusa, demasiado inquieta para cultivar un amor sereno. Cuando se colocaba en un plano de conquista parecía dúctil, y como ignorara esa esquivez que las mujeres saben simular para escrutar el alma que las subyuga, o se daba fácil y torpe, o repelía con despectivo gesto y entonces, resultaba ordinaria y amenazadora.

Sólo un hombre la conocía hasta en lo más complejo de su espíritu, y ese hombre que se ignoraba a sí mismo, porque su pensamiento cerrado a todo acto comunicativo jamás se manifestó contrariado frente a las extravagantes inquietudes de su protectora, era, Rosendo, el Mayoral.

Por eso, en sus horas aflictivas, en los instantes en que la era forzoso ampararse en una leal amistad, procuraba Rudescinda su contacto presentándosele con esa transparencia a través de la cual solo él sabía ver.

Y sin ningún asombro se preparó a escucharla una tarde en que el Jefe Pablo estaba ausente.

Finjiendo un humor que esperaba poner suavidades en el corazón de su amigo, le dijo:

—Hayorai tenemos que echai un conveisao.

—A la orden, Rudescinda.

Y buscaron la soledad de un montículo del hatu para sentarse a discutir.

Estoy metía en un berenjenai que no se que hacei. Ei viejo no me habla (se refería a su padre) ei Jefe Pablo poco a poco se ha adueñao de la casa, y suponge que la gente me tá llenando de improperio. Tú no ha oido na poi ei pueblo?

—Todos aseguran que tú te entiendes con él, que no has respetado que es pariente del General, y que el Padre Sepúlveda no ha vuelto a tu casa porque tú no lo respetas.

—¿Y tú, que crees?

—Lo que tú me digas.

—Lo peoi de la cosa, no te lo quiero deplicai ahora, pero tengo terroi de lo que me asupongo.

—Tan malo es....

—Tan malo, Rosendo...

CAPITULO VII

El otoño había llenado de un tono amarillento la campiña. Días de sol que no ponían rocío en el amanecer del llano, extraño acezar de aves vagabundas, árboles sin hojas, cauces de pequeños arroyos convertidos en polvo, todo, seco, todo triste, era el panorama que servía de rumbo a la mirada del traseunte.

El ganado se alejaba en busca de pastos mejores, y mientras volvieran a reverdecer los campos, los volteos se harían sobre más remotos parajes.

Rosendo, que tenía que ausentarse de la casa a las veces por más de un día, llegaba hasta los linderos del Hato de los Reyes, para poder tener a su alcance las manadas sitibundas.

Cuando regresaba a la casa después de dos jornadas duras, pocos eran los informes buenos que podía ofrecer a los dueños de aquel inmenso predio.

Cada año era lo mismo: El ordeño a campo raso se suspendía, los negocios mermaban, y era preciso esperar el cambio de las estaciones para la reorganización de las cosas.

No eran pocos los inconvenientes que había que vencer para evitarse incidentes con los otros terratenientes que veían el ganado ajeno cerca de los suyos. La posibilidad de un choque era lo más frecuente entre unos y otros.

Los charcos de aguas muertas que aún servían para calmar la sed de las reses, eran motivos de controversias

enojosas entre los hateros y ello daba lugar, a que sin la intervención de sus condueños, las cuestiones tuvieran que resolverse de una manera violenta.

Rosendo hacía tiempo que era víctima de grandes preocupaciones. Algo había oculto en su corazón, una espina que entorpecía su ritmo, algo que lo obligaba a un mismo e insistente pensamiento.

Su impenetrable espíritu montaraz no conocía el peso de los fenómenos morales que en todo hombre son tan imperativos, y por eso, su existencia había sido la de un autó-mata insensible; pero cuando recordaba las últimas palabras de Rudescinda concluyendo después de su última conversación respecto del secreto que callaba su alma:

—Tan malo, Rosendo...

No se explicaba por qué una extraña sacudida lo había obligado a pensar tanto en aquella frase de su protectora.

Y esperó días y días, que élla, al fin, le revelara lo que no quiso decirle aquella tarde.

Cuando la veía transitar la seguía con la mirada como queriendo adivinar en un gesto, en una palabra, lo que por primera vez pospuso para guardarlo en secreto. La veía quedarse largo rato acodada sobre el brazo de una mecedora, suspirar profundamente, como queriendo oír cuanto se hablaba en su alrededor.

Había sentido en la soledad de la noche, que el Jefe Pablo y ella, sostenían querellas a propósito de algo que él no comprendía. Y violando su prudencia y el recato peculiar de su hombría, oyó una noche este reproche de Rudescinda.

—Nosotros, Pablo, nos hemo vueito loco.

—No tenemos perdón de Dios. Lo siento por don Alejandro.

—Y yo, más que poi mi padre, poi mí misma.

Y la luz se apagó mientras Rosendo se escurría entre la sombra temeroso de ser sorprendido en una acción tan fea.

Antes de amanecer alguien tocó a sus puertas y preguntó sorprendido:

—¿Quién es?

—Soy yo, Rosendo.

Al reconocer la voz de Rudescinda, saltó a medio vestir para abrirla la puerta.

Ella traía un candil en la mano y lo colocó en una pequeña mesa que había en un ángulo del cuarto, y mientras terminaba de vestirse Rosendo, comenzó:

—Ei Jefe Pablo va a sei una salida, ensíllale ei caballo en lo que ei se lava la cara y yo cuelo un poco de café.

—¿Un sólo caballo?

—Sí; va de coterero.

Y Rudescinda cruzó por el centro del patio para hacer fuego en la cocina y colar el café.

—Date pronto, Rosendo —le pidió —que voy a provechai la mañana para dirme ai pueblo.

Cuando volvía el Mayoral con el caballo, ya estaba junto a Rudescinda el Jefe Pablo. Al sentir sus pasos, ellos callaron, pero Rosendo pudo oír estas palabras:

—No te puedo llevar, Rudescinda, ponte en razón y no hablemos más de eso.

Hacía mucho tiempo que el Jefe Pablo no hacía un viaje sin acompañamiento, y la hora y lo súbito de esta salida, hacían suponer que algo muy importante lo llevaba lejos de Los Hatillos.

El monorítmico golpe de los cascos del caballo hacía notar que era de fina raza, de mucho brío, y que quien manejaba sus riendas no era un hombre cualquiera.

No había caminado cinco leguas, cuando desde las puertas de un bohío alguien le hizo un saludo que lo detuvo.

Ya era bastante subido el día, se estrecharon las manos, un peón salió para hacerse cargo de la montura, y la puerta de la casa se cerró en seguida.

Una hora después, el mismo individuo que se hizo cargo de la cabalgadura del Jefe Pablo, volvía trayendo en sus manos en lugar de una, dos, agarradas por las riendas. A horcajadas ya sobre las sillas, se dieron las manos y se

despidieron. El Jefe Pablo regresó a su punto de partida, y el desconocido jinete con quien se entrevistara, tomó otro camino.

Rudescinda venía de la iglesia cuando sintió las pisadas del caballo del Jefe Pablo. El corto tiempo de ausencia puso buena cara en ella, y mandó preparar espléndido almuerzo para todos.

—¿Qué pasó, se puede saber, Pablo?

—Hablaemos luego —contestó dándole un paquete cuidadosamente envuelto— guarda éso en donde nadie lo vea.

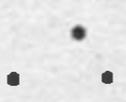
—Lo voy a poner debajo dei coichón.

—Oyeme, Rudescinda —como saltando de una cosa a otra— tú crees que Rosendo sea un hombre discreto y buen soldado?

—Como eso, sí que sí. Confío en ei más que en Dios.

—Dile que deseo hablar con él esta noche y que tenga listo un buen caballo para una diligencia importante.

—Ta bien, Pablo.



Tan enigmáticas palabras pusieron en ascuas a Rudescinda.

Aqué! había sido un día de amarguras, de intranquilidad. La partida del Jefe Pablo, que por suerte para élla fué de un pronto regreso; su visita al Padre Sepúlveda con quien quería hablar desde hacía mucho tiempo; la enemiga que la guardaba don Alejandro; la mirada interrogadora de Rosendo, élla, en fin, que era en su afán de callar algún profundo dolor su más irresistible motivo de desasosiego, daba a cuanto allí palpitaba, la sensación de la víspera de alguna tormenta a punto de desencadenarse.

Rudescinda no había podido olvidar las últimas recomendaciones del Padre Sepúlveda:

—Tu enemigo está en tí misma, entrégate a Dios, y ten valor para imponerte el sacrificio. Tu padre se está



muriendo de pesares, y presiento que estás en los bordes de un abismo.

—¿Es que no tengo derecho a querei algo en la vida, Padre ?

—Sí, hija mía. El amor es algo inmanente que vive en todo ser, pero nunca ha de tener miedo si al entregarse a sus deleites la pureza lo arma, y la decencia lo engrandece. Tú juraste ante Dios observar sus leyes, y estás en falta. Sólo un sincero arrepentimiento podría salvarte de su abandono.

Y como algo extraño la anunciaba que estaba perdida en un laberinto del cual ya era difícil salir, decidió esperar, pero lo menos posible.

Vino a su pensamiento la punzada de esa curiosidad incontenible de quien ha dejado pendiente un propósito formulado, y sacó de donde estaba escondido el paquete que la entregara el Jefe Pablo; rasgó su envoltura, y leyó: AL PAIS! Era un manifiesto revolucionario con el cual se invitaba al pueblo dominicano a contribuir a echar por tierra el régimen gubernamental que dirigía los destinos de la Nación.

Después de leer su último párrafo, exclamó:

—Esto era lo que me faitaba.

Y siguió en espera de la noche para abordar al Jefe Pablo, y aclarar lo que entre ellos ya parecía inaplazable.



A las primeras horas de la noche Rosendo había recibido las instrucciones pertinentes, y las siguió con toda exactitud.

—Ahora, Pablo, tú y yo tenemos que conveisai.

—Dime, Rudescinda.

—Qué piensa hacei tú?

—Estar alerta. El país no quiere seguir gobernado por la gente que está en el poder, y no puedo quedarme con los brazos cruzados.

—Pero, ¿y tú no eres el Jefe del gobierno aquí?

—Sí; se ha resuelto que seamos nosotros quienes inicien el movimiento. Ya todas las autoridades del Cibao están de acuerdo, y esto será un paseo triunfal. Tan pronto como regrese Rosendo hay que preparar la peonada para que esté lista. Reuniré los empleados, y nos *pronunciaremos*.

—No vayas a creer que tengo miedo. Yo te acompañaré a pelear si es necesario. Pero no es ahí a donde voy.

—Explicáte, pues, Rudescinda. Tú sabes que eres mi brazo derecho.

—Sí; y más leal que nadie. Pero... y lo que tú sabes. Ya eso va muy adelantado y hay que arreglarlo lo más pronto posible.

—Ya te dije, que en cuanto a don Alejandro no hay dificultad, somos hombres, y las cosas entre hombres, cuando hay buena fé, todas llegan a un arreglo.

—Cuándo le va hablar?

—Si es posible, hoy mismo.

—Yo no sé, Pablo, como le voy a ver la cara.

Rosendo estaba de regreso antes del amanecer. Rudescinda lo invitó temprano a salir por el campo, tenía ella mucho temor del resultado de la conferencia del Jefe Pablo con su padre.

A paso lento se fueron Rudescinda y Rosendo sin saber hacia donde por la ancha sabana.

—Hicite la cosa como Pablo te dijo?

—No se quedó nadie pendiente, los ví a todos, y todos se manifestaron dispuestos a seguirlo hasta la muerte.

—Lo malo es que el fuego ha comenzado aquí, y sin tiro. Lo que te tenía que contar debe habérselo dicho Pablo al viejo. Si cuando volvamos le encuentro mala cara, no entro más a mi casa.

—¿Qué dices, Rudescinda?

—Lo que oyes, Rosendo. Yo casi soy una mujer peidía, me convenso de que no tengo voluntad.

—Quiere decir que tú y el Jefe Pablo...

—Nos hemos vueito locos. Y lo peoi es que no podré negai a naiden la veidad.

—Ya sabía yo que ese parentesco de ustedes iba a terminar así.

—Sabe Dios cómo terminará. Lo que te digo es que ahora si es veidad que si me engaña este hombre, va a correi sangre en Los Hatillos.

—Yo te aconsejo, que no pierdas la calma, la violencia dá muy malos resultados.

—Ah, pero tú crees que esto que tengo en las entrañas lo voy a tirai ai monte?

—Pero es que tú...

—Eso es lo grave, Rosendo.

—Verdaderamente, muy grave.

Sin volver sobre tan delicado problema vagaron hasta muy noche por el campo Rosendo y Rudescinda.

—Véte tú alante, abre el ojo y fíjate como etán las cosas. Si etán malas, ven y dímelo. Avísale a Pablo en donde puede encontraime.

Y luego, en medio de aquella soledad murmuró:

—Qué será de mí!

Para élla todo se presentaba confuso. Recordaba los menores incidentes de su vida, su desgraciada boda, el culpable de su desgracia, se daba cuenta entonces de cómo había resbalado hasta caer en el fondo de ese tormento que la contrariaba.

Tenía el horrible temor de no ser perdonada por su padre, y la hería en su orgullo no poder justificarse con el Presbítero a quien había querido engañar mintiéndole para obtener su perdón. Pensaba en Rosendo, que no se enojaba, que no se atrevía a decirla un solo reproche, y sentía la pena de que los hombres no la enseñaran nunca a defenderse.

Como jamás cultivara la amistad de una mujer igno-

raba la fuerza poderosa de la debilidad de su sexo para resistir las tentaciones de la carne.

Y no era que ella fuera ni más ni menos por la condición civil que pudiera ostentar. Ella podía hacer cuanto se le antojara sin perder en influencia y en prestigio ante los ojos de sus vecinos, lo que la sumía en desazones, era la inseguridad que había comprobado en la estimación de sus cosas más queridas.

—Lo mejoí sería laigaimé de aquí a cuaiquiei paite, —se dijo presionada por un derrotismo inexplicable.

Y pensó en el oro que tenía guardado, en un sitio en donde refugiarse, y en la felicidad que tenía la obligación de ofrecer al más fiel de sus amigos, a Rosendo.

—Sí; nos iremos bien lejos —volvió a pensar— cuando alcanzó a ver que con paso ligero alguien venía en su busca.

—Dice el Jefe Pablo que todo se arregló muy bien, que vayas en seguida, y que no te des por enterada con el viejo Alejandro.

Rudescinda suspiró como si despertara de un sueño, de una pesadilla, y acompañada de su leal protegido, se encaminó hacia la casa.

Otra vez el hombre de trabajo trocaba el machete de corte y la azada, en un fusil y una mochila. Las leyes quedaban en suspenso y la arbitrariedad y el partidatismo se erigían en normas agresivas contra el derecho institucional.

Ocho meses bastaron para que un cambio total removiera las pasiones, la traición de unos, y las sórdidas alianzas de los otros, formaron un frente único bajo el patrocinio de una unión de tan podrida soldura, que a poco se había roto para ensangrentar al país como nunca lo pudo sentir el alma de la Patria.

El pueblo se alzó en arma contra el Gobierno constituido; se formó un Gobierno provisional a la cabeza del

cual apareció el más audaz y el menos escrupuloso de los nombres que había hasta entonces ocupado la dirección del Estado, y la República fué convertida en un escenario de tragedias inconcebibles.

Era el año 1904, y cerca de los comienzos del 1905, época cuna de las más sangrientas luchas fratricidas.

No hubo un sólo rincón de la República en que el fuego de los fusiles dejara de ahondar en las rencorosas divisiones partidaristas.

Carlos Morales Languasco, apóstata de la iglesia, de la política y de sí mismo, daba a cambio de una Presidencia rodeada de desconfianza, pruebas de una lealtad, que para ser creída, necesitaba apoyarse en la irresponsabilidad moral más increíble.

Para sostenerse en tan insólita posición, cedió a todo cuanto la pasión y la maldad le exigían en el delirio de una ebriedad irrefrenable.

En cada Provincia, en cada Común, en cada Sección, hasta en los más insignificantes caseríos del país, la revuelta llenaba de toques de cornetas guerreras, y de detonaciones, la incertidumbre de la familia acongojada.

La ciudad Capital permanecía sitiada y el Gobierno Provisional allí instituído solo contaba en el interior del país, con un grupo de hombres que se mantenían en la fortaleza de Puerto Plata.

Lo demás, campo y poblaciones, cambiaban de manos en una lucha en que caían unos y otros haciendo más irreconciliables cada día los enconos de los Partidos.

En tanto el Jefe provisional del Ejecutivo dominicano, entregado como una ramera insaciable a los desenfrenos de sus licitadores políticos, daba su apoyo a las persecuciones de cuantos querían satisfacer los instintos de su obsesida perversidad, mientras la muerte llenaba de luto el hogar de unos y de terror el espíritu de los otros.

Se oyó tronar la fusilería de fuerzas extranjeras que por primera vez desembarcaran en tierra dominicana bajo el alegre toque de diana de los soldados de aquel Gobierno sin escrúpulos, hasta que los sitiadores fueron cediendo

al empuje de los sitiados, que para cerrar el cuadro luctuoso de aquella tormenta, levantaron el cadalso en que murieran acribillados por las balas del fanatismo imperante, Manzueta y Guiliú.

Estas dos víctimas caídas como el último tributo de la fidelidad del más truhán de los gobernantes que deshonraron la Presidencia de la República, cerraron el capítulo de una victoria que más tarde habría de convertirse en la derrota final del apóstata vencido.

¡Para estas realizaciones, cuánta sangre vertida!

¡Para lograr una paz tan efímera como sangrienta, cuánto dolor!

Lo que fuera en grado sombrío en las ciudades, en los campos, fué tragedia sin término.

La hacienda pública era algo nominal que solo servía para transacciones leoninas con el comercio que también traficó innoblemente con las exigencias perentorias del momento.

El crédito nacional se extinguía, y en bancarrota el erario, la instrucción pública sufría un colapso desolador, sin sueldos los profesores de las escuelas, sin sueldos los empleados de la Administración Pública, sin sueldos los funcionarios en general, y sin trabajo la tierra, yermo el cercado, y repletos de cruces los caminos.

Tal era el cuadro que ofrecía el país entre los años 1904 y 1905.

El hombre valía, como el jefe beduino, por el número de brazos de su cábila. La posesión de un arma de fuego era el documento de identidad de mayor garantía dentro del desarrollo de los acontecimientos que arruinaban la nación, y quien fuera más ágil en la guerrilla, más eficaz en la montonera, y más cruel en el ejercicio de su matonismo impune, mayor apoyo encontraba en el espíritu insensato de los dirigentes.

Como fuera el Jefe Pablo, uno de los más importantes iniciadores de la revuelta en la región de Hato Mayor del Rey: como fuera él, y sólo él, la más impenetrable muralla contra las fuerzas que huían en derrota de los alrede-

dores de la capital, Rudescinda ganaba adeptos e imponía su autoridad en todo lo inmenso de su Común.

A caballo recorría a toda hora los diseminados pequeños cantones que respondían del orden de su dominio. Y aquel ambiente la hacía surgir de si misma, diabólica, extravagante, inquieta. Ese olor a macho del hombre que no ha dormido, que lleva ropa resudada, hosca faz, e instinto feroz, ponía en ella a arder el fuego de muy extrañas sensaciones.

Hubiera querido enfrentarse al enemigo, envolverse en el humo de la pelea, apañar un sable y blandirlo sobre un contrario para gozarse luego en el aplauso de las tropas admiradas de su valentía.

Pero desgraciadamente el fruto de sus amores aumentaba, y exigía su alejamiento temporal del escenario convulsivo.

El Jefe Pablo la había advertido la imprudencia que constituía estar en tal estado y lejos de la casa, y élla, con gran pesar, se hizo acompañar de Rosendo para esperar mejores días.

Desde el amable retiro de Los Hatillos seguía el curso de los acontecimientos, y cuando el Jefe Pablo tardaba en visitarla, desesperaba.

A quince leguas de su casa, se hacía fuerte la revolución, un bravo General comandaba grandes y aguerridos contingentes y la amenaza de un ataque a sus compañeros parecía inminente.

En élla había sobrado valor para esperar con ánimo seguro una posible agresión de sus contrarios. Y cuando hasta ella llegaban los rumores de estas amenazas, con gran amargura se resignaba a la imposibilidad física que la impedía participar en un encuentro bélico.

. . .

Las noches eran largas, quien no ha estado en espera de una tragedia, difícilmente comprenderá lo que sufre el espíritu en medio de las sombras.

El menor ruido de una hoja que cae, el vuelo de un pájaro en las encrucijadas del follaje, el golpe de un objeto, el ladrido lejano de un perro, todo cuanto es, y no está a la vista de uno, pasa sobre nosotros como un filo que corta las alas del sueño.

La necesidad de alguno que respire al lado de uno, es como algo en que tiene que apoyarse el valor, para ver si en realidad no es miedo.

El ramaje estremecido por el vuelo de los murciélagos hace incorporar la cabeza abrumada de quien teme un subitáneo asalto. El ruido de la sabana bajo los cascos de las bestias relinchonas, todo se manifiesta hostil a la insistente llamada de un largo cansancio.

El estado de Rudescinda pedía providencias especiales, y no era Rosendo lo más apropiado para acompañarla en un trance como el que debía soportar antes de dar al mundo el fruto de su seno.

Y en esa época, y en esas horas que las noches llenan de martirio, la mano cuidadosa de otra mujer no estaría al alcance de las urgencias que tales menesteres exigían.

Rosendo entraba y salía constantemente al aposento y de la casa de Rudescinda. Estaba nervioso. Don Alejandro chupaba en silencio su *cachimbo*, y con el oído atento esperaba también el desenlace de algo fatal.

—Don Alejandro, —dijo Rosendo de pié junto a la hamaca de su patrón— Rudescinda no se siente bien. ¿Qué hago, mi don?

—Prepara un caballo y vete en seguida a casa de la Juana, explícale lo que pasa, y hazla venir.

—En seguida, mi don.

Y Rudescinda sintió que el vientre se le movía con intermitencia. Era grande el dolor que sentía, pero el regocijo de ser madre ponía en sus ojos una dulzura que nunca tuvo. En sus senos hinchados había como una apoteosis de compensaciones íntimas. En lo primero que piensa una mujer cuando va a ser madre, es en el hombre a quien debe esta suprema metamorfosis de su vida, y ella dejó escapar de su garganta, un grito desgarrador:

—¡Pablo, Pablo!

Y los cascos de un caballo que se detenía a la puerta, la arrancaron una sonrisa gloriosa: Era él, el Jefe Pablo.

Cuando regresó Rosendo ya se oía una música nueva, melodía jamás oída por la autora de quién, por la dicha de haber nacido, se arraigaba a cuantos en medio de tanto silencio, y tanta bruma, gozaban de un lindo amanecer.

La Juana echó fuera del aposento al Jefe Pablo y a Rosendo, y dijo con voz concertante a don Alejandro:

—Es hembra, y será un primor.

—¡Hembra? —preguntó Rudescinda con voz entre cortada.

—Hembra —contestó la Juana, mientras Rudescinda simulaba una sonrisa que era el anverso de una decepción.

Quedó largo rato dormida, y como resultara todo a la perfección, el Jefe Pablo besó la frente de la madre que soñaba, y regaló una mirada a la recién nacida, diciendo a Rosendo:

—Tengo que volverme a mi puesto. Si algo ocurre, avísemelo en seguida.

—Está bien, Jefe.

Cuando amaneció, el sol se filtraba ya por alguna rendija, y resbaló hasta posarse en el cuerpo cárdeno de aquella flor recién abierta. Rudescinda volvió la cara para contemplarla, y logró regalarla una sonrisa llena de ternura.

CAPITULO VIII

La revolución, en tanto, diseminaba sus actividades por todo el país. Los amigos del Gobierno, entre los cuales figuraba, asumiendo gran responsabilidad, el Jefe Pablo, temían constantemente que irrumpiera por las regiones de Hato Mayor del Rey.

Las vagas noticias que circulaban no eran el resultado de una información cierta, el país se había partido en dos bandos de colores distintos, y la gente que acompañaba al Jefe Pablo sólo sabía que era de un color, que su divisa no era igual a la de sus contrarios, y nada más.

Fuera del seno del Ejecutivo Nacional, y del centro de la revolución, pocos sabían por qué se mataban, y mucho menos, el valor de ese sacrificio.

El hombre desde que gozó de sensibilidad selectiva, es proverbialmente parcial en cuanto dos fuerzas que luchan llaman su atención

Si no hay un interés inmediato, por lo menos, hay la incubación de una preferencia. Pero en cuanto haya choques, instintivamente se esfuma el espíritu de imparcialidad. Sólo los idiotas pueden mantenerse indiferentes frente a dos cosas que forcejean por la primacía de una victoria.

Cerca de Hato Mayor del Rey, la facción andaba a hurtadillas, y no era sino común, que hiciera acto de presencia la tragedia.

El Jefe Pablo estaba ansioso y desorientado. Sus espías aseguraban que fuerzas comandadas por el General

Demetrio Rodríguez, atravesarían montes y ríos, selvas y llanuras, para atacar los contingentes, que al mando del bizarro General Eliseo Cabrera, Ministro de la Guerra del Gobierno de Morales Languasco, ocupaban la plaza de San Pedro de Macoris.

Rudescinda ya había abandonado el lecho, ganosa de estar cerca de los acontecimientos. La Juana cuidaría de su hija, después de haber convenido con su padres el papel de madre que ellos estaban forzados a mantener en secreto. No podía ella ceder a reflexiones de mujeres pusilánimes para estar ausente del peligro. Y sobre un caballo, ojerosa, con cierta languidez que denunciaba la imprudencia de su esfuerzo, iba y volvía del, y hacia el campamento para estar al lado del Jefe Pablo.

La posibilidad de un encuentro entre las tropas del valeroso y audaz General Demetrio Rodríguez, se acentuaba más y más a cada hora.

El Jefe Pablo había sido llamado por el General Cabrera con instrucciones de unirse a sus fuerzas, y Rudescinda lo siguió; no hubo modo de hacerla desistir de empeño tan creciente, y tan indomitable.

Aquello era la realización de un sueño de mucho tiempo acariciado por sus devaneos de mujer intrépida, y armó toda su gente, se incorporó a las tropas del Jefe Pablo, y cuando ya estuvo a su lado, le dijo:

—Compai Pablo, apure su caballo que naiden se muere la vípera.

Horas después de una larga caminata se unieron a las fuerzas del Ministro de la Guerra.

Primero que el Jefe Pablo, estrechó la mano de aquel bravo, que en cuanto la viera, la hizo estremecer de admiración. Como siempre, en el prólogo de sus relaciones con los hombres significativos, predominó en sus sentidos una razón sexual.

La idea que ella había concebido de los tipos del rango del General Cabrera, no guardaba ninguna relación con lo que la realidad la ofrecía. Ella los suponía truculentos, rudos, autoritarios, armados hasta los dientes, y se encontró

con un caballero digno de las Cruzadas: Atento, jovial, suave, y para mayor sorpresa suya, romántico.

Anocheía, Rudescinda se había olvidado de que con ella iba el Jefe Pablo. Deslumbrada ante el poder de que estaba investido el General Cabrera, asumió actitudes tan femeniles, que hasta sintió lo que nunca imaginó: Miedo.

Pero miedo de algo que ella ignoraba y que sentía en lo más recóndito de su ser.

El General Cabrera se apartó un poco en compañía del Jefe Pablo, habló algo importante con él, dió distintas órdenes, y se volvió a Rudescinda para alabar su extraña aventura.

—Generai, ei que no sive pa matai, sive pa que lo manten. Como yo soy la única mujei que lo acompaña, úseme como su criada.

—Muchas gracias, Rudescinda, no encuentro frases bastante elocuentes para manifestarla mi gratitud y mi admiración.

—Favoi que uted me hace, Generai.



Por encima de aquel campo abierto que se extendía hacia los cuatro Cardinales entre el verde claro de la sabana, la brutalidad de una lucha sin ideales nobles, colocaba frente a frente a dos viejos camaradas que sin odios ni rencores, habrían de medir sus espadas y jugarse la vida en obsequio del imperante fanatismo que les demandaba proezas de inútiles heroísmos.

Compañeros de juventud, de aventuras y amoríos, lo mismo en Canca, cuna del General Cabrera, que lo mismo en Juan Gómez, cuna del General Demetrio Rodríguez, más de una vez brindaron juntos por el éxito feliz de románticos ensueños. Contingencias de una política caldeada por el efervescente caudillismo en boga que llegó a la enajenación, los ponía, el uno frente al otro. Para el primero, se levantaba, imperativo, un deber; para el segundo, la reali-

zación sentimental de una victoria prometida a la amada de su corazón: Un vuelvan cara hacia el trono que su amor de paladín lo había aplazado para una conquista gallarda y deslumbradora.

En medio de estos cataclismos sociales, no era raro encontrar el idilio de dos almas que el destino fundía en un ensueño, y el General Demetrio Rodríguez, héroe en cien combates, tenía una cita que cumplir. El General Eliseo Cabrera, valiente, abnegado, estricto, y solemne en el cumplimiento de los mandatos de su honor de caballero comprometido en una causa que no era para analizar frente al peligro, tenía una misión que cumplir.

La política de entonces era una vorágine insaciable, y, o lo manchaba todo, o todo lo deshonoraba.

El Jefe no mandaba, para llegar a serlo, era imprescindible obedecer al espíritu de la demagogía sedienta de venganzas que le imponía los atributos de una responsabilidad ineludible.

El General Eliseo Cabrera, Ministro de la Guerra en campaña, no podía rehuir el peligro que lo amenazaba, era un hombre de honor, y para quien, como él, lo tenía como base de su orgullo, la posibilidad de una lucha, en vez de atribularlo, lo enardecía.

Decidido a cortar el paso a las fuerzas del General Demetrio Rodríguez, se detuvo en la pequeña población de Los Llanos. De allí, con las últimas horas de la madrugada saldría al encuentro de sus adversarios. Acompañado de fuerzas regulares del desmedrado Ejército Nacional de entonces, la noche cayó sobre ellos para invitarlos a pernocar, no sin tomar las debidas precauciones.

No bien había cerrado la oscuridad, rodeado de los hombres de su mayor confianza, abrió a la luz de un candil de escasa llama, una carta, que con sorpresa suya, había recibido del General Demetrio Rodríguez, acampado a muy corta distancia de su campamento.

Todos sus acompañantes lo rodeaban cuando como con cierta ironía exclamó:

—Verdaderamente que se necesita haber olvidado

quién soy yo. Oigan, amigos míos, lo que me dice mi padre Demetrio.

Rudescinda que había sido llamada por el Jefe Pablo, para que se enterara del contenido de aquel documento, apareció con aire tan satisfecho y petulante, que parecía ocultar, con una reserva extraordinaria, cuantos detalles pudieran en ella denunciar que era una mujer.

Amarrado a la cabeza un pañuelo de madras a cuadros rojos, ceñida por un cinturón lleno de proyectiles, con un revólver, y una *tercerola* niquelada, se colocó al lado del General Cabrera, y escuchó ensimismada las valientes palabras de aquel mensaje, que así decía:

Estimado amigo y compañero Eliseo:

“Cuento con fuerzas superiores a las tuyas y no quiero que la solución de estos conflictos sea resuelta por las armas. La gente mía es gente voluntaria, gente quemada por el sol de las erizadas lomas cibaenas y curtida en el arte de la pólvora.”

“Fieles amigos a mi causa y opinión, porque en más de una ocasión ellos me lo han demostrado. Hemos combatido en Dajabón, Guayubín y La Carbonera y jamás hemos sido derrotados. Los tuyos, militares obligados, tal vez no hacen causa común con tu opinión y, a la hora del combate, pueden abandonarte y ser tú sacrificado por los míos. Esperarme en San Pedro de Macorís, en donde un soldado en una azotea vale por tres. Allí podremos emparejar.”

Muy tuyo
DEMETRIO RODRIGUEZ

El General Cabrera dejó dibujarse una sonrisa en su rostro, si no de desprecio, por lo menos, de amargura, y dirigiéndose a sus compañeros que esperaban ávidos su respuesta, dijo:

—Me duele que Demetrio se equivoque con un hombre como yo, conociéndome tanto como me conoce.

Pidió papel y pluma, se acercó a la luz del flameante candil, y murmuró para sí:

—Qué lección le voy a dar a estos bolos...

La respiración de aquellos que lo rodeaban, se sentía como saliendo de un esfuerzo incontenible. Qué silencio tan profundo! El trayecto de la pluma sobre el papel era como el ruido de una serie de explosiones nerviosas.

Cuando estampó su firma al pié de aquel mensaje con que repelía la arrogancia de su adversario, suspiró profundamente.

—Lea eso Generai —suplicó Rudescinda.

—Claro que sí, oigan ustedes:

Estimado amigo y compañero Demetrio:

“Recibí tu carta, la que leí con tristeza, pues me dices en ella que abandone el camino. Qué ironía! Si abandono yo el camino en el momento que un enemigo formidable bajo tu mando viene sobre la población de San Pedro de Macorís, he dejado yo de cumplir con mi deber y habría traicionado a mi opinión. Es inútil pasar por la franquía de este camino sin cruzarse un solo disparo. Tal vez a mí me falte el valor, a tí te sobra; pero a mí me sobra la vergüenza”.

Muy tuyo,
ELISEO CABRERA.

—Así es como se hace —exclamó Rudescinda.

Y esperaron para continuar la marcha.

Como las fuerzas del General Demetrio Rodríguez no andaban muy distantes de las del General Cabrera, poco antes de salir de Los Llanos, ya estaba de regreso el emisario que condujo su contestación, trayendo otro mensaje. Su adversario insistía, y con una actitud más conminatoria.

He aquí su contenido:

Estimado amigo y compañero Demetrio:

“Yo también he sabido mantener mi honor en alto cuan-

do un deber me lo ha exigido. Yo jamás he comprado la opinión y la conciencia; yo jamás he atacado a mansalva al enemigo y lo he asaltado; yo jamás he atacado fuerzas inferiores a mis fuerzas, sin antes advertirles el peligro que ellas corren y dándoles todas las ventajas de un camino. Pero como tú no eres un incapacitado, tienes que comprender. Que cuando dos fuerzas se tropiezan en un camino, no teniendo la una ni la otra las ventajas del camino por las quebradizas de este mismo, el que con mayor número de hombres cuente, ese gana la batalla. Por supuesto, la victoria será mía; pero una victoria en esa forma es una derrota para mí. Yo prefiero la derrota antes que el sacrificio de tu persona. Hay un medio de salvación para los dos, y es el siguiente: Yo organizo mi marcha hacia el poblado de San Pedro de Macoris, pasando por el camino de "Los Pelaos", lugar donde te encuentras; tu no haces armas contra mis fuerzas, yo igual contra las tuyas. Conferenciamos en el camino. Yo llego a los alrededores del poblado de Macorís. No entro al pueblo. Yo, sin embargo te abriré brecha para que entres. Tú te posesionas en el poblado y me dices el día, la hora, o el momento que deba atacarte. Más no puedo hacer".

Muy tuyo,
DEMETRIO RODRIGUEZ.

Al terminar, Rudescinda, que había oído su lectura, exclamó:

—Perro que ladra, no mueide, Generai. No le contete na. Bala de bolo no mata.

El General Cabrera, firme en su irreductible decisión, contestó de nuevo en los siguientes términos:

Estimado amigo y compañero Demetrio:

"Recibí tu carta, la que leí llorando renglón por renglón. Y me sentí arrepentido de haber ejercido la política en este país de venganza y mezquindades; pero ya que Dios, el destino, o la casualidad no ha querido poner la mano entre los dos, que sea lo que Dios quiera. Yo siempre

he sido destinista. Si el destino me ha colocado en el camino de la derecha y a tí te ha colocado en el camino de la izquierda, que suceda lo que ha de suceder! Pero es inútil pasar por la franquía de este camino sin cruzarse un solo disparo. Soy el Gobierno, y por tanto, al Gobierno es a quien pertenece impedir el paso a los rebeldes cuando van hacia un poblado. Si abandono este camino en el momento en que un enemigo bajo tu mando viene sobre Macorís, habría yo traicionado a mi opinión y deshonrado a mi persona. El Gobierno me ha honrado con la cartera de Guerra y Marina, puesto con el cual él ha honrado a toda mi familia. Tú podrás pasar; pero pasarás bajo el último soldado y el último cartucho, yo sabré hacer la resistencia armada que me ha confiado mi Gobierno. Si caigo muerto en la contienda, muerto seré y a honra lo tendrá mi familia y mi partido. Si caes tú muerto, lloraré ante tu cadáver, y tu tumba será cobijada con las armas de mis soldados”.

Muy tuyo,
ELISEO CABRERA.

No obstante, y como un reclamo a su antigua amistad, quizá sinceramente inspirado, el General Rodríguez escribió esta última carta, que Cabrera leyó ya fuera de la población de Los Llanos, por pura curiosidad:

Estimado amigo y compañero Eliseo:

“Yo había resuelto darle la vuelta al camino de La Angelina en beneficio tuyo y de toda tu familia, pero un deber me impone el pasar por “Los Pelaos”, lugar donde te encuentras, cuyo deber es el siguiente: Si abandono el camino de “Los Pelaos” para darle la vuelta al camino de La Angelina, tal vez el enemigo que se encuentra posesionado en el poblado de Macorís creerá que ha sido cobardía de mi parte a las fuerzas enemigas bajo tu mando, y por otra razón, porque he conferenciado con todos mis Tenientes y les he advertido que era preferente darle la vuelta al camino

de La Angelina, y ellos se han rebelado contra mí, advirtiéndome que, si desisto de pasar por "Los Pelaos" se retirarán cada uno con sus fuerzas para sus casas. Son las dos de la mañana, hora avanzada, hora en que preparo mis guerrillas. A la cabeza iré el General Neney Cepín, valor que no conoce obstáculos. Tú lo sabes. Pero al mismo tiempo le he advertido a este bizarro General, que prefiera ser agredido por tus fuerzas antes que agredir las tuyas, pero que cuando sea atacado por tí, sepa mantener su honor en alto, como ha sabido mantenerlo en otras ocasiones. Yo iré a retaguardia. pero cuando suenen los disparos de tu parte, sabré salir a la vanguardia en perjuicio de mi persona, para defender a mis soldados, ya que tu así lo quieres".

Muy tuyo,
DEMETRIO RODRIGUEZ

Y siguieron hacia esa incógnita que solo el destino podía descifrar, y descifró, poniendo en el curso de la existencia lo más inesperado.

Rudescinda vivía un momento soñado por toda su vida: muchos hombres, armas, peligro, lucha, todo lo que en su espíritu había sido delirio e inquietud.

Sobre su caballo, tan pronto estaba en la vanguardia alentando a los animosos soldados que la componían, como al lado del General Cabrera ante quien quería hacer galas de su entusiasmo, y de su calidad de hembra extraordinaria.

El Jefe Pablo la había dado amplia libertad para actuar, y si no se la hubiera dado, ella se la habría impuesto. Sus ojos relampagueaban, la tropa la admiraba, y el General Cabrera la aconsejaba prudencia.

Pero ella, irreflexiva, ebria de un sinnúmero de sensaciones, ansiaba el instante desconocido de la pelea, y exclamaba cuando alguien intercedía en su arrojo:

—De este mundo, naiden se ha dío vivo.

Qué horas más felices para aquella mujer, llegaba a ser bella en medio de la fealdad de aquél escenario ame-

nazado de tragedia. Indudablemente, ella era un tipo anormal que seducía.

Por su mente no pasaba el recuerdo de la recién nacida ausente, ni mucho menos, lo que para otras de su sexo hubiera constituido su preferente atención: Su deber de madre. Ella era, lo que la enseñó la vida, un caso de androginismo mental fundido en la irresponsabilidad de un medio enfermo.

La vida en el monte, la insolencia de un arma en las manos de un soldado sin disciplina, las dificultades de un camino estrecho, la falta de alimentación, el libre ejercicio de las más indeseables depredaciones, que a cambio de su lealtad se abrogaban los defensores de cualquier causa política; la falta de higiene, el insomnio que predomina en las jornadas sin descanso, hace insensible el olfato, rudo el gesto, e indolente el espíritu.

Para Rudescinda todo esto resultaba un estimulante demoníaco. Sentirse acompañar de soldados, poder andarse entre las tropas satisfaciendo sus ínfulas de intrépida factora de una lucha entre machos, era algo así como un afrodisíaco que la impulsara a buscar el amor en los bordes de un abismo.

El Jefe Pablo seguía al lado del General Cabrera como uno de los hombres de su mayor confianza. Su conocimiento del terreno por donde marchaban, su experiencia personal, y su reconocida valentía, lo colocaban en sitio de responsabilidad en el desarrollo de los acontecimientos.

Hubiera preferido dejar en su casa a Rudescinda, pero tenía la seguridad de que ello le habría ocasionado grandes contrariedades. Sabía que la carta que se jugaba era muy dudosa. Lo que el General Demetrio Rodríguez decía en sus mensajes, no era literatura de charlatanes, de modo, que la seguridad de tenérselas que ver con un enemigo superior, lo hacía ver las cosas con toda la gravedad que las caracterizaban.

El sabía que sus contrarios presentarían pleito, que su honor personal estaba comprometido. Se tenía por sabido, también, que el General Cabrera no retrocedería ante

ningún peligro, era un hombre de acrisoiada dignidad, cuyo valor no admitía ideas derrotistas.

Enterado por los espías que regresaban, del inevitable choque hizo que Rudescinda pasara a retaguardia, encomendándole la misión de observar y vigilar a los que querían desertar para evadir la pelea.

Como a ella lo que más le importaba era una comisión de mando, se hizo reconocer como Comandante de este sector, y se encargó de meter en filas a la gente rezagada.

Cuando comenzaron a distinguirse los claros sin árboles del sitio de Los Montones, los primeros disparos avisaron la presencia del enemigo.

Como lealmente lo había advertido el General Demetrio Rodríguez, sus fuerzas eran, como mucho, superiores a las del General Cabrera. Media hora de combate bastó para que las tropas del Gobierno retrocedieran. El General Cabrera haciendo un esfuerzo supremo, quiso evitar la derrota, y sobre su caballo, fué herido mortalmente.

La noticia cundió con la velocidad que suelen hacerlo las cosas adversas, y en un heroico esfuerzo hecho por sus compañeros de más reconocido valor, formaron un núcleo de valientes que pudieron seguir con el General Cabrera colocado ya en una litera para emprender la retirada.

El Jefe Pablo se mantuvo a su lado ayudando muy eficazmente al salvamento del bravo General allí caído.

Al sonar las primeras detonaciones, Rudescinda echó a escape su caballo, y pudo encontrarse junto al héroe herido para ofrecerle sus cuidados. Fué ella quien le hizo la cura provisional que era indispensable para ver de salvarlo de la muerte.

Sus atenciones, sus solicitudes, el cariño y ternura con que lo hacía, sembraba gratitud entre todos. Una mano de mujer en trance tan penoso, es bálsamo que hace menos sombría la tragedia.

Lejos del funesto escenario de Los Montones, se resolvió tomar el camino de la Capital, no era posible retornar a San Pedro de Macoris, ya que las fuerzas del General Rodríguez se dirigían hacia allí, en donde un reducido con-

tingente de hombres consternados por el desgraciado resumen de la pelea, representaban al Gobierno.

Todo se había perdido. Después de una derrota, solo aquellos que tienen puesto en una causa su dignidad y su prestigio, se mantienen firmes en el cumplimiento de su deber.

La tropa tira el fusil, huye por donde mejor crea para salvarse, y entonces, todo parece amenazar de muerte a los que quedan.

Qué largo y qué pesado es el camino del fracaso. La litera del General Cabrera cambiaba de manos entre sus fieles compañeros. Un día que parecía sin fin, fué aquel por aquellos caminos interminables.

Al profundo surco abierto por las ambiciones y el fanatismo, se acercaba uno más. La juventud dominicana daba lo mejor de su esencia para consolidar el régimen de una serie de histriones erigidos en agentes de la *legalidad*.

Un cadalso, una cruz, y una muerte más para contento de los acróbatas gubernamentales que allá en el seno del cenáculo dirigente pensaban en el reparto de cómodas cinescuras.

Un cadalso, una cruz, y una muerte más, para quien en obsequio de un romance, podía llevar al sacrificio almas y corazones subyugados por el falso ideal de una victoria en beneficio de imposibles reconstrucciones nacionales.

Allá, en el seno del Gobierno, fragua de pasiones obsesionadas por el morbo anquilosante del Poder; y más allá, en la manigua, otros, que para sí, soñaban el disfrute de la venganza como trueque de un estéril heroísmo.

Y frente a todo esto, por el solitario camino que conducía a las márgenes orientales del Ozama, sangrante, decepcionado quizá, sobre los hombros de un par de amigos, avanzaba agonizante un bravo hijo de Canca, vencido por su antiguo compañero de juventud, lejos de sus hijos, de su casa, de su esposa, que luego, solo recogerían la ingratitude de la política como compensación estéril del inmenso mal que recibían.

Antes de llegar a los linderos de la Provincia de la Capital, el Jefe Pablo y Rudescinda se despedían del General Cabrera, quien entre los agudos dolores que sufría, les extendió la mano para testimoniarles su agradecimiento.

—Si vivo —dijo—, cuenten conmigo.

El Jefe Pablo se sintió muy triste. El General Cabrera era hombre de una atracción poco común.

Rudescinda, con los ojos enrojecidos por el llanto, besó la mano del paladín herido, y solo pudo decir estas palabras de despedida:

—Que la Vigen de Aitagracia, lo saque con bien, Generai.

Y emprendieron por hatajos y montes, un camino que pudiera llevarlos a los alrededores de Hato Mayor. o Los Hatillos.

Un grupo bien armado de los amigos que con ellos fueran desde su hacienda, los acompañaban.

—Y ahora, ¿qué haremos?, —preguntó Rudescinda al Jefe Pablo mientras regresaban con el alma transida de incertidumbres.

—No te preocupes, Rudescinda, tratemos de llegar con bien, que en el camino, como dice el refrán, se arreglan las cargas.

—Nó, no es eso lo que te pregunto, me refiero a lo que tengamos que hacer.

—Si no nos molestan, nos quedaremos tranquilos hasta ver el resultado de las cosas. De lo contrario, nos defenderemos.

De Los Montones a Los Hatillos, había una distancia muy larga, y además, no era prudente hacer el viaje por caminos reales. De modo que, se hizo necesario enviar exploradores honrados que pudieran guiarlos y mantenerlos al corriente del movimiento de las fuerzas del General Rodríguez, avanzando solamente cuando estaban seguros del paso que daban.

Las noticias que recibían de los vividores de aquellas regiones, aseguraban que el General Rodríguez había seguido hacia San Pedro de Macoris, y que los caminos estaban limpios de peligro.

Confiados, pues, en estas informaciones se pusieron a andar con más prisa, entregándose en tanto a una serie de comentarios que positivamente les interesaba.

—Ei General Cabrera no debió sacrificarse de ese modo sabiendo que diba a peidei.

—Rudescinda, hay cosas en la vida de los hombres que obligan a preferir la muerte antes que el ridículo.

—¿Ridículo de qué?

—¿Con qué cara se iba él a presentar al Gobierno después de una derrota como ésa?

—Con la que lleva ahora, con la diferencia de que a lo mejoi, la lleva mueita, y si no hubiera peliao, la llevaría viva.

—Eso es lo que se dice después. Pero cuando la responsabilidad nos propone una disyuntiva, la vergüenza ha de triunfar, aunque nos cueste la vida.

—Bueno, después de to, tú tiene razón. Yo mima me escapé por un chín, mírame ei pañuelo que llevo en la cabeza, tiene dos agujeros. De chepa no me mataron.

—¡Esos bolos son traicioneros!

—Ei día que me caiga uno en las manos, no lo saiva ni ei Papa.

•
• •

Así, ganando terreno, se les echaba la noche encima, cruzando sabanas, saltando arroyos, hasta muy tarde, casi en la madrugada de este día fué cuando llegaron a Los Hatillos.

Algunos que otros simpatizadores de los bolos pretendieron molestarlos, pero en Hato Mayor nadie tenía prestigio suficiente para levantar una protesta en contra del Jefe Pablo y Rudescinda. Y los días pasaron.

Dos meses después, el General Rodríguez había sido obligado a abandonar San Pedro de Macorís, y en Hato Mayor volvió a caracterizarse la vida normal.

Rudescinda era de nuevo en su hogar, al lado de su hija y dedicada a las obligaciones de sus intereses, en ellos ponía toda su atención. El Jefe Pablo salía con frecuencia, ya hacia a El Seybo, ya hacia a San Pedro de Macoris, siempre en una misión política que el Gobierno le encomendaba.

Las autoridades de mayor rango de la Provincia consideraban un deber rendir sus respetos a Rudescinda, la amiga del Gobierno, cuyo nombre era una bandera de lealtad que todos querían reverenciar con cariño.

El Jefe Pablo había sido confirmado en su posición de representante del Gobierno y eso lo obligaba a no estarse tranquilo un solo día en un mismo lugar de aquella Común.

El Gobierno vencía en todas partes los brotes insistentes de la revolución, y ya comenzaban el campesino y el hombre urbano a trocar las armas por otros elementos más propios de la seguridad que las instituciones gubernamentales ofrecían.

El país recobraba su anhelado disfrute del trabajo, y el machete al cinto, y la *carabina* al hombro, la ley del más fuerte, la crisis del Erario Público, el período ruinoso de la agricultura, el desamparo del comercio honrado, los negocios leoninos, la autoridad truculenta del más *guapo*, desaparecían del escenario nacional, comenzando el esfuerzo particular a buscar rumbo, y el empeño oficial, a reorganizar la vida del Gobierno.

Quien tenía su fundo en barbecho ordenaba su chapeo y su *habite*; quien encontró su hatajo disperso, trataba de rectificarlo y reunirlo; y para los que fueran rehacios a la llamada de la acción, era imprescindible reaccionar hacia la organización, o perecer.

Las viviendas destartaladas que abandonara el campesino para refugiarse lejos de la lucha fratricida, eran reparadas, habitadas y ornamentadas hasta verse rodeadas de flores, de aves de corral, iluminadas en las noches, ofre-

ciendo de nuevo al caminante hospitalidad sin regateos y descanso ininterrumpido.

Cada cosa volvió a su dueño; cada quien suspiró por una pequeña solvencia; en el reducido corral gruñó un cerdo, un asno se revolcó en el polvo, las cabras volvieron a regresar por las tardes con los vientres llenos para gustar cerca de sus amos de las voluptuosidades de una rumia sin tregua.

Y comenzaron a verse sobre la techumbre rústica de los *bohíos*, las doradas mazorcas que eran puestas al sol para llenar sus granos, y el caminito angosto que conducía al viandante, se hizo más ancho y más acogedor, al paso de la creciente vida que por él transitaba.

Rudescinda frente a esta evolución de las cosas que la rodeaban, tenía por delante un aliciente que parecía apagar las turbulencias de su carácter. Su hija ya estaba en pleno crecimiento, cambiaba en el rostro de la madre lo adusto y lo amargado, cuando después de un día de brega retornaba ella a la casa y ese renuevo de su propia entraña la acogía con el ingenuo arrullo de su sonrisa.

A pesar de la obligación que se había impuesto de ocultar que ella fuera la madre de aquella criatura, en su soledad, a ratos la asaltaba el orgullo de ser madre, y entonces, alcanzaba metamorfosis asombrosas. Era dulce en el trato con sus empleados, comunicativa y cordial hasta exclamar satisfecha:

—¡Nunca creí que esto se podía querei tanto! Pero soy tan desgraciá que ni siquiera puedo ostentai ei título de madre que me peitenece.

Su amor al Jefe Pablo ya no era una ambición de carácter presuntuoso, a medida que las actividades políticas iban cediendo a las actividades maternas, su hombre le parecía más fuerte, más importante, sin chocar con sus atenuadas preocupaciones de mandos.

Comenzaba a ansiar que fueran más sólidas sus posibilidades económicas, más vastos sus hatos, mejor su ganado, y de mayor provecho su tierra.

Soñaba con el día en que aclarando el origen cierto de

su hija pudiera mandarla a un buen Colegio de la Capital para que no fuera como ella.

—No le peidono a mi padre que me criaran tan bruta —confesaba muchas veces contemplando aquel fruto de sus amores con el Jefe Pablo. Cuando lo tenía en sus brazos, nadie hubiera podido adivinar lo que lejos de aquel remanso ocultaba su espíritu salvaje. Era al lado de su hija en donde mejor acordaban sus buenos propósitos Rudescinda y el Jefe Pablo.

Y era, con Rosendo aún, con quien, al fin, ratificaba la verdad de sus nuevas orientaciones en la vida.

Las circunstancias del momento político que prevalecía, se asociaban al éxito de muchas iniciativas que en beneficios de los negocios también eran cosas preferentes en la vida de esta mujer.

Y el Jefe Pablo, cerca de ese eslabón que parecía unirlo sólidamente a Rudescinda, era en donde abordaba cuestiones, que de no ser allí, hubieran despertado en ella recelos y desconfianzas.

Lo que nunca cedía ella era la administración directa de sus propiedades, eso era de su padre, y antes que de ella, de su hija.

Sus usufructos dispendiosos, le pertenecían en su totalidad. Del Jefe Pablo, quería una relación sincera, su lealtad lo haría su dueño, por ella arriesgaría su vida si fuese necesario.

En tal situación el Jefe Pablo podía vivir tranquilo y seguro de que nadie podría interponerse en su camino para disminuir el triunfo de su política. Era Rudescinda quien más fuerza representaba en la Sección de Los Hatillos. Los mejores hombres, la gente más decidida, les eran fieles, lo mismo para el bien que para la más arriesgada aventura.

Entregada, pues, a una tregua en que presidía la mejor comprensión, el trabajo comenzaba a dar su fruto, el campo rendía utilidades a quienes lo cultivaban, y ya sus hombres, o sobranceros de fortuna, dedicaban, como antes, algunos días del año a descansar y dar rienda suelta a los placeres naturales de su ambiente.

Las misas del Padre Sepúlveda volvieron a ser tan concurridas y esperadas como en los buenos tiempos de paz de otros días, más espléndidos los presentes de los fieles, y más optimista la palabra de amor que desde el púlpito él les regalaba los domingos.

Se reanudaron las cordiales veladas de la casa de Rudescinda, el Presbítero Sepúlveda, don Alejandro, y algunas veces el Jefe Pablo, y como ángel caído entre todos, la pequeña que ya llevaba el nombre de la madre adoptiva, para el público, pero positiva para el cariño de sus padres reales, y que desde hacía tiempo era como un puentecillo dorado por donde se iban al olvido las cosas tristes que quisieran poner un nublo de amargura en lo que quería florecer en perfumes y sonrisas.

Ya entre los distintos temas que eran motivos de discusiones entre unos y otros, la pequeña servía de punto de partida, su hermosura, su educación, su porvenir, y todo cuanto importaba a su existencia, prolongaba el resumen interesante de la plática de todas las noches.

Rudescinda parecía ser dichosa, y ya por vanidad, ya por que realmente la serenidad quería triunfar en su temperamento inquieto, asumía otras actitudes muy distintas de otras veces.

Pero en el balance de su vida había un hueco que empezaba a dar cabida a cierto pedazo triste de su pasado. Era esposa del General Santillana y amante del Jefe Pablo. No podía levantar en sus brazos aquel fruto de su amor y ostentarlo como cosa suya que clamara a todos los vientos su condición satisfecha de mujer tan mujer como aquellas que la acusaban de estéril marimacho.

—¿Cómo se arreglaría esto? —se preguntaba en sus horas de soledad.

El divorcio entre la gente rústica significaba un escándalo, una afrenta. Las ideas del Presbítero Sepúlveda a este respecto eran, radicales, condenaba la inmoralidad que para la Iglesia éste recurso constituía. Así lo había oído desde su niñez, Rudescinda, y por ello, descartaba de su intrincado problema, los beneficios de esta ley.

El General Santillana era un hombre dominado por un amor propio inconfundible. Su hombría lo separó del lado de la mujer elegida por esposa. Una razón íntima que jamás confesó a nadie, y que acaso solo Rudescinda conocía, lo mantenía alejado de ella desde la noche misma de su boda, y sin discutir los detalles que entre lágrimas ella le explicara para justificar su engaño, quizá amándola, jamás volvió a verla.

Soberbia, más que arrepentida, Rudescinda bebió lágrimas que secó luego con un gesto de desprecio para desafiar las murmuraciones de la gente. El tiempo pasó, pero frente a ella, como era de esperar, se abrió la crátera de aquel abismo olvidado.

Cada día se sentía más enamorada del Jefe Pablo; cada día, más egoísta en la posesión de aquel cariño, duplicaba sus esfuerzos para hacerse digna de su fé, de su leal constancia y de sus nobles consideraciones.

Don Alejandro había trocado su habitual indiferencia por una tierna ilusión de abuelo; él estaba en el secreto cierto del origen de aquel capullo que alumbraba su vejez, y era feliz al ver a su madre más solícita que nunca.

Ganosa de ensanchar sus economías, Rudescinda organizó nuevos negocios, y como tuviera innumerables elementos para ello, inició el transporte de mercancías desde San Pedro de Macoris hasta Hato Mayor del Rey y sus alrededores por medio de recuas que ella dirigía, conducía y administraba.

Y dos veces, por lo menos, cada semana, emprendía la travesía por los caminos que cortaban las grandes sabanas que se extendían entre una y otra Común. Ella siempre delante, Rosendo a su lado, y para mayor seguridad, todos armados de *fusiles* para resguardar los intereses ajenos que habrían de conducir.

Esto hacía que Rudescinda permaneciera ausente de la casa, y que los pocos días que ella dedicaba a estas diligencias, la hicieran cortas las atenciones que requería el hato.

El ejercicio de esta nueva modalidad de su vida exigía de ella una gran parte de la energía que parecía dis-

minuir en su papel de madre. Teniendo que oponerse frecuentemente a los desmanes de un recuero suyo que se emborrachaba de aguardiente en el camino; evitando trastornos en aquellas jornadas que debían de hacerse en pleno día, ya que las noches hubieran ofrecido medios fáciles a la indisciplina, muchas veces fué preciso que ella se impusiera castigando con mano dura a quienes no querían conducirse debidamente dentro de sus obligaciones.

Cuando regresaba al hogar tenía la satisfacción de las ganancias obtenidas, y pensaba que todo ello la haría más digna del amor del Jefe Pablo, que por su parte, alcanzaba ya gran renombre como persona influyente en aquella comarca.

A las veces, las lluvias continuas que llenaban de fango los caminos y desbordaban los ríos, obligaban a Rudesinda a quedarse mayor tiempo en reposo, y ya entonces, aprovechaba los días para estarse más cerca de su hija.

Sin que dejaran de preocuparla, los negocios la obligaban a estar menos cerca del Jefe Pablo, quien aprovechaba estas ausencias para dedicar mayor tiempo a las cuestiones oficiales que le correspondían. Mientras viajaba, él recorría los campos, veía los amigos del Gobierno, organizaba juntas, iniciaba revistas y se relacionaba más eficazmente con los elementos de mayor valor que por esos contornos había.

No le fué difícil conquistarse el corazón de los habitantes que gobernaba, y cada día era más vivo el entusiasmo que despertaba en ellos para consolidar su prestigio.

Como era costumbre en nuestro país, toda autoridad era motivo de testimonios sentimentales que obligaban a ser tolerante y generoso, y el jefe de una Común, lo mismo que el Gobernador de una Provincia, que el Ministro de un Gobierno, y que el Jefe del Estado, habían de ser padrinos de los niños sin bautizar, que llevarían su nombre como bandera de adhesión y de cariño; así como también apadrinar los matrimonios de sus amigos, y hasta las fiestas de cada poblado en donde la autoridad escogida para tal, fuera la representación más elevada del medio.

Si se examinaran las actas de los juzgados civiles de cada Común, encontraríamos el nombre de los Gobernantes en casi las las declaraciones de nacimiento de su Registro, o por lo menos, como un segundo nombre del que indicaba el santoral de aquella fecha.

Y el Jefe Pablo tenía ya no menos de quinientos ahijados en la Común, vínculo que significaba quinientos compadres y otras tantas comadres. El sacramento que lo uniría era tan sagrado como la ley, y traicionarlo era pecado para quienes así burlasen este precepto divino.

Y si el Jefe Pablo era escogido para llevar a la pila bautismal quinientos herejes. Rudescinda era su compañera obligada, como madrina, por su esplendidez famosa en toda la comarca.

Las obligaciones de un padrino no son pocas para con sus ahijados: a él toca sufragar los gastos de sus enfermedades; dedicarle dos vacas, si es ganadero, que ha de estampar con las iniciales del nombre del ahijado; aportar todos los elementos para su velorio en caso de que falleciere, y pagar su enterramiento, sin que ello signifique en caso de contingencias imprevistas, que quede roto el deber sacramental que ha de mantenerlos unidos para siempre.

Rudescinda tuvo ahijados desde muy joven, y podía, sin gran esfuerzo, reunir en la enramada de su casa en un día de año nuevo, no menos de mil para obsequiarlos con regalos y festejos.

Como en los caminos no faltaban vividores aislados que vejetaban en el fondo de sus pequeños fundos, era raro que al pasar la recua de Rudescinda, algún ahijado no corriera a la puerta para pedirla de rodillas la bendición. El abrazo de la comadre era ineludible, y la taza de oloroso café que habría de ofrecerla, era casi un rito entre ambos.

Todas estas ceremonias, quedaban en suspenso cuando las lluvias retenían a los viajeros en sus casas. Hubiera sido locura, insensatez, intentar cubrir una jornada sin percances por aquellos caminos solitarios, obligándose a vadear ríos desbordados que extendían sus torrentes en quince y veinte kilómetros de anchura. Estos periódicos

temporales hacían tanto daño como las largas sequías. Si en la última el hambre reducía el ganado, en las primeras el agua ahogaba los recentales y dispersaba las manadas.

Muchas siembras se perdían, y todo se sentía entumecido y perezoso.

Rudescinda se tenía aprendidos todos los inconvenientes anotados, y era natural que al terminar el mal tiempo sus obligaciones se hicieran de mayor magnitud.

Con el primer día de sol ya estaba lista a tomar los caminos menos peligrosos de la sabana. Hacía dos nudos a las colas de sus caballos para evitar que el lodo cuajara entre sus cerdas, y resbalando aquí, saltando allá, se adentraba hasta donde le era posible para darse cuenta de la infalible pérdida que habría de comprobar.

Resueltas estas crisis, volvía a emprender sus negocios de transporte. A las veces cincuenta cargas caminaban custodiadas por sus hombres sin que ninguna se extraviara.

Se acercaban las Pascuas de Semana Santa y había que duplicar actividades para cumplir con las exigencias de los negocios.

La Semana Mayor pide a todos aquellos que pueden, echar afuera el lujo de su persona. Un traje nuevo para cada misa, y otro para la noche del Sábado de Gloria y para los oficios del Domingo de Resurrección lo mismo que para los siguientes días de Pascuas.

Como religiosos que eran, quizá los más fanáticos de aquella cristiandad, suspenderían sus viajes para entregarse también a los días de guardar que les prometían esparcimiento y alegría.

Dispuestas así las cosas, el tiempo corría, las modistas y costureras baratas movían sus máquinas de coser, y el pequeño poblado era invadido por las familias de los campos que anhelaban ponerse en condiciones decorosas para la celebración de la Semana Santa.

Entre Mayo y Abril, suelen las flores darse por entero a la luz del sol, al brillo de los altares y sobre el pecho de las mujeres.

CAPITULO IX.

Ningún ruido interrumpía las horas de los días de la Pasión de Nuestro Señor. Era pecado hablar en voz alta y entregarse a ninguna labor a partir del jueves a las diez de la mañana.

Una matraca de madera resistente con badajos de acero, suplía las campanas a partir de aquel instante en que las autoridades ordenaban el cierre del comercio, y la suspensión de todas las actividades ajenas a los ritos.

Las banderas de la casa del Honorable Ayuntamiento, y la de la Comandancia de Armas, flameaban a media asta; ni carne ni otras cosas que colidieran con los preceptos cristianos, llevaban a sus labios los fieles de aquella Parroquia. Las casas mantendrían cerrada media puerta, y ni las pisadas de los animales podrían permitirse en todos los alrededores de la iglesia.

Desde muy temprano desfilaban por las callejas de Hato Mayor del Rey, damas y caballeros lujosamente vestidos para asistir a las ceremonias eclesiásticas de la Semana Mayor.

Las sillas del vecindario de la sacristía eran prestadas, hasta la última, a los forasteros que las solicitaban para descansar en los intervalos que la misa permitía.

A última hora, ya casi al comenzar los oficios, hacían acto de presencia, el Presidente del Honorable Ayuntamiento, el Comandante de Armas, el Alcalde y el Juez Ci-

vil. Con ellos, la mayor parte de los funcionarios administrativos de la Común.

Olor a incienso trascendía por las naves del templo; silabeo casi imperceptible de los Padres Nuestros, y olor a cera quemada, vagaban por el aire.

Los colores más vivos, los razos más brillantes, las faldas más largas y los más finos bordados de puntas, daban el efecto de una policromía desordenada e ingenua.

Pero cada uno de los asistentes se sentía orgulloso del fruto de sus inversiones para obtener la satisfacción de lucir a su antojo, en días tan esperados.

Rudescinda estaba en primera fila, arrodillada casi sobre las alfombras del altar. Llevaba un traje costoso; las mujeres del pueblo lo habían justipreciado fantásticamente, y la admiraban, y la envidiaban. Ella no lo ignoraba, y se sentía orgullosa de ser tan discutida.

Uno, tras otro día, fué lo mismo en la devoción de la grey. La mujer que el lunes se vistió de azul, iría de rojo el martes; la que el martes llevó un traje gris claro, el miércoles iría de color café, el jueves de blanco, el viernes de medio luto, el sábado de colores combinados, y el domingo, a tono de arcoiris.

El sábado, a partir de las diez de la mañana, con el repique de las campanas, y al ruido de los disparos que cada quién hacía con su revólver, comenzaban las fiestas, los bautizos, los bailes, se brindaría aguardiente y se ofrecerían juegos populares.

El Comandante de Armas, que lo era el Jefe Pablo, había sido nombrado padrino del hijo de un amigo suyo de la Sección de Guayabo Dulce, y acompañado de Rudescinda, se encaminó a la casa de don Aquilino Almanzar, su futuro compadre, para unirse en Sacramento. El Padre Sepúlveda iría hasta allí para officiar en tan ruidoso evento.

La casa de los Almanzar estaba aliñada con pencas de palmas, y una orquesta criolla daba al viento las notas de una música tan alegre como insinuante.

Ya a la vista de los concurrentes al bautizo el Jefe



Pablo, alguno dió aviso de su presencia, y hubo vítores entusiastas para ofrecerle una efusiva bienvenida.

Entre los invitados figuraban las personas más importantes de toda la región de Hato Mayor del Rey; la madrina era Anita Almanzar, hija mayor de don Aquilino y reina por su hermosura de aquel paraje situado a la orilla del arroyo Chocolate.

Rudescinda fué aclamada con una estruendosa salva de aplausos, y más que por las mujeres, fué ruidosamente alabada por los hombres.

El padrino, como era costumbre, había enviado a la casa de los padres de su futuro ahijado, manjares y bebidas tan abundantes que nadie saldría de allí ileso de los efectos de su consumación.

Rudescinda no era corta en esto de empinar el codo en una fiesta, y como las invitaciones le eran tan frecuentes, ya que casi todos deseaban brindar por su felicidad, pronto se puso a tono con la circunstancia, y se entregó al devaneo de sus teneres, de su amistad al Jefe Pablo, y de su prestigio en Los Hatillos.

Como viera un poco aislado a Rosendo, fuera de la órbita en que sus relaciones eran de más categoría, lo invitó más de una vez para brindar con él por la felicidad de todos, y por el porvenir del ahijado del Jefe Pablo.

La madrina, Anita Almanzar, era uno de esos tipos criollos cuya belleza impresionaba a primera vista. De carácter vivaz, dulce, ingenua y atrayente. Contaba diez y ocho años, y en ella era todo feminidad en sazón, madurez reventona de fruto sano.

Era, quizá, la chica más acomodada de Guayabo Dulce, y como Rudescinda, lucía siempre trajes de corte moderno confeccionados en la Capital.

El bautizo tuvo lugar a la hora en punto del medio día, y ya al atardecer, el alcohol se andaba traviezo por el cerebro de los concurrentes.

Rudescinda no se alejaba del corro de hombres que la celebraban cuanto decía; para lo único que a las veces interrumpía sus charlas, era para estar segura de que Ro-



sendo se hallaba cerca de ella y sabría a cual hora debían regresar a su casa antes de que su conducta fuera inconveniente.

Para ostentar sus teneres, tiró sobre una mesa más de una vez un puñado de monedas de oro que llevaba en un bolsillo del traje; pidió que lanzaran vivas a su nombre, y amenazó a más de un concurrente que no le fuera agradable.

El Jefe Pablo se mantenía cumplimentando en tanto a la familia, y muy especialmente, a la bella madrina.

Cuando vió que era tarde, se acercó a Rudescinda, y la dijo:

—Oye, negra, ¿quieres que te acompañe a Los Hatillos?

—¿Y poi qué?

—Porque ésto se va a terminar.

—Quédate mejoi atendiendo a tus amigos, que yo me iré con Rosendo.

—Entonces, ven a despedirte de don Aquilino y su familia.

—Nó; halo tu poi mí, y dile que me dipensen. Yo me etoy cayendo...

•
•

Entre Los Hatillos y Guayabo Dulce mediaba una corta distancia, pero no tan corta que en su trayecto no pudieran Rudescinda y Rosendo sostener una conversación abundante en complicaciones sentimentales.

Fuera de la gente que momentos antes los rodeaba, teniendo por testigos los montes y la sombra de la noche que se insinuaba sobre el follaje, Rudescinda se ponía a vivir su Yo sin freno y libre de presiones arbitrarias. El alcohol echaba fuera de su espíritu cuanto ocultaba frente a las exigencias del papel de líder que representaba en la política.

Sobre su caballo iba haciendo zig-zag por el camino,

y hablaba sin reservas. Había descargado su revólver haciendo disparos al aire. Los ojos le brillaban, y se desorbitaban en una tensión nerviosa que la daban el aspecto de una persona demente.

—Rosendo, —interrogaba— ¿quién te quiere a tí?

—Tú, Rudescinda.

—¿Poi quién lo doy yo to, Rosendo? ;Dí pronto!

—¡Por mí!

—Pero tú no me quieres como yo te quiero. ¿Qué tú dice a eso, Rosendo?

—¿Por qué me lo preguntas, Rudescinda?

—¿Poi qué? Bien que tú lo sabe...

—Y no te lo niego, Rudescinda.

—Yo nunca me deplicao cómo tú eres. A mí no me quiere naiden, ya el Jefe Pablo se me ta yendo, y ai fin, será como to los hombres.

—No digas eso, Rudescinda.

—¿Pero tú crees, Rosendo, que yo no me fijó? Eso sí, si lo que yo me asupongo e cieito, va a correi la colorá.

—Ya estás viendo visiones, Rudescinda.

—¿Visiones? Eí camaron que se dueime se lo lleva la corriente...

Rosendo se puso a reir, y la sostuvo más de una vez por un brazo para evitar que se cayera del caballo.

—Apéame aquí —le pidió, —y la ayudó a bajarse de la montura.

Se internó un momento en el monte y regresó tambaleándose.

—Sentémono aquí, Rosendo —propuso—. No me sienta bien.

Y se sentaron juntos sobre un tronco que había a un lado del camino, y ella le echó un brazo encima, diciéndole:

—Le tengo odio a to ei mundo; esta maición de sei mujei es lo peoi de mi vida.

—Descansa un rato para que llegemos pronto a la casa —contestó Rosendo.

—¡Será a la caice! Cada ves que entro en ella, me dan gana de gritai.

Y quedaron largo rato en silencio, ella siempre con el brazo sobre el hombro de Rosendo, pero a cada segundo más fuertemente atada a su cuerpo, hasta descansar sobre su pecho la cabeza vacilante.

Rosendo se sentía turbado, conocía tanto a Rudescir-da, que presentía el desenlace de aquella escena inesperada.

La sintió sollozar luego. El cuerpo de ella iba pegándose más al suyo, lentamente iba acercando su rostro húmedo de llanto hasta poner las caras a la misma altura, y la dejó descansar dulcemente. Poco a poco lo había envuelto en sus brazos, y sin murmurar una palabra lo besó en la boca con tanto ardor, que rodaron por encima de la hojarasca del bosque para no volverse hablar sino mucho tiempo después de haber reanudado su regreso a Los Hatillos.

Como ocurría a veces, de aquello no se habló una palabra. Apenas si volvieron a mirarse. Como las bestias suelen seguir pastando ajenas a lo que el grito de sus sexos les exige en medio de la sabana, ellos continuaron su vida. Ella la dueña, Rosendo, el mayoral.

Sin ningún remordimiento. En plano de animales bastan los sentidos, el sentimentalismo y la razón, sobran.

De grado, o por imposición tácita, así tenía que ser, bestialmente...!

. . .

A la mañana siguiente, domingo de Resurrección, Rudescinda se sintió presa de terribles confusiones. Cuanto había pasado le parecía imposible.

Había despertado medio vestida, el ruedo de su traje estaba lleno de sarpas, la dolía todo el cuerpo, abrió los ojos y vió con sorpresa que a su lado no estaba el Jefe Pablo.

Acordando ideas, reaccionando con aquella especie de euforia que la abría los sentidos en medio de tanta tranquilidad, escuchó las campanas de la iglesia lejana, y recordó que era domingo, había misa, amanecía en el pobla-

do y madrugaba sin haber asistido a las ceremonias eclesiásticas que el Jefe Pablo debía presidir.

Aturdida, desconfiada acaso, llamó a Rosendo que no estaba lejos de la casa, y lo invitó a pasar a su aposento.

—Dime, ¿no vino el Jefe Pablo anoche?

—No lo ví. Me acosté muy temprano, y me levanté muy tarde.

—Tá bien. Pa eso era. —Y volvió a quedar sola.

Dió algunos pasos, se acercó a la cuna de su hija y la levantó para acostarse con ella en el mismo lecho. La contempló insistentemente, y haciendo un recorrido por todo su pasado, murmuró:

—¡Ha creció tánto...!

Quedó todo el día allí, aislada, se miró alguna vez en el espejo, y como siempre, la apenó la amargura de su falta de belleza.

Qué raro que el Jefe Pablo no fuera a verla después de la misa, pensaba. ¿Habría venido sin que yo lo notara? siguió preguntándose.

Pero el Jefe Pablo no había llegado aún. No ignoraba que ella se había retirado de la casa de los Almánzar muy temprano, y esperaba encontrarla ya repuesta y agradecida del gran día anterior.

La casa del bautizo no había cesado en las expansiones de su fiesta. Se veían ya los claros del día, cuando no quedó nada que ofrecer a los incansables convidados.

Después que Rudescinda se ausentó, Anita Almánzar pasó a ser el punto céntrico de todas las galanterías. Los instrumentos musicales cayeron más de una vez a los pies del Jefe Pablo cuando bailaba con ella, y éste, en ocasiones, dejó caer en el pandero un puñado de pesos como testimonio de su gratitud por aquel significado honor.

Entre guiños de ojos que subrayaban maliciosamente las sospechas de algo nuevo en las crónicas pueblerinas, el Jefe Pablo se adueñó de tan interesante compañera, y con ella pasó la noche entera bailando.

Como le prometiera ella ir a la misa, no faltó a la hora en que se oía el último repique.

—Si Rudescinda lo viera —murmuraban por lo bajo— se armaría la de Dios es Cristo.

—Estos hombres son el diablo, señores —exclamaban otros.

—¡Qué mujeres! —repetían las vecinas de Hato Mayor.

Y ya no había otro asunto más importante para la vida de aquella aldea, que Anita la de Guayabo Dulce, y el Jefe Pablo.

—¡Cuando Rudescinda lo sepa! —Así concluían todos.

De modo que no pasaron muchos días sin que la mujer de Los Hatillos estuviera informada de cuantos detalles, exagerados, o ciertos, le guardaron las lenguas ociosas. Y la tempestad se desató.

Pero si Rudescinda era la Cacica de Los Hatillos, Aquilino Almánzar lo era de Guayabo Dulce. El Jefe Pablo había dejado caer a los oídos de Anita Almánzar una promesa que llegó muy hondo en sus vanidades de favorita de sus predios.

—Soy soltero, y sería capaz de hacerte mi esposa. De todas maneras, guárdate esta promesa para ti sólo.

—Yo soy muy pura para temerle a nadie, —contestó al Jefe Pablo.

El poder personal de un Jefe en estos campos, subyuga a las mujeres jóvenes que aspiran elevarse por encima de sus contemporáneas y de su medio.

Ella, en su concepto, consideraba que merecía la mano de un hombre importante, y esta seguridad se confirmaba en su pensamiento cuando oyó la promesa de aquel personaje.

El, como casi todos los pequeños caudillos de tierra adentro tenía la seguridad de aquella conquista, pero lo contenía la posible complicación de vérselas con Rudescinda.

Nadie como él conocía que desafiaba un cataclismo, que lo esperaban contrariedades inconcebibles. que comenzaban para su vida dos caminos tenebrosos: la rebelión de Rudescinda, y el peligro que constituían los rencores que habría de encender en su alma desdeñada.

El momento supremo no se hizo esperar, Rudescinda lo aguardaba con impaciencia. Lo invitó a dar un paseo por las sabanas, y cuando ya nadie habría de enterarse de cuanto iba a suceder, le dijo:

—Oye, Pablo, si me pones en ridículo te va a costar la vida. De modo, que devita que caigamos en la caice o en el cementerio.

—¿Qué te pasa, Rudescinda? ¿por qué me hablas así? ¿te has vuelto loca?

—Loca no, si tu quiere pasai por gallo padre, lo mejoi es que no oivide que soy Rudecinda. Si sigue coitejando a esa poiquería que te tá haciendo fiesta, lo mejoi es que cojas tus trastos y te laigues de mi casa; pero eso sí, acuédate de como yo me llamo.

Iba a contestar el Jefe Pablo, cuando ella sin esperar respuesta, echó a escape su caballo, y regresó a su casa.

El Jefe Pablo no ignoraba todo lo que estas amenazas significaban, y quedóse inmóvil en medio de la sabana.

•
• •

No tenía positivamente más que dos caminos que escoger, ambos llenos de sombras: volver a ella y renunciar definitivamente de sus propósitos con Anita, o retirarse de la casa de Los Hatillos, aceptando el reto de Rudescinda. Lo primero, era tortuoso ya frente a la justa desesperanza que inspiraba a su amante consentida, y, lo segundo, significaba alimentar contra él una venganza probablemente infalible.

Rudescinda triunfó, el Jefe Pablo se encaminó hacia ella, y revistiéndose de gran paciencia pudo calmar sus celos, aunque no sus recelos.

Aún cuando él aparentara de modo hábil que las relaciones con Anita Almánzar no habían pasado de una aventura sin trascendencia, Rudescinda espiaba, y para estar más cerca de la verdad prometida, suspendió sus via-

jes a San Pedro de Macorís, y dió a Rosendo el encargo de sustituirla en estas diligencias.

El Jefe Pablo la mimaba más que nunca, sabía que el fuego de los celos no se había extinguido totalmente en ella. Salía a los campos en su compañía para cumplir los deberes naturales de sus funciones gubernamentales, y no había modo de que ella lo perdiera de vista un solo instante.

Sin embargo, Anita Almánzar lo esperaba. Por vías muy secretas recibía noticias del Jefe Pablo confirmándole constantemente, que algún día cumpliría la palabra que la había dado.

Y ella era comprensiva. Rudescinda no era casada con este hombre, y no podría alcanzar jamás el honor de una unión honrada.

Pretextando urgentes asuntos que le confiara el Gobierno, el Jefe Pablo, una que otra noche se veía con Anita, y la confortaba en su desesperante incertidumbre.

Pero cierto día en que el Gobernador de la Provincia lo llamara para encargarlo de cuestiones muy personales, Rudescinda evadió la determinación que se había impuesto, de acompañarlo a donde quiera que fuera.

Y por la noche, se hizo acompañar de Rosendo hasta Guayabo Dulce, colocó en los *furoles* de la silla de su caballo un revólver, y pidió a su compañero que fuera armado, y media hora después, sin desmontarse, tocó una ventana de la casa de los Almánzar.

Cuando desde adentro preguntaron quién era, Rudescinda contestó:

—Soy yo, Rudescinda. Vengo a decite que los hombres ajenos se repetan. Dile a ese aicagüete de Aquilino, que ei gozo se le fué ai pozo.. —Hizo dos disparos al aire, y se dirigió de nuevo a su casa, no sin antes gritar:

—¡Si tás *arrecha*, acuéidate de tu taita, poiquería!

Cuando la puerta de la casa de Anita Almánzar se abrió y don Aquilino se preparaba a repeler la provocación, ya se oían lejos los cascós de los dos caballos que cabalgaban Rosendo y Rudescinda.

Y las hostilidades comenzaron entre ambas familias.

Las carcajadas de la pareja que se alejaba eran tan sangrientas como insultantes.

Con ello, Rudescinda había satisfecho un deseo cruel de herir en alguna forma a la mujer que había pretendido robarle el cariño de su hombre, y ésto la resarcía de toda inquietud.

Anita Almánzar, sin el desquiciamiento íntimo-sexual de Rudescinda, era también una de esas mujeres que no retroceden cuando se han impuesto un propósito, y en vez de arredrarse ante la actitud de su rival, hizo alardes de su condición moral sin historias denigrantes, para considerarse muy por encima de su contrincante. Y esperó el regreso del Jefe Pablo, no para suplicarle, sino para exigirle deslindar los campos.

O Rudescinda, o yo —pensaba, y como pensaba, lo plantearía frente al hombre que la había prometido en condiciones distintas darle su amor.

Rudescinda por su lado creía ganada la batalla desde el día en que al hablar al Jefe Pablo lo atrajo a su casa prometiéndola fidelidad sincera.

Pero mientras se hacía esta reflexión, recordaba lo que al regresar de Guayabo Dulce, le había dicho Rosendo:

—Dios quiera que ésto no te dé un mal resultado. No olvides que el Jefe Pablo es muy bueno, pero que es una persona de mucho amor propio. Por su posición, y por su hombría, quizá prefiera lo peor a representar un papel desairado.

Y estas consideraciones comenzaban a pesar muy fuertemente en el espíritu de Rudescinda.

El Jefe Pablo era positivamente, si bondadoso y exageradamente enamorado, muy cuidadoso de su prestigio personal, del respeto que se le debía guardar, y de decisiones finales irretractables.

Debía su posición a la seguridad que tenía el Gobierno de su sinceridad y honradez, y si su falla consistía en

el afán de sus múltiples conquistas románticas, era porque la fuerza del medio en que evolucionaba, le imponía seguir lo que era costumbre entre los hombres de su rango, sin menoscabo de su reputación.

.

. . .

Esas balas que se fueron al aire, alguna vez habrán de quitarme de encima a esa mujer sin entrañas —repetía Anita Almánzar, cada vez que recordaba los insultos de la noche pasada.

Y cuando de tal modo se expresaba, toda la familia Almánzar asentía rencorosa e inflamada de odios.

—Yo no creo que ustedes dejen esto así —insistía hablando a su padre y a sus hermanos constantemente.

Anita Almánzar era terca y severa en todo cuanto se proponía. Y como ella pensaba y se repetía, su condición de señorita honrada estaba muy por encima de la condición de amante que rodeaba a Rudescinda.

Sin embargo, contra todas estas disquisiciones exacerbadas, era innegable que la Cacica de Los Hatillos disponía de elementos y condiciones fáciles a la violencia y la tragedia.

Veamos pues, cual será la actitud del Jefe Pablo, frente a la disyuntiva que saldría a su encuentro.

Raro parecía que Rudescinda sufriera tan pasionalmente por esta aventura del Jefe Pablo, cuando ella no alcanzaba a disminuir su prestigio ni su preponderancia en el perímetro de su deudo. ¿Cuál de los hombres más destacados de la vida provinciana no tenía en cada poblado de sus dominios un amancebamiento que constituyera la indestructible raigambre de su poder?

La vanidad de estos concubinatos se reducía a los lindes de su vecindario; pero como Rudescinda aspiraba a la hegemonía absoluta de toda la común de Hato Mayor del Rey, jamás consentiría que nadie compartiera con ella la

autoridad indirecta que la ofrecían las preferencias del Jefe Pablo.

Y si así pensaba Rudescinda, Anita Almánzar, joven y atractiva, con méritos morales y físicos que ella consideraba muy superiores a las condiciones desacreditadas de su rival, no concebía su matrimonio con aquel hombre, sino para ser la primera y única en el disfrute de una exclusividad sin tasa ni medida, dentro de las funciones de la superior autoridad de aquellas comarcas.

¿Cómo armonizaría el Jefe Pablo estas divergentes fuerzas que pugnaban por una decisión fatal de su carácter?

Veamos. Cuando regresó de su viaje a San Pedro de Macoris, había una sorda expectación en el ambiente. Alguno que lo alcanzó antes de llegar a Los Hatillos, lo puso al corriente de cuanto había acontecido en su ausencia.

Su primera intención fué abstenerse de toda averiguación, simular un desconocimiento total de lo ocurrido; pero cuando se vió frente a Rudescinda ésta le dijo:

—Supongo que ya te habrán contaó lo que hice.

—¿Qué hiciste?

—Digo, que yo no sé si te agradará.

—¿De qué se trata?

—De la poiquería esa de Guayabo Duice.

—Ya te dije que no habláramos más de este asunto, yo soy un hombre serio, y es bueno que te dés cuenta de que no aceptaré que se me ponga en ridículo.

—Y yo lo que te digo a ti que si no me considera como lo que soy, lo mejoi es que te vayas con tu música a otra paite. Si no lo sabe te lo voy a deplicai yo misma. Si no te guta, mejoi. Fui a Guayabo Duice, le toqué la pueita, y la insuité pa que repete lo ajeno.

—Dejemos eso, Rudescinda.

—¿No te ha gutao? ¡Pégame si ere hombre!

Y se le encaró, lo sacudió por la solapa, temblaba de ira, y siguió repitiendo:

—¡Pégame si ere hombre!

Y cuando vió que el Jefe Pablo con una paciencia inesperada la reclamaba respetarlo, lo empujó para decirle:

—No te hago peidei esos galones, poique me das pena...

El viejo Alejandro, que ésto oía, y Rosendo, que también observaba, intercedieron.

—¿Te has vuelto loca muchacha? —le preguntó su padre.

—No te meta tu en lo que no te impoita.

El Jefe Pablo con una calma que denunciaba decisiones frías y definitivas, tomó su sombrero, y ordenó a Rosendo tenerle preparado su caballo.

Rudescinda se dió cuenta de su propósito y murmuró irónicamente:

—Me parece que esto va a jedei mucho.

Cuando el Jefe Pablo había echado ya piernas sobre su caballo, Rudescinda se interpuso para no darle paso, pero el Jefe Pablo estaba resuelto a poner fin a tanta contrariedad, y la suplicó que lo dejara pasar. Ella tomó las riendas de la montura, y le dijo:

—Tendrás que pisai me, indino.

Y Rosendo temiéndolo que aquello llegara a un lamentable incidente, se acercó a ella para pedirla que dejara salir al Jefe Pablo. Como la tomara con fuerzas por las manos hasta arrancarle las riendas, al ver que el Jefe Pablo ganaba la puerta de la cerca, se volvió frenética, y tumbó de una bofetada a su compañero y guarda, diciéndole, al verlo rodar por el suelo:

—¡Pa que no te metas, maidito!

•
• •

Por aislados que parezcan estos sucesos, en los pequeños poblados se propagan con la velocidad de la luz, y una hora después de acontecido el incidente que parecía separar para siempre a Rudescinda y al Jefe Pablo, lo sabía to-

do Hato Mayor, y luego, penetró hasta Guayabo Dulce, en donde surtió el efecto de una conmoción funesta,

El Jefe Pablo tenía una responsabilidad moral tan delicada por sus funciones oficiales, que no le quedó más remedio que disimular los hechos, y desvirtuarlos si fuese necesario. Hubiera podido enfrentarse a Rudecinda, y hasta aplastarla. Era un hombre de temple reconocido, y aunque ella era temida por la incondicionalidad de los hombres que la rodeaban y que pagaba encubriéndoles toda clase de infracciones, se trataba de una mujer y más que de una mujer, de la madre de su hija, y de un factor importante del Gobierno en aquella localidad.

Debía, pues, poner en juego medios inteligentes que evitaran un choque. Se alejaría de ella, se mostraría ofendido, pero llevaría a su ánimo por todos los medios, que ello no constituía una enemistad entre ambos.

Y recordó la influencia que en ella ejercía el Padre Sepúlveda y se amparó en su extraordinario poder de armonización.

Con la paciencia de quien se ha pasado la vida aguardando un suceso natural, el Presbítero Sepúlveda escuchó al Jefe Pablo que no encontraba camino para una solución sin escándalos.

—Hijo mío, te compadezco. Tendrás que afrontar las más incómodas calamidades. Ella no se resignará nunca a que se diga que la abandonaste por otra mujer, y aunque no fuera cierto todo lo que se dice, se dice, y eso es lo peor para tí.

—Y entonces, Padre, ¿qué hago?

—Ojalá pudieras ausentarte por algún tiempo de Hato Mayor. Yo hablaré con ella, pondré al servicio tuyo y de ella todos mis recursos de persuasión: pero insisto, en que es lo mejor, que te ausentes de aquí.

—Eso sería ridículo, Padre.

—No lo creas, todo el mundo sabe que eres un hombre decente, y debe bastarte con que así se te juzgue para que el ridículo no te inquiete. En cuanto a Anita Almán-

zar, tienes por delante el porvenir, y ojalá puedas, por ella, y por ti, olvidarlo todo. Si quieres, puedo verla también.

—Muy bien, Padre, muchas gracias.

—¿Te irás?

—Eso no puedo resolverlo sin antes pensarlo y pensarlo con calma.

—Debo advertirte que te he hablado con gran desinterés, porque si fuera a oír los reclamos de mi afecto, daría a Rudescinda toda la razón.

—Gracias, Padre.

En tanto, en Guayabo Dulce esperaban al Jefe Pablo con ansiedad. No podía dejar de ir a esa casa, y fué.

Un ambiente de disgusto lo envolvía todo.

—Parece mentira, Pablo, que un hombre de la importancia tuya se haya dejado poner así en la boca de la gente. ¿Es que tienes miedo a esa marimacho? —preguntó el padre de Anita.

—Lo primero que voy a pedirles es que no se insulte a nadie en nuestras conversaciones.

—Muy bien —contestó Anita.

—Vengo a hacerles dos preguntas que deseo sean contestadas con toda franqueza.

—Házlas pronto —contestó don Aquilino Almánzar secamente.

—¿Creen ustedes que yo soy un caballero?

—Si no lo creyéramos, te hubiéramos tirado las puertas a la cara cuando llegaste.

—¿Crees, tu Anita, que sería capaz de faltar a mi palabra?

—Si se tratara de una cualquiera, sí; pero tratándose de una mujer decente como yo, nó.

—Entonces, tengan la bondad de escucharme: Hoy he pedido una licencia al Gobierno para estarme fuera de Hato Mayor algún tiempo. Es indispensable poner algo de nosotros para evitarnos mayores contratiempos. Cuando las cosas se hayan calmado, y esa mujer comprenda el imposible que nos separa, vendré a casarme contigo. ¿Me crees?

—Te creo.

El Presbítero Sepúlveda vió más de una vez a Rudescinda. Despachada, rencorosa, altiva, se encogió de hombros al escuchar las reflexiones de su consejero, y terminó diciendo:

—Depués que ha visitao a Guayabo Duice, no quiero sabei ni de su estampa. La pequeña que adoptamos no necesita de naiden. Pero si esa gente se cree que yo soy un muñeco, aquí va a habei aigo feo. Yo se lo digo, Padre, y lo mejoi es que no hablemos má de eso.

El Presbítero Sepúlveda la advirtió de los propósitos de ausentarse que tenía el Jefe Pablo, y la persuadió de que era aquella la mejor solución.

—Que se vaya, Padre, usté sabe que yo no necesito de naiden. Pero que se cuiden mucho en Guayabo Duice, sino quieren que haya melao.

Para quienes rodeaban a Rudescinda, lo que ella resolviera resultaba siempre lo que ellos estaban resueltos a obedecer. Entre esta gente, los había prófugos de la Justicia, gavilleros impenitentes, jugadores y cuatreros, que al amparo de la política que la favorecía y la toleraba, formaban un conjunto temible, y sin más ley, que las que Rudescinda les dictaba. Precisamente, un choque con ellos, quería evitar el Jefe Pablo ya que el Gobierno fundaba, en la cooperación de estos elementos así sostenidos, la inalterabilidad de la paz que tanto urgía.

De modo que, cuando el Jefe Pablo se encontró frente al Gobernador de la Provincia y le expuso la situación que confrontaba, mereció la más sincera aprobación de parte de su autoridad. Tampoco el representante del Gobierno en la Provincia, se hallaba autorizado a romper lanzas con un factor de la causa como lo era Rudescinda.

Así las cosas, volvamos a Guayabo Duice, en donde la familia Almánzar se preparaba a repeler cualquier agresión de parte de Rudescinda.

El Padre Sepúlveda estuvo allí, ofreció sus mejores consejos, y rehuendo la responsabilidad que era de temer,

prefirió rogar a Dios por el mejor fin de estas enojosas diferencias.

Rudescinda no ignoraba las providencias tomadas por la familia Almánzar, y sonreía segura de que nadie era más fuerte que ella, en cien leguas a la redonda de sus hatos.

Y visitaba más que otras veces a Hato Mayor, se dejaba ver más que nunca, y entre desplantes y derroches se adueñaba de todos los sitios concurridos por las personas más visibles del poblado.

También la familia Almánzar hacía sus visitas a Hato Mayor: pero con reserva y sin jactancias. Ella no contaba con el apoyo del partido político en el poder, no eran políticos sus componentes, y esto la quitaba ventajas frente a su contrincante.

El Jefe Pablo se limitó a escribir al Padre Sepúlveda suplicándole mediar entre ambas familias para evitar un escándalo con que probablemente su nombre sería perjudicado. Las cuestiones políticas que se debatían en el país precisaban a los hombres de algún prestigio estar en condiciones de responder a las continuas exigencias del orden, y esto hacía que no supiera qué resolver frente al panorama de Hato Mayor.

Rudescinda lo había amenazado, lo había insultado al enterarse de sus últimas visitas a Guayabo Dulce. El peligro que constituían estas amenazas, no lo temía porque él era un hombre sin miedo, pero la situación anárquica que se produciría si le faltaba tacto para manipular las cosas, podrían poner en peligro su adhesión a la causa del Gobierno, y crear una situación caótica innecesaria.

Sin embargo frente a todo esto, ni un solo instante pensó en renunciar al cariño de Anita Almánzar. Por encima de todo, la mujer en su espíritu ejercía una fuerza indomable.

Enterado el Gobernador de la Provincia del problema que con tan justa razón preocupaba al Jefe Pablo, consiguió para él el nombramiento de Jefe Comunal de la Ciudad de El Seybo.

Así parecía que las cosas podrían adquirir un carácter menos escabroso.

CAPITULO X.

Trasladado el Jefe Pablo a otro medio en que el orden no era cosa que gravitaba sobre sus hombros como único resorte responsable, respiró a todo pulmón, libre de las preocupaciones que lo mantuvieran sumido en terrible incertidumbre.

Escribía a Anita, la invitó a pasarse una temporada cerca de él, y fué descartando a Rudescinda de su pensamiento. Pero entonces, el Gobierno solicitó del Gobernador el nombre de algún amigo que pudiera ser llevado a la Jefatura comunal de Hato Mayor del Rey, y éste al Jefe Pablo, ya Comandante de Armas de la Plaza de El Seybo, que lo ayudara a escoger la persona más indicada para ello.

La confusión del Jefe Pablo fué enorme. Sin la cooperación y al apoyo de Rudescinda parecía que pocos hombres fueran capaces de llenar con buen éxito el difícil papel de conductor político de aquella región. Y sobre todo, temía ver en pleno desamparo a la familia Almánzar.

En tan complicada situación, los jefes del Gobierno en la cabecera de Provincia, sufrieron una serie de vacilaciones complejas y de difícil solución.

El caso era realmente complicado.

Y no queriendo el Jefe Pablo exponerse a un fracaso, declinó la prueba de confianza que le diera el Gobernador, y dejó a su mejor parecer la designación de su sustituto en Hato Mayor.

—Hay un hombre —exclamó el Gobernador.

—¿Cuál?

—El General Santillana. Nadie mejor que él para poner fin a las dificultades que estamos confrontando.

—Pero...

—Ya sé lo que me va a decir. Lo he pensado todo. En este caso, el General Santillana dispone de una fuerza moral sobre Rudescinda, que no le quedará más camino que hacerse la desentendida.

—Gobernador, en este caso, prefiero callar.

—Sí, lo recomendaré. Es la mejor solución.

El General Santillana a quién habíamos dejado levantado su campamento para abandonar Hato Mayor del Rey, víctima de una decepción que pareció destrozar las ilusiones de un propósito honrado, no era un hombre vulgar. Lo caracterizaba precisamente un concepto de sí mismo que hacía esperar de sus actuaciones, rectitud y circunspección.

Después de su matrimonio, obra de la influencia de un amigo suyo, mayor en jerarquía oficial, interesado en la conquista de Rudescinda como factor importante del engranaje político de la parte Este de la República, jamás aceptó que le preguntaran cuáles fueron los motivos de tan extraño rompimiento con su esposa.

No permitía que nadie interviniera en cuestiones suyas, que como esas, pertenecían a su personal intimidad.

En los acontecimientos que se sucedieron a raíz de su salida de Hato Mayor del Rey, su actuación dentro de las filas del Partido que merecía su entusiasmo, fué, puede afirmarse, heroica, y de la honradora justicia que hacemos, dá cuenta su bravura y tenacidad frente a los bastiones del fuerte de la Concepción en la noche del 12 de abril de 1903. Fué él, uno de los bizarros oficiales que escalaron los muros en llamas de aquel reducto sangriento.

De modo, que no había razones para esperar de sus

nuevas funciones, debilidades que pusieran en entredichos, el buen éxito de su cargo.

Para Rudescinda, la presencia del General Santillana fué desconcertante. Estaba en peligro su poderío, y era necesario esperar cómo se desarrollaran los acontecimientos.

Antes que a otro alguno, el General Santillana se acercó al Presbítero Sepúlveda, y después de un cambio sincero de impresiones, aceptó la sugerencia que éste le hiciera, de tener una entrevista con Rudescinda, para ver de deslindar los campos sobre los cuales debían actuar.

Y la entrevista fué. Nadie hubiera pensado que se encontrarán frente a frente esposa y marido, sin que en lo más leve se hablara de la condición singular en que la Ley aún los mantenía.

Para Rudescinda no había cuestiones más importantes que aquellas que destrozaron su último romance. Su felicidad, o su desgracia, estaban en Guayabo Dulce. Los planes que ella se guardaba, no se los comunicaría a nadie en el mundo.

—¿Puede, entonces, el Gobierno contar siempre contigo, Rudescinda?

—Y con to lo mío, General.

—Entonces —...y al tenderle la mano como cerrando un pacto de honor intervino el Presbítero Sepúlveda para decirles:

—Que Dios vele por la paz entre ustedes, y que ésto sea para bien de todos.

En Los Hatillos, todos aguardaban el regreso de Rudescinda, y extrañaron que se limitara a decirles, cuando volvió:

—Señores, to se arregló bien. Ei, allí, y yo, aquí.

•
•

No tardó mucho la familia Almánzar en acercarse al General Santillana para conocer cuál era su tempera-

mento frente a las diferencias entre ella y Rudescinda, y éste, como Pilatos, se lavó las manos, y se manifestó remiso a inmiscuirse en chismes de vecindario que no le interesaban.

Cortado así todo camino para enderezar enredos que otros dejaron sin resolver, solo ocupó su atención la necesidad de llevar al ánimo de aquella reducida sociedad la mayor confianza en sus gestiones gubernamentales.

Y aparentemente, la mayor serenidad parecía presidir el espíritu de aquella región.

La actitud sospechosamente discreta de Rudescinda, alarmaba y ponía en guardia a la familia Almánzar. No había faltado algún amigo suyo que la aconsejara no confiar en su disimulada indiferencia.

Anita Almánzar, por su lado, hubiera dado cuanto tenía por destruir a su rival. El Jefe Pablo la había invitado varias veces a pasarse una temporada en El Seybo y cuando regresaba de allí, se gozaba en hacerlo saber para humillar y poner cólera en Rudescinda. Hasta que cierto día, hablando con el Jefe Pablo, éste advirtió que provocaba la ira de Rudescinda, insinuándola, que era prudente evitar un choque.

—Debo advertirte que esa es una mujer que no tiene miramientos. No olvides que es capaz de todo.

—De lo que pueda suceder —contestó Anita— nadie puede adivinarlo, y antes que la cruz vaya a mi casa, mejor es que vaya a la agena.

Y el Jefe Pablo que vió en este comentario algo terrible, la hizo reflexiones que aparentemente Anita acogió con bien simulada comprensión.

Parecía que, realmente, Rudescinda había reaccionado frente a las complicaciones de su vida con filosófica resignación. Llegó a pensar que su destino era eso, vivir en constante penar, ningún hombre había llegado amarla, todos los que a su lado habían estado, lo hacían como para seguir viaje, más o menos tiempo, pero listos a partir a cualquier hora.

¿Y por qué? Se había preguntado muchas veces.

Porque como se ve en el curso de su existencia, en ella actuaban dos cosas sobre las cuales no tenía dominio: la fuerza sexual, y la confusión de su mentalidad, a las veces varonil, otras, complicadamente femenil.

Con todo, apartada un poco de las actividades que antes la mantenían sobreexcitada, buscó el refugio de su hogar, dedicó mayor tiempo a los cuidados domésticos, y aislada, decepcionada, pasaba los días en el campo, las noches sentada a la luz de los luceros, o con el fruto de su fracasado amor entre los brazos.

Dijérase que se operaba en ella una transformación. Rosendo era la única persona, que como siempre, y por encima de las rarezas de su temperamento, jamás se había separado de ella, ya que nunca la había tomado en cuenta sus intemperancias.

Estaba, parecía, a punto de convertirse en una mujer serena. Sin embargo, odios y envidias se ocultaban en su alrededor, más de uno quería para ella todos los males, y una noche, mientras ella se hallaba sentada en la sala de su casa, entretenida en buscar sueño para la hija que tenía en sus brazos, de las sombras de un montículo cercano un disparo la hizo estremecer. El proyectil había roto el respaldo de la mecedora en que ella estaba sentada y poco faltó para herirla.

Sin miedo, mordiéndose los labios, llevó su hija a sitio seguro de la casa, y murmuró entre dientes:

—Bueno, ahora si va habej jodienda.

• •

Quando los empleados de Rudescinda oyeron la detonación vinieron hacia ella y la rodearon sin explicarse lo que pasaba. Don Alejandro se acercó, y sin preguntarla lo que ocurría, se apercibió con un revólver en la mano. Rosendo como un cachorro leal siempre estaba cerca de su amiga, trató de alcanzar al agresor, pero inútilmente, la obscuridad de la noche hacía imposible su captura.

Armada y presta a cuanto pudiera amenazarla, Rudescinda volvió a la sala. Estaba serena, y dijo cuando ya la calma reinaba entre todos:

—Poi poco me malogran, ahora naiden tiene que contai lo que ha pasao.

Don Alejandro se limitó a decir, sencillamente, dos palabras:

—Dios quiera...

Se organizó un servicio de guardia con esta consigna: diente por diente, y ojo por ojo.

Y los días pasaron sin que este suceso se trasluciera. No quería Rudescinda violar el alejamiento cordial que existía entre ella y el General Santillana, pero quería suponer que el atentado se había preparado en la creencia de que su vida era indiferente a las autoridades de Hato Mayor del Rey.

Sus cosas, pensaba, además, eran absolutamente personales, y personalmente tendrían que dirimirse.

¿A quién le interesaba que ella desapareciera?

Esta pregunta asaltó mil veces su pensamiento, llegando siempre a la conclusión de que a nadie más que a la familia Almánzar.

Y hacia ahí, dirigió sus pesquisas.

Hacer público el crimen frustrado era colocarse en un terreno peligroso ya que si alguna cosa ocurría en la casa de los Almánzar, podría pensarse que fuera inspirado por un espíritu de venganza.

No faltó quien afirmara que si el Jefe Pablo hubiera sido el árbitro de la Común, Rudescinda habría prendido fuego a Guayabo Dulce, pero cuando a la postre se enteró la gente de la actitud agresiva de los Almánzar, de las visitas constantes de éstos al General Santillana, y la de éste a la casa de ellos, las sospechas andaban a tientas en pos de algo que no acertaban a descubrir con toda claridad.

Las personas que conocían los antecedentes del General Santillana, rechazaban todo cuanto tendiera a complicarlo en maniobras turbias. El era un hombre decen-

te y no se comprometería jamás en lo que pudiera empañar su reputación.

La misma Rudescinda descartó desde un principio toda idea a este respecto, y allá en el fondo de su conciencia, si alguien tenía la razón frente a su pasado, era él. Los conceptos de ciertos hombres al margen de lo que entre ellos ocurrió, resultaban irrefractables.

No obstante, aquel proyectil que había roto el respaldo de la mesedora en que se hallaba sentada Rudescinda, removió en su alma todos sus extravíos, todo su odio, y todo su rencor.



En Guayabo Dulce las diferencias de la familia Almánzar y de Rudescinda, eran algo que obsedía, quizás, efecto de miedo, tal vez, empeño en ver por el suelo el cacicazgo de Los Hatillos. Fuere lo que fuese, de algún tiempo, allí solo se respiraba encono, se tramaban intrigas para despertar recelos en el General Santillana, se le ofrecía fuerzas, se le daba confianza, y hasta se calumniaba a Rudescinda para ver de violentar su autoridad.

Todo era del dominio público, y el público se preguntaba sin saber qué contestar: ¿en qué parará esto?

Los Hatillos y Guayabo Dulce eran dos puntos congestionados y prestos a explotar en una tragedia. Se espiaban los unos a los otros, quienes fueran amigos de Rudescinda no podían serlo de Anita Almánzar. Odio creciente latía en ambos reductos de los campos de Hato Mayor del Rey. El Jefe Pablo había dejado a sus espaldas dos fuerzas inconciliables: el amor fracasado de Rudescinda, y el no menos vehemente de Anita Almánzar. Colocado fuera de los puntos en lucha, alimentaba esperanzas en la una, y avivaba decepciones en la otra.

El General Santillana eludiendo todo lo que pudiera comprometerlo en el desenlace de este drama en que sólo debía tocarle un papel de espectador, cortó sus relaciones

con los Almánzar, y con Rudescinda sostuvo aquéllas, que por necesidad de la política, era prudente mantener por encima de todo.

La salvaje inteligencia de Rudescinda quiso ver algo más que un propósito de imparcialidad en la actitud del General, y aprovechando cierta perturbación política que por aquellos días mantenía en expectativa a las autoridades contra las actividades subversivas advertidas por el Gobierno, fué más frecuente en sus relaciones con él, y acaso, por su inquieta imaginación, cruzó la idea de una reconciliación sentimental, aún cuando ella se realizara en la más absoluta clandestinidad.

Y una noche, Rudescinda, pretextando el deseo de comunicarle algo que no debía saber nadie que no fuera él, le dió una cita.

—¿Qué podrá ser? —se interrogó el General Santillana—. ¿Se sentiría amenazada? ¿Sabría de algún complot para iniciar la revuelta en su dominio? ¿Tendría algún mensaje privado que comunicarle? ¿Estaría enterada de algún desastre habido en el país que pusiera en riesgo su posición y la de sus amigos?

No acertaba el General Santillana con el secreto de los móviles de aquella cita; pero jamás llegó a imaginar que pretendiera Rudescinda ofrecerle los deshechos frutos de su pasión.

Sin embargo, no tuvo suficiente entereza para rechazar la cita y acudió a ella, dándose cuenta, al encontrarla, de que era esperado con absoluta seguridad.

Ella había alejado de los alrededores de su casa a cuantos pudieran enterarse de este paso audaz en el cual fundaba la decisión de su suerte.

Procuró con una malicia bien madurada dar a este encuentro los caracteres de una misteriosa aventura. Entreabrió sigilosamente una puerta, y lo invitó a pasar.

El General Santillana se sentía turbado, y solo llegaba a preguntarse en su confusión inexplicable:

—¿Qué querrá Rudescinda de mí?

—Mi padre ha salido de viaje y podemos hablar sin

que naiden nos oiga —dijo ella mientras le ofrecía asiento.

El General Santillana no pudo eludir los recuerdos que aquella casa le brindaba, y hasta el olor que se respiraba allí, lo ponía nervioso y vacilante.

—En primei témino, Manuei, quiero que aquí, frente a frente, me peidones. Soy una mujei muy desgraciá, y eres tú ei único hombre de quien no he sufrío un daño. Lo que pasó entre nosotros fué cuipa de mi mocedá, tú no debes guaidaime rencoi.

El General Santillana se sentía realmente conmovido. Por uno de esos fenómenos psicológicos que a veces nos cambian el rumbo de la vida, fué cediendo a las quejas de aquella mujer a quien nunca había visto en actitud humilde, y puso en su rostro una expresión de bondad que fué para Rudescinda como un fulgor de esperanza.

—Mira, —continuó ella indicándole el respaldo de la mesedora destrozado por el impacto del proyectil que pudo herirla en una noche pasada —no me han matao de chepa, y era pa que yo creyera que tú verías con guto que me asesinaran.

—¿Cómo? —interrogó el General— y no me habías dicho nada?

—Poique llegué a dudai de que yo te impositaba aigo.

—¿Y tú no supones quién pueda ser el autor de este atentado?

—Aiguien que no me pue vei, Manuei.

—¿Quieres que haga mañana mismo una investigación?

—No; eso no. Lo que me interesa es que tú me peidones, y dejai esto ai tiempo que to lo arregla. ¿Me peidonas Manuei? ¿Podremos sei dos buenos amigos?

—Rudescinda, no tengo para ti ninguna prevención, pero tú comprenderás que después...

—Sí, sí, no sigas. Eso se acabó pa siempre. Si tú quieres, naiden sabrá que semos amigos.

Y tomándole una mano se la llevó a la cara oprimiéndola temblorosamente y sintió que el General se dejada conducir a la más feliz reconciliación.



—Pero, ¿y esa niña?

—No es hija mía. Su madre es una comadre mía de Mata de Paima, que la dió ai mundo aquí y yo la cojí pa criaila.

Simuló creer el origen de la hija de Rudescinda, y comenzó desde ese instante a ceder y ceder a las insinuaciones de la hembra, hasta caer de nuevo entre sus brazos.

Aquellas relaciones no trascendieron nunca hasta la gente que pudiera hacer de ellas un sabroso plato para sus murmuraciones.

El General Santillana, pasaba a ser el amante de su esposa, y esa condición insólita lo obligaba a guardar su secreto en lo más profundo de su vencido orgullo.

No fueron pocas las vacilaciones de este hombre frente a las reflexiones que le hacía su propia conciencia. Fué débil, con una debilidad que acaso él mismo había ignorado en su carácter, mezcla de temor y de cariño que lo vencían, sintió que no podría resistir a los reclamos de Rudescinda, y fué pronto a las citas que ella le daba, y se sintió feliz cuando a su lado disfrutaba de las delicias de su contacto en llamas prestas a quemar la última fibra de su ser.

Naturalmente, era necesario ocultar a don Alejandro la existencia de tales contrasentidos morales, y optaron por el más refinado disimulo para continuar indefinidamente abjurando de lo que la ley les dió para unirlos ante la sociedad que burlaban.

Pero en ella no cedía lo que en su ser estaba siempre fuera de su consistencia espiritual. Sus heridas nunca cicatrizaban, y en sus horas de soledad, en vez de alimentarse con ensueños, asaltaban su mente los extravíos diabólicos que la obcecaban. No en cuanto al Jefe Pablo, porque en ella, la ingratitud producía odio y rencor, y aún cuando se había refugiado en el cariño de quien antes había calificado con el mote de *El Indino*, consideraba que la culpa era suya, no así con el primero, que la desdeñaba por otra mujer, que se jactaba de haberla vencido y de haberla quitado su hombre.

Para que no fuera objeto de dolorosas conjeturas la

presencia de su hija, pidió a la Juana, llevársela por algún tiempo, lejos de su casa. Don Alejandro protestó de este acto, pero fué inútil, la pequeña desapareció de su lado, y aún cuando Rosendo tenía el encargo de vigilar el cuidado que se encomendó a su custodia, este paso no obtuvo la silenciosa y obediente aprobación del Mayoral. Su afecto por aquella criatura era lo único dulcemente elecuento en sus manifestaciones de cariño.

—¿Por qué no le has dicho la verdad al General?— preguntó un día.

—Poique me es un estoibo que debo apaitai de mi camino. Y no te metas en eso, Rosendo.

—Está bien, Rudescinda.

—Además, tú no sabes cuales son mis intenciones en to esto. No me hagas hablai más de la cuenta. Cuando yo te lo deplique, me dará la razón.



El Jefe Pablo, seguro de que Rudescinda no habría de molestarlo, continuaba sin reservas sus relaciones con Anita Almánzar, y ya era de público sabido, que su matrimonio con ella estaba a punto de culminar en un resonante suceso.

El mismo Padre Sepúlveda, antes tan interesado en las cuestiones de Rudescinda, se había alejado de la casa de los Reyes, pretextando su deseo de estar al margen de las intrigas que cada día eran más profundas y más insidiosas.

Rudescinda lo comprendió a tiempo y correspondió su actitud sin comentarla. Para su seguridad la bastaba el apoyo discreto y firme del General Santillana, que anarentando un carácter meramente político, se guardaba para sí el disfrute furtivo de sus amoríos.

La familia Almánzar, consideraba por su lado haber vencido a Rudescinda, y sin confiar mucho en su indiferencia, permanecía en guardia contra una posible agresión de ella, o de algunos de sus secuaces.

No dejaron de comentar esos temores con el Jefe Pa-

blo, que trataba de disuadirla de tales sospechas invocando la actitud desinteresada de Rudescinda frente a él y frente a Anita.

—¿Qué motivos tienen ustedes para esperar un daño de su parte? ¿La han ofendido ustedes? —preguntaba.

Y Anita que parecía temer a estas interrogaciones, eludió su contestación para decir:

—Lo mejor es no hablar de esa mujer. ¿No me has dicho tú que todo el mundo sabe que nos iremos a vivir lejos de aquí?

—Tan pronto como nos casemos.

—¿Entonces...?

Y no era una vana promesa la que hacía el Jefe Pablo, en realidad, se casaría con ella y se la llevaría a El Seybo, en donde tenía ya preparada una casa con tal objeto.

Como es típico de estos lugares, la gente se enteró de este próximo enlace y se hacía bocas para comentar con todo detalle sus preparativos. El padrino sería el Gobernador de la Provincia, y el Presbítero Sepúlveda se trasladaría a Guayabo Dulce para bendecir tan pomposo matrimonio.

Entre los trabajadores de Rudescinda, era este tema, obligado comentario, en que cada cual ponía un poco de pimienta.

—¡Los hombres, señores...! —exclamaban unos.

—¡Las mujeres, señores...! —exclamaban otros.

Hasta que un día Rudescinda les prohibió hablar de aquello en los alrededores de su casa.

Allá en el fondo de sus vanidades había clavada una espina venenosa. Ella disimulaba sus celos, y sólo cuando se estaba en compañía de Rosendo, daba rienda suelta a su dolor.

—¿Poi qué serán así los hombres? —se interrogaba cuando por encima de todo se sentía amar a quien no la quería— ¿qué tiene otra mujei que yo no tenga? ¿Qué puede ofrecéile que a mí no me sobre?

Y pasaba las horas en actitud sombría, algo siniestro,

a veces, la hacía mover la cabeza como para desviar una idea que la parecía terrible.

Recorría los accidentes de su vida y no comprendía por qué no había podido retener a un hombre largo tiempo a su lado. Eduardo Zambrana, su primera ilusión; el General Santillana, a quien admiraba, pero no quería; el Jefe Pablo, por quien había ofrendado sus más caros esfuerzos, y hasta Rosendo mismo, a quien no podía acoger más allá de sus caprichos animales, todo en fin, perdido en el hondo hueco de sus angustias, pasaba por sus febriles vacilaciones para hacerla interrogar de nuevo:

—¿Qué puede tener otra mujer que yo no tenga?

Y en su alma la amargura iba destilando rencores hasta quedar fija en la obsesionante idea que ya era resumen permanente de sus anhelos de venganza.

La última vez que acudió a una cita del General Santillana, se manifestó tan preocupada que provocó en él esta pregunta:

—¿Qué te pasa, Rudescinda? noto en tu acento, en tu rostro, algo extraño. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, General, es que a veces me siento cansada de la vida. El pensamiento se me ha vuelto una enredadilla que me ha cambiado por completo.

—Ya sé, Rudescinda, lo que te pasa. El tiempo es el mejor consejero, si logro arreglar ciertos asuntos con el Gobierno, saldré de aquí, te irás a vivir algún tiempo fuera de Los Hatillos, y verás que al fin, alcanzarás una vida serena.

—Ojalá que así sea.

Pero con todo, en cuanto se veía nuevamente sola, la garra de un terrible desasosiego en su vida volvía a clavarse en su cerebro, y no pudiendo más, llamó a Rosendo, sugirió dar un paseo por el campo y lo hicieron hasta detenerse muy lejos de la casa.

—¿Cuándo te veré yo alegre como lo eras antes? —le dijo Rosendo.

—Ei día que me saque de adentro algo que no me deja vivir.



Y como saliendo de una súbita explosión de locura, preguntó a su compañero:

—¿Tu me quiere de veidá? No te impoita lo que te pida?

—Sabes bien que nunca te he negado nada.

—Entonce, esta noche, vamos a dai una vueita poi Guayabo Duice.

—¿Qué piensas hacer?

—Acompáñame, y ya verás.

Comprendiendo Rosendo, lo que tanto tiempo mantenía a Rudescinda en ese estado de desesperación, la habló como nunca lo había hecho.

—Oye, Rudescinda: te preciso que me digas lo que piensas hacer. Yo creo que tú no estás en tus cabales. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Cuándo te he dao cuenta de lo que hago?

—Nunca, pero yo te ruego que no vayas a dar un mal paso. ¿Qué vamos a hacer en Guayabo Dulce? Lo mejor es dejar esa gente tranquila y no buscar un lío que te pese.

—Si tu no quiere dir, diré yo sola. Eso es lo único que te digo.

Y quedaron en silencio, Rosendo sabía que a Rudescinda la ahogaban los celos. Y en un temperamento como el suyo, los efectos de ellos, eran algo más que la demencia. Los había callado, los había disimulado, hubiera querido sustituir aquel amor con otro, pero los preparativos de la boda de Anita Almánzar, se les antojaban en medio de su rabia, los de un funeral.

¿Cómo soportar ella, la mujer indomable, que se la humillara de ese modo? ¿Cómo dejar en el suelo el guante que la había arrojado aquella otra mujer? ¿Y cómo olvidar, que ella, los suyos, o alguien interesado en hundirla, la quisieran matar a traición?

Ella que era capaz de enfrentársele a un ejército; ella, que nunca tuvo miedo, ¿qué hacía que no caía sobre quienes habían destruído su felicidad? —se repetía sin hallar por donde dar con la calma de que era menester.

Y sin volver a hablarse, regresaron a la casa. Rosendo la miró con pena, ella lo miró con desconfianza.

En cuanto obscureció, ensilló un caballo, se armó y tomó una vereda que iba hacia el Arroyo Chocolate. Rosendo no quiso dejarla seguir sola, y la alcanzó cuando las patas de su montura chapoteaban en el cauce del pequeño río. No ganó la otra orilla, y al sentir que alguien la seguía, se dió cuenta de que era Rosendo, y le dijo:

—No cruce, porque si pasa algo, lo mejoi es no dejai huellas.

Como él sabía que era inútil insistir en hacerla regresar, la siguió arroyo arriba, hasta que después de algún rato se detuvo para decir a su compañero:

—Crucemos aquí.

Más tarde, le dijo en voz baja:

—Apiémonos, y sígueme.

Ataron al tronco de un árbol las cabalgaduras, procurando no ser vistos ni oídos. Rosendo se atrevió a decirle:

—Rudescinda, nos vamos a malograr para siempre.

Ella no contestó y siguió adelante. Se escucharon voces de personas que hablaban y luego, por entre los ramos de los árboles, se vió una casa iluminada.

¡Qué momento más emocionante!

Anita Almánzar había cruzado dos o tres veces a la vista de ellos, y como no se detuviera, Rudescinda dijo a Rosendo:

—Tira una piedra.

Y al caer cerca de la casa, ladró un perro, cacarearon las gallinas, resopló una bestia, y apareció Anita de pie en medio de la puerta.

Se oyó un disparo, y cayó muerta.

Por el cauce del Arroyo Chocolate, volvió a escucharse el chapoteo macabro de las patas de dos bestias.

Ni una palabra interrumpió la marcha de aquellos dos fantasmas. Cuando dos horas más tarde abandonaron el

cauce del arroyo para dirigirse a Los Hatillos, el rostro de Rudescinda se había transformado: los ojos hundidos, desaliñado el pelo, dilatadas las fosas nasales, presa en fin, de una inquietud desoladora.

Rosendo, desensilló las monturas, y la preguntó:

—¿Y ahora, qué haremos?

—Dueime tranquilo, y hate de cuenta que no pasó ná.

CAPITULO XI

Anita Almánzar se desplomó sin agonía. Una bala la había partido el corazón, y con los ojos abiertos, sin brillos casi, fué encontrada sobre las piedras de la entrada de la casa.

Don Aquilino fué el primero en llegar junto al cadáver, contempló la realidad desgarradora, se le escapó un suspiro, cobró alientos, y como ya asombrados había otros miembros de su familia en aquel escenario, se inclinó para levantar a la occisa, cuando alguno de los que le acompañaban dijo:

—Pónganla boca abajo para que el asesino no se aleje.

Y así lo hicieron mientras por rumbos distintos sus amigos buscaban las huellas del victimario. Se dió aviso al Alcalde Pedáneo para iniciar las indagaciones judiciales.

Dos horas de pués, el Alcalde había ordenado el levantamiento del cadáver y envió un expreso a El Seybo para que siguieran las investigaciones pertinentes el Juez de Instrucción y el Procurador Fiscal de la Provincia.

Las huellas de los asesinos no se encontraron, por sobre la tierra arenosa que daba a las márgenes del Arroyo Chocolate, se observaron las de dos animales. ,Unas, más pequeñas que las otras, las de un mulo, y probablemente, las de un caballo, luego, se perdieron en el paso del arroyo. Del otro lado, no había huellas, se las tragó el agua.

*

* *

Miradas torvas, lágrimas contenidas, se notaban en el rostro de los familiares de la víctima.

¿Quién mató a Anita Almánzar?

Sin que nadie se arriesgara a decirlo, todos coincidían en una misma suposición.

Había que preparar el cadáver, y las vecinas de más confianza cerraron la puerta del aposento que sería convertido en capilla ardiente. Los hombres del lado afuera formaban grupos y hacían lamentaciones y comentarios; los perros lamían el charco de sangre que quedara sobre las piedras de la acera, y por veredas y caminos se veían llegar dolientes y amigos de la familia inconsolable. Las mujeres, anegadas en lágrimas y exclamaciones; los hombres, adustos y solemnes para testimoniar a la familia de Anita su sincera condolencia.

Había que esperar a los representantes de la justicia, y mientras que llegaran, que sería no menos de seis horas más tarde, se acicalaría a la muerta, se la vestiría de nuevo, se la pondrían azucenas y azahares, y se rezarían muchos padrenuestros para conducir su alma al Trono de Dios.

El Jefe Pablo no tardaría, un expreso especial había sido despachado hacia El Seybo, con la dolorosa noticia.

Un velorio en el campo, casi en pleno monte, es algo que infunde pavor. Las lechuzas rondan por los alrededores de la casa, el olor de las células muertas las atrae y graznan enloquecidas ante la posibilidad de un hartazgo macabro.

Cada media hora es de rigor que se escuche a una espontánea o sincera plañidera que haga apologéticos recuerdos de las virtudes de la difunta, mientras un rítmico golpe de pilón es la única nota que interrumpe el silencio profundo que domina en el ambiente.

Más tarde, ya al filo de la media noche, ha de servirse café. Se ofrecen cigarros y cigarrillos y se comienza a hablar en voz baja.

Pero como no han llegado los representantes de la justicia todos creen oír el trote de sus cabalgaduras, o el de las de muchas personas que son esperadas.

La difunta estaba entre cuatro cirios que flameaban tocados por el aleteo de las moscas, o por el aire tímido que cruzaba por la estancia.

Ya todos se habían detenido para contemplarla, y ya se habían acomodado junto al lecho mortuario las mujeres de la familia.

Afuera, los perros aullaban, de vez en cuando se escuchaba el resoplido de un caballo nervioso, o el crepitar del fuego en la cocina en donde constantemente se echaba leña nueva para que no desmayara el brasero.

Eran ya las cuatro de la mañana, los gallos comenzaban a batir sus alas para cantar al día que se aproximaba, y algún ruiseñor comenzaba a gorjear sobre el ramaje de un montículo distante.

Al fin, se oyeron por el camino los pasos de los jinetes de la ley que se presentaban.

—La Justicia —exclamó alguien.

Y no era la Justicia, era la mayor autoridad de la Común, el General Santillana.

Aún cuando fuera de madrugada, dió las buenas noches. Venía acompañado de algunos de sus hombres de confianza.

Don Aquilino se apersonó para recibirlo y agradeció el pésame que en un abrazo le daba el General.

Se alejaron a un lado del patio, y hablaron en secreto.

El ambiente que acogía al General no le era absolutamente propicio.

Penetró con Don Aquilino al aposento en donde yacía la víctima, y descubriéndose con respetuosa solemnidad, exclamó:

—¡Qué desgracia!

Cuando abandonaron aquella estancia, se escucharon de nuevo otros ruidos por el camino que daba a la casa. Eran ya los claros del día. La Justicia se apoderaba del caso, y comenzó la investigación.

El General Santillana se volvió a Hato Mayor y se fué directamente a la casa del Padre Sepúlveda.

El interrogatorio iniciado por la Justicia fué tan laborioso que duró tres días. El caso era positivamente complicado y sensacional.

Anita Almánzar, su historia, sus amoríos comenzaron a ser la única cosa comentada por el público, y el público unánimemente repetía esta pregunta:

—¿Quién mató a Anita Almánzar?

El Jefe Pablo se presentó al amanecer y con un gesto de profunda angustia contempló el cadáver de su amada muerta. ¡La había querido tanto!...

Averiguó el rumbo del proceso que se comenzaba, hurgó detalles, armonizó sospechas y recomendó a los encargados de la Justicia remover cuanto fuera necesario para llegar a conclusiones categóricas.

El Jefe Pablo era un hombre honrado, decente, y quería que se obrara con energía. Aquel crimen repugnante le pedía desentrañar del misterio la verdad para que su sanción fuera rigurosa.

El enterramiento de la víctima fué una manifestación de simpatía tan elocuente como conmovedora.

El General Santillana que no ignoraba hacia donde se volvían las sospechas, cuidadoso de su honor, prestó todo su apoyo a la Justicia, se manifestó profundamente apenado por aquel doloroso suceso, y se entregó a cooperar en la averiguación de la tragedia sombría.



Después de una minuciosa faena, los encargados del proceso se trasladaron al poblado de Hato Mayor. El Procurador Fiscal ordenó llamar para hacerla un interrogatorio a Rudescinda de los Reyes.

Ella ofreció presentarse; pero quiso antes hablar con el General Santillana que desde hacía días eludía su contacto. No pudo verlo, y esto la causó gran preocupación.

Frente al Juez de Instrucción, su actitud fué serena. Manifestó su extrañeza ante ciertas preguntas del Juez, y se volvió a Los Haillos creyéndose libre de toda responsabilidad.

Días después, Rosendo fué citado, sufrió un interrogatorio largo, y lo mismo que Rudescinda manifestó extrañeza frente a las interrogaciones del Juez; pero con todo, quedó detenido.

Cuando Rudescinda se enteró de ello se presentó a las oficinas provisionales del Juez, y violenta y audaz lo amenazó. El Procurador Fiscal, ordenó su detención.

Ya, de un modo más enérgico llamó al General Santillana. Cuando lo vió entrar al departamento que se había elegido para su detención, le dijo:

—Poi fin, Generai. Yo creí que uté se había mueito

—A tus órdenes, Rudescinda, —le contestó el General.

—¿Quién es que manda aquí, uté o ei Ficalito ese?

—En este caso, Rudescinda, mi autoridad no puede intervenir.

—Pero ei Gobieino, sí.

—La Justicia es parte del Gobierno

—Quié desí que uté no pué hasei ná.

—Nada, Rudescinda.

Y mirándolo de arriba abajo, y de abajo arriba, murmuró con ironía y amargura:

—Miren que poiqueria tiene ei Gobieino aquí.....

El General Santillana la dió la espalda y resolvió no atender a ninguna demanda suya. El era un hombre serio de reputación muy limpia y no quería verse envuelto en un asunto tan feo como aquel.

Al otro día, Rudescinda y Rosendo fueron conducidos a la cárcel de El Seybo, en donde se les incoaría un proceso como presuntos culpables de la muerte de Anita Almánzar.

En Los Haitillos la noticia conmovió a cuantos por allí vivían. Don Alejandro siguió tras de su hija deseoso de prestarle cuanta ayuda le fuera posible.

El Jefe Pablo siguió con interés el proceso, y sinceramente afectado por la tragedia, se negó a toda relación con los acusados, y muy particularmente con la acusada. Su nombre era digno de las mayores consideraciones y entendía que era imprudente inmiscuirse en una cuestión tan poco limpia.

El Procurador Fiscal de El Seybo, no parecía, o no quería ser imparcial. Rudescinda fué acusada de dar muerte a Anita Almánzar en complicidad con cuatro compañeros: Rosendo, y tres sujetos que la Justicia unió a la responsabilidad del crimen.

Ella y Rosendo, sin embargo, parecían ser los culpables del hecho. Los otros tres, se aseguraba por lo bajo, eran falsos testigos, e inventados cómplices, con el fin de reunir pruebas en contra de la acusada, a quien el Fiscal parecía guardar una profunda enemiga política.

Eran ellos, precisamente, los únicos que se declararon culpables, confesando haber acompañado a Rudescinda y a Rosendo la noche del crimen.

El Tribunal de El Seybo, sin atender a la confusión que prevalecía en el hecho, ni a la defensa de los abogados que alternaron en representación de Rudescinda, condenaron a veinte años de prisión a ésta, y a cinco años a Rosendo y sus demás presuntos cómplices, condenación que los tres últimos burlaron más tarde aprovechando la sospechosa negligencia de su carcelero.

Rudescinda, con elementos económicos ampliamente poderosos para ampararse en el recurso de apelación que le daban las leyes, pidió la continuación de su proceso por ante la Suprema Corte de Justicia.

Mientras se llenaban los trámites de este recurso la plaza de El Seybo, como era tan frecuente en aquellos días, fué asaltada por un grupo de revoltosos que merodeaban

por sus campos, y Rosendo que quiso aprovechar esta oportunidad para fugarse, fué muerto de un balazo ya en las afueras de la ciudad.



Como detrás de Rudescinda brillaban tentadoras muchas onzas de oro, sus abogados encontraron fácil su traslado a la ciudad capital, sede de la Suprema Corte de Justicia.

El General Santillana y el Jefe Pablo, que realmente nada tenían que ver con el doloroso incidente de Guayabo Dulce, desaparecieron para siempre de la esfera en que se debatían los comentarios suscitados alrededor de la vida de Rudescinda. Ella representó para ellos un capricho de juventud que no debía valer el sacrificio de su tranquilidad. Sufrieron la pena honda que todo suceso lamentable inspira y se conformaron con el noble concepto que de su reputación tenían sus coterráneos.



El Gobierno parecía haberse enterado de los apuros de su amiga con alguna tardanza. Pero tan pronto como fué trasladada a la cárcel de la Capital, se la ofreció toda clase de distinciones. Un salón pequeño y limpio, decoroso mobiliario, atención sin precedente, y hasta la visita de las más grandes autoridades, fué el ambiente que propició su presencia en lo que aun así, se denominaba, cárcel.

Los últimos días pasados en El Seybo la afectaron tanto que había adelgazado, y con la noticia de la muerte de Rosendo se sentía deprimida y un tanto acobardada.

Todo la había sido inconsecuente, sólo su padre se mantuvo cerca de ella sin omitir gastos ni perder la esperanza de salvarla.

Cuando ganó la puerta de la Fortaleza sintió la sim-

patía que acogió su presencia, reaccionó como de un gran cataclismo moral.

Pensó en su aliño, volvió a sonreír. Ya instalada con tan sorprendentes solicitudes, la vida volvió a sacudirla.

Muchos de los oficiales y soldados que se le acercaron, eran compañeros suyos de la Campaña de Los Montones.

—Esta es de las nuestras —decían unos.

—Esa es una mujer de pelo en pecho —exclamaron otros.

Y ya al anochecer, se la ofreció cena suculenta traída de un hotel, la visitó el Jefe de la Plaza, y la aseguró, que allí nada tendría que temer.

Aquella noche durmió como hacía mucho tiempo que no lo lograba.

—No estoy sola —pensó.

Y no lo estaba, ardían aún muy vivas las pasiones políticas para que la memoria de los héroes de Los Montones la fueran infiel.

Y así, como después de una larga tempestad basta un diminuto claro azul en los cielos para que la vida se llene de promesas, en las tormentas del alma basta el amanecer de una sonrisa para que también la esperanza la ilumine.

Y a medida que los días pasaban, Rudescinda rehacía sus mejores energías, sus naturales inclinaciones, y sus impulsos característicos.

Así, entre hombres, entre soldados, entre los aprestos bélicos que se sucedían, confundida con la tropa, paseándose a caballo por el gran patio de los cuarteles, impregnada de perfumes su lujosa habitación, amanecía más acicalada que para un baile todos los días. Se sintió agasajada y solicitada por cuantos allí eran, o querían ser para la causa política del momento.

Tres de los mejores abogados de la Capital defenderían su nombre ante el Supremo Tribunal de la República. Ella tenía fe en ellos, y ellos veían en ella un caso interesante para lucir sus dotes jurídicas.



Cuando salían tropas para sofocar los movimientos revolucionarios que en el Sur de la República no apoyaban la continuación del régimen constituido, Rudescinda repartía oraciones y amuletos entre los soldados para que se sintieran protegidos por el Santo de su devoción.

Su vida en los cuarteles era un dón que les había deparado la fortuna, era ella la protectora constante de aquellos obligados reclutas condenados a perecer de suciedad o de inmisericordia.

Las consideraciones que se dispensaban a Rudescinda como importante adepta a la política triunfante, la constituyeron en un elemento influyente para dirimir muchas divergencias cuartelarias.

Quien por una infracción de orden disciplinario caía con los pies en un cepo, después de la patética reprimenda de una docena de sablazos en las espaldas, pedía a Rudescinda mediara en su favor, y ella, casi siempre, alcanzaba su perdón.

Quien hacía una pérdida crecida en el juego, y se veía sin la ración que le correspondía, buscaba la dadivosa mano de Rudescinda que indefectiblemente se tendería para socorrerle.

Cuando venían sus familiares y amigos de Los Hatillos a visitarla y traerla obsequios de gran valor, se mostraba contenta, y prometía su más pronto regreso a la casa solariega.

—Aquí etoy entre gente, no se preocupen poi mí. A esa Justicia dei Seybo le voy a dai una lección y al fiscalito le va a pesai to lo que me ha hecho.

Las noticias que le traían de su hija eran buenas, estaba perfectamente atendida por la Juana.

Pero con todo, había algo en su vida que se sentía tronchado, que la hacía pensar en sus horas tranquilas en lo que para ella constituía un vacío profundo, y era el recuerdo de

su íntimo compañero, de Rosendo, muerto por ella, y por ella siempre lamentado.

El había sido refugio de sus angustias, remanso de su espíritu, reducto amable de sus confiadas expansiones sentimentales, y a las veces, amorosas.

El, la amó sin egoismos, sin más voluntad que su capricho de mujer inconsistente en la pasión. Era su amor pródigo, silencioso, inconsciente, rendido, obra modelada por las complejas perturbaciones de su inquietud de enajenada.

Tres meses discurrieron sin que ella llegara a aburrirse de su excepcional vida de presidiaria. Las primas noches, en tiempos de acuartelamiento, eran en su habitación amenas y bulliciosas. Como era rica, nunca faltaba en su despensa el mejor vino y los más agradables manjares. El Jefe de la Fortaleza era su amigo, y una que otra noche la sacaba de paseo por la ciudad recorriendo en coche los sitios más interesantes.

Ella se sentía encantada, estaba a punto de ser lo que siempre fuera su obsesión, algo que mandaba en aquel recinto, algo que se tenía en mucho para influir en los problemas interiores de aquel sector militar.

Sus abogados la visitaban con frecuencia, y para ser interrogada se hacía conducir por un oficial de alta graduación del Ejército.

Logró poner entre todo lo que la rodeaba un poco de olvido, el crimen que allí la había llevado, apenas si era recordado por ella.

Y era que en su espíritu no desmayaba nunca su afán de mandar cuanto le estaba cerca. Sus relaciones con el Jefe de la Fortaleza se fueron intensificando hasta que una noche, y otras, le abrió las cortinas de su alcoba para recibirlo en sus brazos.

Y entonces, la soldadesca comenzó a ver en ella algo más que una consentida del Gobierno, la autoridad de quien la disfrutaba se reflejaba en ella, y ella gustaba de hacer visible su cómoda posición.

¿La guiaba un sentimiento de amor en aquella extraña aventura?

Estaba demasiado lacerado su corazón para que en su vida floreciera tan fácilmente una ilusión.

Pero algo para ella, tan grande como cualquier otro de sus desvíos, la empujaba, y no era otra cosa que el poder de que estaba investido su nuevo amante.

El era un hombre de incuestionable valentía y a ello debía la confianza que en su lealtad depositara el Gobierno al entregarle el sector más decisivo para la estabilidad del orden.

De modo que ya Rudescinda columbraba sus planes de revancha para el futuro, sintiéndose muy otra frente a quienes la llevaron a la cárcel.

Su altanería, su indiscreción, sus desplantes, pusieron en guardia al Comandante de Armas, que ofreciendo comentarios poco honrosos alrededor de una famosa delincuente, perdía prestigio, y ponía en peligro su posición.

Temeroso de ello, comenzó por hacer menos frecuente su contacto con ella, y sin tratar de herir sus complacencias, sabiendo como sabía, el apoyo que la daban los elementos más influyentes del Gobierno, trató de desligarse de los derechos que ella se atribuía para reclamar su compañía.

Rudescinda lo advirtió, y herida en su amor propio, tal vez para inspirarle celos, inició hábiles coqueteos con un sargento nombrado Samaná, cuya fama de valiente hombre alguno hubiera podido descutir.

El Jefe de la Plaza se dió cuenta de ello, y sin darse por enterado aprovechó estas circunstancias para colocarse más lejos de ella.

Su terquedad, su violencia, la llevaron a recibir al sargento en su lecho, y entonces el Jefe de la Fortaleza se sintió resarcido de aquella aventura peligrosa.

Los días pasaban, y para evitar complicaciones funestas, el sargento fué trasladado a otra provincia.

Rudescinda pensó que esta disposición era una expiación de despecho de parte de aquel Jefe, y sonrió, pensando

do con esa mentalidad atrabiliaria que la dominaba, que el miedo, más que otras cosas, lo había inspirado.

No quiso arriesgarse a nuevas aventuras y siguió su vida entre los soldados y oficiales, que a pesar de las cosas que se murmuraban, disfrutaban de sus relaciones y de sus dádivas.

Sintió deseos de que se activara su proceso, y llamó repetidas veces a sus abogados, pero aún parecía tardar el turno que correspondía a su audiencia.

Un poco olvidadas ya las intrigas de sus amoríos con el Comandante y con el sargento Samaná, serenóse un poco su caracter y anheló volver a Los Hatillos.

La audiencia en que había de conocerse de aquel proceso, era esperada con vivo interés por el público capitalaño.

La Parte Civil estaría representada por dos reputados jurisconsultos. El uno, un poeta que sabía poner color y vida a los reclamos de la vindicta pública, y el otro, un abogado novel de fácil palabra en el foro.

En ese instante, en que las pasiones políticas influían decisivamente en todos los veredictos, no era exagerado imaginar, que por lo menos, la simpatía de los jueces no sería adversa a las atenuaciones que pudieran invocarse para aminorar las responsabilidades dudosas de un crimen no bien esclarecido.

Rudescinda era de un color político mconfundible, los jueces no eran indiferentes a los matices que la caracterizaban; el ambiente general la favorecía, y los hábiles abogados que sustentarían su defensa, se tenían por sabido, que de no haber un apoyo legal y decente para considerar su culpabilidad, ellos tendrían un gran campo para llevar a feliz éxito la base conveniente de sus alegaciones jurídicas.

Rudescinda se había callado cuanto pudiera comprometerla, y sus defensores se preparaban para luchar sinceramente en favor de una acusada real y positivamente inocente.

La sentencia del Tribunal de Primera Instancia de El Seybo, se fundaba en la declaración de tres testigos, a la vez

acusados y confesos, cuya responsabilidad comprometía a Rudescinda y a Rosendo. A la primera, como autora directa del hecho. Los tres testigos habían desaparecido por fuga, y por muerte, Rosendo.

Todo lo demás se basaba en mera suposición, en la enemiga que separaba a las familias de la víctima, y de la presunta victimaria.

De modo, que el caso para los abogados de Rudescinda, era diáfano por demás.

El tipo de ella despertaba curiosidad, y era de historia y perfil impresionantes.

Ella se daba cuenta de su sensacional renombre, y más que preocupada se sentía ufana viéndose así en el momento más emotivo de su personalidad.

Cuando se dirigía al Tribunal vestía con lujo deslumbrador, y pasaba por entre las calles circundada de miradas inquisidoras, de veladas exclamaciones. En los balcones, en las ventanas de las casas y en todo el trayecto, el público se detenía para verla pasar. Uno que otro amigo del Gobierno la saludó con cariño y ella contestó a estas manifestaciones de simpatía con una orgullosa sonrisa.

Cuando regresó a la Fortaleza su rostro parecía iluminado de triunfo. Los soldados la abrían hueco para que pasara entre los efusivos testimonios de cariño que ellos la tributaban.

—¿Cuándo es la cosa, Rudescinda? —la preguntaban unos.

—¿Cómo va eso? —la preguntaban otros.

Y ella, satisfecha, segura de su victoria, contestaba:

—To ta bien, muchachos. Pero hay que esperai un poquito toavía.

CAPITULO XII.

Mientras Rudescinda había encontrado un ambiente tan tolerante en la singular condición que se la ofrecía en la Capital, en Los Hatillos la vida era como un calvario para su padre y para sus amigos. Veinte años de presidio no era cosa para sembrar esperanzas. La hostilidad con que se les trataba desde que Rudescinda parecía una mujer perdida, había cambiado totalmente el aspecto de aquel entristecido paraje. Desarmados, vigilados, humillados y escarnecidos por cuantos transitaban por su vecindario, permanecían pensativos, apocados, aferrados a una sola idea de redención, que ella fuera juzgada con menos pasión y con mas justicia.

La amistad del Presbítero Sepúlveda, alejada de Rudescinda, pero no de D. Alejandro, era la única fuerza de consuelo que mitigaba el dolor del padre confundido.

La sentencia del Tribunal de Primera Instancia de El Seybo, puso un poco de tierra en cada mano para sepultar el recuerdo de la supuesta victimaria.

Nadie se atrevía a levantar la voz en su defensa; todos veían en Los Hatillos la casa maldita, y por consecuencia, malditos también todos aquellos que vivían bajo su techo.

D. Alejandro consideraba sinceramente inocente a su hija, y le dolía muy hondo su situación. Para salvarla, no omitía gastos, hacía frecuentes viajes a la Capital para estar al corriente del estado del proceso, no siendo raro que a

las veces, conversara de esta suerte con el Padre Sepúlveda:

—Yo creo que mi hija tendrá que salir bien, ella es inocente, yo se lo juro.

Y el Presbítero serenamente contestaba:

—Mientras no lo diga la Suprema Corte, me limitaré a esperar lo que Dios considere más justo. Me he mantenido al margen de los sucesos porque mi misión es de amor aquí en la tierra. Ojalá sea como usted tan justamente lo anhela. Sentiría mucho, al abandonar esta parroquia, no poder perdonarla como Dios me lo mandaría.

—¿Y es que nos deja usted?

—Sí; así me lo han ordenado, y como mi vida ha de ser siempre de deberes, en dondequiera que me halle, pediré al Señor por todos los que necesitan de su ayuda.

—¡Cuánto lo siento, Padre! Hubiera querido que si Rudescinda regresa a nuestro lado, fuera usted el primero en reconciliarla con la Iglesia y con su Amor.

—Ojalá que así fuese.

*
* *

La familia Almánzar, por otro lado, no cesaba de buscar mayores pruebas para comprometer a Rudescinda. Odio que no dormía, brotaba de sus rencores.

Anita Almánzar había sido el orgullo de su casa. Su muerte había sacudido hasta lo más recóndito de la vida de aquella gente. Para quienes han vivido siempre lejos de las filosofías que enseñan a suavizar las conclusiones de las cosas fatales, no hay fuerza que tienda a disminuir, sino saña que impulsa a destruir lo que fuera causa del mal que más se siente cuanto más se piensa.

Para cerrar el paso a toda atenuación del hecho consumado, ellos, también, disponían de cuanto les fuera dable, abogados y dinero, pruebas y amenazas.

Y así, cuando Guayabo Dulce era el punto en donde convergían todas las malquerencias contra Los Hatillos, los

ultrajes sin medidas llenaban de impropiedades la vida de Rudescinda. Por su lado, Los Hatillos, parecían esperar la hora de su redención.

Y ante el desarrollo de estas irreconciliables divergencias, prudente parecía que el Ministro de la Iglesia se abstuviera de inclinarse a favor, o en contra, de los sufrimientos que ponían tanta amargura en el justo dolor de ambas familias.

Por la prensa que leía estaba al corriente de los sensacionales preparativos del Juicio que pronto tendría lugar en la Suprema Corte de Justicia. Sabía que los testigos a cargo habían accidentalmente desaparecido, que Rudescinda disfrutaba de muy especiales consideraciones en su calidad de acusada de un crimen abominable, presentía que algunos detalles inesperados favorecerían un poco a Rudescinda, y aguardaba ansioso la sentencia que daría, al fin, luz en este singular proceso.

Veía con pena la horrible inquietud de aquel anciano amigo suyo que durante tantos años había sido su contertulio permanente.

—¿Por qué —se preguntaba, condolido con su pena— tocó a su vejez tan ingrata suerte?

Pero cuando buscaba contestación a esta inquisitiva dolorosa, volvía sobre el mismo tema:

—¿Por qué tocó a este buen hombre sufrir tragedia tan desoladora?

Y entonces, se alegraba de estar en vísperas de abandonar aquella Parroquia.

—Así por lo menos, me libraré de la contrariedad de llorar con ellos la irremediable angustia que ya no acabará jamás —murmuró.

El Padre Sepúlveda era un santo varón de cuyo espíritu irradió siempre la tolerancia para juzgar la vida de los demás. Prefería fracasar por la obra del bien demasiado pródigo, que por la del mal en su forma más estricta.

Cuando creyó llevar la felicidad a una esperanza, gozaba con extremar sus proporciones, y así como supo con-

ducir por un camino de austeridad a los que recibieron los primeros impulsos de su enseñanza, se sintió apocado frente a las complicaciones sociales que habían surgido en los últimos tiempos del ejercicio de su Ministerio en aquella Parroquia.

Había, inutilmente, luchado contra la vesánica perturbación moral de Rudescinda, y se enfrentó, más de una vez, a las manifestaciones de sus fallas espirituales, y sólo cuando la creyó culpable de aquel despropósito sangriento, huyó de su contacto considerando inútil todo intento de llegar a la verdad, o la duda, cuyo saldo trágico deploraba.

Oía, aún cuando no lo quisiera, los rezos de la doliente familia que todos los días pedía a Dios justicia y castigo.

Y como la nube que se llenó para vestirse en agua pura, sintió que al acercarse el día de su partida, iba a saltar por encima de las penas que entristecían el ambiente, y concluyó en que Dios haría lo mejor en obsequio de sus creyentes.

Dijo su última misa, y al hablar a la grey, rogóle sencillez y fé en nombre de los Cielos.

CAPITULO XIII.

Las decepciones amorosas de Rudescinda habían dejado en su alma tan profundas huellas, tan inexplicables desazones, que la hicieron preguntarse muchas veces: ¿Por qué los hombres no me quieren?

Quizá hubiera encontrado una respuesta sugestiva delante de Rosendo; pero él estaba muerto.

Además, ¿fué lo que entre ellos existió, lo que propiamente puede llamarse amor?

Si siguiéramos la vida de sus manifestaciones eróticas acaso nos encontraríamos con un caso raro en su ser. Rosendo fué en su vida, no un elemento decisivo de su amor, mas bien, podría afirmarse, fué un complemento de éste.

Cuando Rudescinda actuaba despojándose de toda sordidez, era francamente, animalmente sensual, buscaba su contacto para satisfacer lo que carnalmente era más obediente a un escape de su dinamismo sensual. Como al final de todo hecho consciente sigue la imperativa angustia del morbo desfallecido, la inexpresión de la amorosa abulia pone siempre en la idea de lo futuro la seguridad liberadora del silencio. Y ella, era mujer para Rosendo, cuando para serlo la bastaba responder a uno solo de sus sentidos, apagando el ritmo de los otros.

Había modelado a Rosendo de manera tan singular, que la mujer para su vida estaba totalmente en ella.

Por eso jamás lo olvidó, aún cuando no fuera ni la sombra del hombre que sus inquietudes perseguían. Fuera de

esa confusión libidinosa, su ambición fué siempre el hombre valeroso, aventurero, famoso, representativo del bien (del mal, pero robustecido por una condición excepcional de mando. En ella, mandar, sentirse obedecida, superar a quienes buscaran su contacto, era la única forma de vida que la subyugaba. Ser un caudillo discutido, un nombre excepcional en las crónicas de ese torbellino de pasiones que arruinaban su país, era su más grande aspiración, su gloria más ambicionada.

De ahí que, cuando días antes de la vista de su causa en la Suprema Corte de Justicia, se atreviera el Jefe de la Fortaleza tocar sus puertas impulsado por la embriaguez para pedirle un poco de ternura, ella le abrió para preguntarle:

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo, Rudescinda.

—¿Conmigo?

—Sí, déjame entrar.

—Aquí, no. Tu mandas en tus soldaos, y yo mando en mí.

—No seas así. Déjame entrar —insistió el Comandante.

La contestación fué dramática. Quien la despreciaba una vez no podría encontrar en ella jamás un perdón. De modo que, apañando un revólver que llevaba escondido, para cerrar de nuevo la puerta, le dijo así:

—Oye, tú sabe que yo me he querío con el sargento Sanaña, pero como tú no tienes veigüenza, te has hecho el chivo loco.

—Rudescinda, déjame pasar y no hables tonterías.

—¡Pasai, nunca! Yo no soy una mujei que se levanta la faida pa ningún hombre pendejo.

Y esta categórica respuesta, era el estampido de esa dignidad sombría que sabe aparecer en los detritus de las almas despojadas de toda fé.

Cuando volvió a verse sola, lloró. Las lágrimas en ella nunca fueron manifestaciones de dolor, ni físicos ni espirituales, cuando lo hacía, era por soberbia, o por impotencia frente a algo que no podía destruir, o vengar.

Aquella escena con el Jefe de la Fortaleza que ella tenía derecho a pensar que había dejado en sus entrañas el fruto de una pasión cariñosa, la llevó a la creencia de que se la consideraba como una mujer cualquiera.

Y allá, en el silencio de su alcoba, se mordía los labios, bebía llanto, y murmuraba:

—Sinveigüenza, debí matailo como un perro.

Con todo, haberlo despreciado aquella noche la daba cierta satisfacción. Logró hacerle comprender la diferencia de la mujer que él se había imaginado, y la que positivamente era ella, que ni se vendía, ni se daba sino por su propio capricho o frivolidad.

El hombre que no fuere elegido por ella jamás habría obtenido la más insignificante tolerancia para acercársele. Por eso la dolía tanto que la separación de un hombre alejado por ella, siempre fuera obra de la ingratitud o del desinterés de él. Siempre se fueron de su lado cuando ella no les había acabado de querer.

CAPITULO XIV.

Después de varios días de tregua, los abogados de Ruscinda habían celebrado con ella la última entrevista. La Audiencia para conocer de la apelación interpuesta contra la sentencia del Tribunal de Primera Instancia de El Seybo, tendría lugar al otro día.

Despidió a sus defensores, pidió un caballo para, como de costumbre, recorrer repetidas veces el gran patio de la Fortaleza, y vistió con lujo ante los ojos de los soldados que siempre la vitoreaban por su indiscutible habilidad de gran jinete.

Estaba nerviosa, y quería disimularlo. No era para menos, frente a ella se perfilaba el misterio de un tribunal que podría, lo mismo, dejarla en la cárcel, que devolverle la libertad.

¡Cuántos recuerdos asaltaban su pensamiento! Hacía, sin quererlo, un resumen melancólico de su vida.

Allá, lejos, Los Hatillos, su juventud inquieta, sus amores, su primer ensueño hecho pedazos por la ingratitude y la crueldad de Eduardo Zambrana. Luego, el enigma de ese cariño sin respuesta del General Santillana; más tarde, el Jefe Pablo, su iniciador en los verdaderos misterios del amor, y como un hilo engarzado, como las garras de una trepadora sumisa, constante, obediente, tímida, la imagen de Rosendo, que fué en ella, desde su niñez, la clara y siempre serena fuente en que solía mitigar, sin saciarla, su gran sed de ternura.

—Todo lo he alcanzado, menos el amor —pensaba— y sin embargo, por él, cuánto he sufrido.

En toda lucha espiritual hay siempre alguien ante quien quisiéramos aparecer digna de un perdón, y ella, cuando después de mucho divagar se detenía frente a la vida, veía siempre en su fondo el rostro amable de sus padres, y la parecía oír la voz persuasiva de su maestro, el Presbítero Sepúlveda.

Oírlo hablar como lo hacía cuando su niñez tan solo adivinaba un poco de verdad en sus preceptos, se le antojaba indispensable al final de aquel drama en que se debatía. Por eso, cuando se enteró de que probablemente no estaría en Hato Mayor a su regreso, si salía libre de aquel proceso, la hacía suponer que encontraría incompleto el panorama de sus predios solariegos.

Los pasos de la ronda que hacía servicio aquella noche en todos los puntos estratégicos de la Fortaleza, era lo único que la hacía volver de sus meditaciones.

Qué noche tan larga, pensaba, quizá sería la última en aquel ambiente; quizá, la primera de una serie de interminables angustias, si le caía encima una sentencia desfavorable.

Así, confusa, aturdida, casi con miedo, las horas transcurrieron sin que ella se decidiera a dormir. No hubiera podido lograrlo al borde del enigma de su futuro, y esperó inquieta las primeras horas de la mañana.



Un traje blanco, de cola, que cubría los altos tacones de una elegante bota de la época, envolvía a Rudescinda cuando ganó el último peldaño de la escalera que conducía hasta muy cerca de la Sala de Audiencias de la Suprema Corte de Justicia.

Un oficial del Ejército elegantemente uniformado la condujo hasta el banquillo sobre el cual se sentaría para escuchar las acusaciones, su defensa, y los debates que se

iban a suceder. Dos trenzas negras pendían de su cabeza, y en rededor de su cuello se veía una cadena de oro macizo que terminaba sobre su pecho con una medalla de la Virgen de la Altagracia vaciada en relieve.

El público se apiñaba en los balcones y pasillos que daban a la pequeña sala en donde habría de ser juzgada la heroína de un crimen, discutible para la defensa de sus abogados, y negado rotundamente por su defendida.

En su rostro, más que temor, se destacaba orgullo. Para aquellos del público que le eran conocidos, tenía una sonrisa, para los demás, una actitud suave y reservada.

En un departamento convenientemente dispuesto para el caso, estaban los testigos de cargo y de descargo. Cerca de ella, Don Alejandro, nervioso, casi aplastado frente a la mirada escrutadora de los que conocían su papel en ese complicado drama.

Sonó una campanilla, y el Alguacil de Estrados dió lectura a los motivos de aquella audiencia. Ya los abogados de Rudescinda habían tomado asiento, estaban perfectamente documentados sobre el proceso, y parecían tener seguridad en los puntos de su defensa.

Frente a ellos ocuparon asiento los abogados que representaban la parte civil. En sitio preferente, el Procurador de la Corte.

En el centro, frente a un crucifijo, ocupó asiento el Presidente de la Suprema Corte, y a su derecha, y a su izquierda, los dos jueces que completaban la composición de ese Alto Tribunal.

Hacía un año que el llevado crimen de Guayabo Dulce mantenía perturbado y expectante a los pobladores de Hato Mayor del Rey, y muy particularmente, a los de las secciones de Los Hatillos y a los de la cuna de la víctima.

Innegablemente, Rudescinda era dueña de la opinión de los pobladores de su región. Todos confiaban, más que en la imparcialidad de la justicia, en el poder político de ella. El régimen le era favorable, su historia en las filas y en el triunfo del Partido que gobernaba el país eran credenciales

que debían pesar mucho en el ambiente en que se resolvía su suerte.

El odio cree obrar con justicia cuando alcanza a castigar a su enemigo, y el amor cree ser noble cuando en circunstancias aflictivas para su amigo, lo pone a salvo de un peligro.

En los corrillos del Tribunal las simpatías por la acusada eran visibles, y ello podía mucho en la conciencia de aquellos que tenían que juzgar hechos ya descoloridos por el tiempo, y demasiado intrincados por la ausencia de los testigos que pudieran ratificar las pruebas que fueron base de la condenación que produjo el Tribunal de Primera Instancia de El Seibo.

Todo parecía favorecer la inculpabilidad de la acusada. Los interrogatorios fueron breves, y a falta de los principales testigos, se dió lectura a sus declaraciones.

El Procurador General de la Corte no tuvo toda la elocuencia, ni toda la fuerza de razones que lo hicieran aparecer como representante de una sociedad indignada. su acusación fué, más jurídica, que moral, y por ello los abogados de la defensa pudieron establecer dudas tan poderosas que no era difícil entrever cuál sería el desenlace de aquel proceso.

De sus pintorescos detalles daremos a grandes rasgos, la forma en que fueron expuestos por la defensa:

Anita Almánzar había aparecido muerta a la puerta de su casa.

A la noticia de ese asesinato acudieron las autoridades judiciales, y sólo pudieron comprobar, que del Arroyo Chocolate partían hacia la residencia de Anita Almánzar, en Guavabo Dulce, las huellas de un caballo y de un mulo que, definitivamente, quedaran marcadas por un poco de lluvia caída horas después del suceso.

También quedaron marcadas en sentido contrario de la casa de Anita a la orilla del Arroyo Chocolate, de donde habían salido.

Esto hizo presumir, dadas las rivalidades entre Ruscinda y Anita, que la primera fuera autora, o cómplice

de la muerte de la segunda, y a robustecer esa presunción encaminó sus gestiones el Juez de Instrucción de la Provincia de El Seybo, haciendo comparecer, a más de Rudescinda, otros individuos, y muy particularmente, a Rosendo, quienes declararon, éste último, que ignoraba todo lo ocurrido, y los otros tres, que habían acompañado a Rudescinda y a Rosendo hasta Guayabo Dulce la noche del crimen; y que siguieron con ellos hasta quedar apostados frente a la casa de Anita Almánzar, y que fueron montados, Rudescinda en un caballo, Rosendo en un mulo, y ellos en sendos caballos.

Hizo el Juez de Instrucción una pesquisa en los potreros del padre de Rudescinda, y al decir de la instrucción encontró debajo de un bosquecillo un "Remington" y algunas cápsulas, no siendo citados para esta investigación y comprobación, ninguno de los presuntos autores del crimen, como lo requiere la ley.

A la vista de la causa en el Tribunal de El Seybo no comparecieron los testigos a cargo, porque se habían fugado de la cárcel después de su declaración frente al Juez que instruyera el proceso.

Sin embargo, Rudescinda fué condenada a veinte años de prisión, apelando de aquella sentencia. La pesquisa hecha y que sirvió de fundamento al proceso, evidenciaba que del Arroyo Chocolate salían las huellas de un caballo y un mulo hacia la casa de Anita Almánzar, y de la casa de ésta, hacia el Arroyo Chocolate. La sentencia de primera instancia exhibía como buenas las declaraciones de dos supuestos coautores que aseguraban haber acompañado a Rudescinda y a Rosendo montados en sendos caballos, que no dejaron huellas en el camino, no obstante la humedad de la tierra, y sí sobre las huellas de un caballo y un mulo. Lo que presentaba este cuadro: o sólo fueron un caballo y un mulo, o tenían que convenir en que, de las cinco bestias que transitaban por allí, dos lo hicieron por el aire, o por encima de los árboles, estableciendo una posibilidad absurda.

Reducido el proceso a una sola constatación, porque la pesquisa llevada a cabo por el Juez de Instrucción, que dió

por resultado el encuentro de un "Remington" y algunas cápsulas en el potrero del padre de Rudescinda, resultaba nula, dado el hecho de que este representante de la justicia acudió al lugar del hallazgo acompañado solamente por el Comisario de Policía de El Seybo sin hacerse acompañar de los prevenidos.

La Corte se vió desprovista de todo elemento que no fueran las huellas de un caballo y un mulo que partían del Arroyo Chocolate hacia Guayabo Dulce y que regresaban en sentido inverso.

Ante tales confusiones, después de larga deliberación, frente a la curiosidad de un público fatigado, la Suprema Corte de Justicia que consideró que los hechos no establecían una presunción tan cabal y tan precisa que la llevara a condenar a la acusada, la declaró absuelta.

Aquel fallo dejó atónitos a unos, y satisfechos a otros. Rudescinda lo recibió entre las felicitaciones de sus abogados y de muchas personas notables allí presentes, considerando como una victoria el resultado del proceso, y como un triunfo de sus amigos políticos su regreso a Los Hatillos.

La Suprema Corte, sin embargo, rindió aquella sentencia acogándose a las dudas que alejaban toda prueba condenatoria.

En la Sala de Audiencias hubo murmullos de sorpresa y aplausos de adhesión. La etiqueta de acusada de un crimen abominable que lucía sobre el nombre de Rudescinda, se tornó enseguida en título indiscutible de heroína del Partido Político vigente, y por eso, al recibir el abrazo conmovido de su padre, exclamó arrogante:

—¡Viejo, apriétese los pantalones, que ya etoy con la epuela pueta!

El oficial que la condujera recibió la orden de libertad correspondiente, y con ademán cortés, la invitó a acompañarlo para formalizar su liberación.

Junto con ellos, siguieron los amigos, y ratos después, Rudescinda paseaba las calles de la Capital jinete en soberbio tordo del jefe de un regimiento del Ejército, y haciendo pareja con un oficial, que orgulloso de tan interesante

compañía, disfrutó también de la curiosidad que por todas partes los seguía.

Tan excepcional espectáculo traía a su alrededor inusitados comentarios.

—Es de los nuestros —exclamaba un partidario del Gobierno.

—Peleó con nosotros en Los Montones —afirmaba otro que había estado al lado del General Cabrera en la batalla que cubrió de luto a su partido.

Invitada que fuera a un almuerzo de despedida que sus abogados la ofrecieran, cuando terminó de su paseo, fué presta al ágape distinguido que acabaría de liberarla de toda preocupación.

Junto con sus anfitriones no fué raro ver a muchos destacados personajes de la política ambiente.



Mientras esto sucedía, la familia Almánzar tomaba el camino de Hato Mayor decepcionada y en derrota. La absolución de Rudescinda para ella significaba un reto a su dolor, a su tranquilidad, a sus intereses y a sus derechos a la vida.

Guayabo Dulce se consumiría en duelo, en indignación. La Justicia, para sus moradores, no había sido tal, y si ella no había sabido serlo, la trayectoria de una nueva tragedia comenzaba a trazar epílogos sangrientos como final del drama que los llenó de amargura.

—¿Se quedarán así las cosas? —preguntó el jefe de la familia.

Y todos movieron negativamente la cabeza, diciendo: ¡jamás!

En la lucha sostenida por los Almánzar para evitar que Rudescinda escapara de las garras de la Ley, habían consumido gran parte de su fortuna, y como todo fué en vano, y como la Suprema Corte dió al traste con sus aspiraciones de que un castigo legal les quitara de en medio a

tan poderoso enemigo, cuando regresaban a sus predios llegaron a la conclusión, de que entonces tendrían que enfrentarse, no solamente a ella, sino al Poder que regía los destinos de la Nación.

Más engreída, con mayor apoyo, a la cabeza de gente armada por el Gobierno, el abuso y la provocación trastornarían la vida de cuantos no se incorporaran a sus desmanes y caprichos de adicta consentida del Régimen Gubernamental.

Quien se atravesara en su camino, sufriría el golpe aplastante de su fuerza.

¡Qué desgracia!

Y los Almánzar continuaban su camino aturdidos aún por el golpe recibido, considerando que la mejor forma de capear el huracán que preñaba de nubes negras los cardinales de Guayabo Dulce, era la de una espera discreta y vengadora.



Rudescinda llegó con toda puntualidad al hotel donde la esperaban sus abogados. Ocupó en la mesa sitio preferente. Había remunerado con largueza la hábil labor de sus defensores, y como su absolución agregaba a la fama de estos juristas una victoria trascendental, el ambiente que la rodeó fué cordial, y fué espléndido.

Los más escogidos licores fueron ofrecidos a los comensales, ella estaba que no cabía en su satisfacción. El elemento oficial la había ratificado su gratitud invocando los cuidados que ella ofreciera al General Cabrera en su infortunada empresa de Los Montones, y se sintió parte íntima del Gobierno que la hacía merecedora de tales testimonios de amistad y confianza.

Del animado coloquio que sazonó tan singular suceso, se llegó al turno de los brindis, y uno que otro la felicitó por la reconquista de su condición civil sin maculaciones humillantes.

Sus abogados eran sinceros al considerar que habían salvado del presidio a una inocente. Vencer así en el Foro daba alto título y prestigio a aquellos tres jóvenes abogados que de tal suerte conquistaban títulos de competencia y de sabiduría en su profesión.

Terminado el agasajo, y en el instante en que cada uno de ellos se despedía de Rudescinda, cuando se acercó a ella el mayor en edad de sus defensores, con un cinismo que sobrepasaba toda sorpresa dijo a su oído estas palabras:

—Tanta cosa. Licenciao, y si resucitara, la voivería a matai.

CAPITULO XV

La política dominicana caldeada entonces por el coro de un partidarismo cruel e insensato, que levantaba un caldo en cualquier encrucijada, que aplaudía con voluptuosidad el festín de sangre celebrado por cada uno de los bandoleros en cuyas manos depositaba su desmedrado ejercicio de gobierno, no tenía tiempo para hacer un alto en su obsesión de muerte.

Después de los macabros fusilamientos que tenían lugar en los desamparos de la selva, no era raro que aún con las manos teñidas en sangre se viera en un salón a alguno que por la mañana había dirigido el piquete que fulminara a un compatriota.

Caminaban por las calles de las poblaciones más importantes, agentes del Gobierno luciendo un machete al cinto y un revólver, los secuaces de las revoluciones que se adueñaban por medio del asalto de todo cuanto estaba al alcance de sus manos para apropiárselo, o al alcance de sus armas, para suprimirlo.

En toda revuelta iba incubado el germen de otra. La infidencia gubernamental, y las encontradas ambiciones revolucionarias, guardaban parejas en la profunda desconfianza con que procedían.

De cada risco surgía un paladín montaraz que pedía para sí el monopolio del crimen y del robo; de cada camino se bifurcaba la vereda traidora que cortaba con fuego el paso al hombre de trabajo, y en el fondo de cada núcleo so-

cial se desvelaba la acechanza, o se combinaba el logro impúdico de una especulación inescrupulosa.

En tan propicio ambiente no era sino común que la inconsciente personalidad de una mujer tan truculenta como Rudescinda, hallara fáciles resortes para reanudar su vida dictatorial en el escenario en donde eran más eficaces sus relaciones, y más frecuentes sus depredaciones.

Después de visitar a los más destacados personajes del Gobierno, reunió a los amigos que había llamado de Hato Mayor a la Capital, obtuvo posiciones oficiales para ellos, se le facilitaron armas, formó una imponente caballería, y tomó el camino de Los Hatillos.

Para que respondiera de la paz, el Gobierno puso en ella su más íntima confianza. Desde el Jefe de la Plaza hasta el último agente de policía habían sido recomendados por ella. El gavillerismo se entronizaba cerca de sus fondos, y Rudescinda sería la intermediaria entre sus dispersos núcleos y el régimen que se consideraba impotente para disolverlos.

Cabecillas estafalarios de la misma calaña, productos del momento psicopolítico que anestesiaba todo esfuerzo civilista en aras de la pasión sectaria que gangrenaba la conciencia nacional, eran dueños de todos los montes, de todos los caminos, sólo pudiendo transitar por ellos, sin peligro de ser agredidos, aquellos que por una tolerancia discreta y leal, se hicieran sus cómplices ocultándolos y manteniéndolos en los alrededores de sus propiedades amenazadas.

Eran el prototipo de los enemigos de la paz. Desertores de la Ley, los unos, contrarios empecinados del orden, los otros, lo mismo se aliaban a las convulsiones impenitentes del caudillismo insatisfecho, que en el más asqueroso contubernio con las autoridades designadas por el Gobierno de la Provincia.

Contra estas anomalías substanciales, o al amparo de ellas, se dió a Rudescinda amplio poder de acción. Eran sus viejos compinches, quienes tendrían que vérselas con ella. Los conocía por sus nombres, por sus vicios y por sus ha-

zañas, de modo, que no la sería difícil manejarlos a su antojo.

Los Hatillos volvería a ser centro de toda clase de contumacias. Y como nadie ignoraba la verdad del crimen de Guayabo Dulce, cuantos vivían fuera de la Ley vieron en Rudescinda un elemento de fuerza que ingresaba a formar parte del anarquizado estado de aquella región.

La noticia de su absolución circuló con velocidad increíble. Quienes fueran sus amigos la esperaban con júbilo, y quienes fueran sus contrarios, o no se mostraran satisfechos de verla libertada por la Justicia, se llenaron de terror.

El Presbítero Sepúlveda, que con tan marcada inconsistencia pareció abandonarla en los instantes en que parecía que la Ley la condenaría, consideraba un milagro de Dios haber sido llamado para retirarse de aquella Parroquia, y repartía con festinación entre todos, bendiciones que no le era posible eludir.

Un cambio total, en fin, se iniciaba en la vida general de Hato Mayor.

La dirección de la Parroquia quedaba acéfala. nuevas autoridades y nuevo personal administrativo había sido designado, y ya sólo se hablaba del regreso de Rudescinda, para festejarla, o para combatirla.

Ella regresaba soñando con una recepción imponente. Un año hacía que la habían separado de su casa, y entonces regresaba, más fuerte que antes, mayormente protegida que nunca.

De manera que si cuando echó piernas sobre su caballo para dejar la Capital, marchó a la cabeza de su escolta sin una bandera desplegada al viento como hubiera convenido a su talante de conquistadora, en cambio, era amenazador el brillo de las armas de su cortejo singular.

Era una madrugada aún llena de estrellas. Los caminos, por entonces, eran interminables y fatigosos, para llegar a Hato Mayor del Rey había que hacer un viaje por encima de fango, y a veces por senderos polvorientos. Lo mismo en invierno que en verano la lluvia caía a torrentes

y cambiaba el tono de sol radiante de un día claro, en un gris monótono atormentado por el recio y copioso golpe de las aguas.

A medida que la cabalgata avanzaba, Rudescinda se sentía más en posesión del papel que la tocaba representar en sus nuevas actividades. A pesar de ser un hecho ya confeso, la realidad de su crimen, parecía que no la preocupaba tanto desvirtuarlo, o resarcirse de lo que mereciera en el concepto de sus conterráneos. Algo, con ser aparentemente mas sencillo, la preocupaba y parecía herirla en silencio, y era ello, la nunca esperada actitud del Presbítero Sepúlveda cuando más necesitada estuvo de su ayuda espiritual. Fué su mentor, fué su amigo, fué su preceptor, y luego la había negado. Sabía que acaso no lo encontraría en Hato Mayor, que había sido retirado de aquella Parroquia, y que no podría, tal vez, presentársele pura ante la Ley para pedirle la indemnización de su perdón. En el fondo de estos tipos excepcionales, hay, a ratos, arranques sentimentales que se contradicen con todas las demás características de su vida, y en Rudescinda, la fuerza de la religión luchó muchas veces para arrancarla del mal, pero ella era, dentro del incuestionable morbosismo de su instinto, superior a todo reclamo de las cosas delicadas.

Nada hierde tan profundamente a los malvados, como la contrariedad pro lucida por una traición, y allá en lo recóndito de sus recuerdos, el Presbítero Sepúlveda no parecía estar exento de sus resentimientos.

Por eso, Rudecinda hubiera querido encontrarlo alguna vez en su camino.

¿Para burlar o?

¿Para escarnecerlo?

Quién sabe si para perdonarlo.

CAPITULO XVI

Pleno sol parecía lamer con su luz los pajonales de la sabana del Guabatico, cuando el día era ya entrado en horas mayores. Al contemplar el intenso azul en que se perdían todos los horizontes, se hubiera creído que ninguna nube intentara macular serenidad tan subyugante; pero con todo, como si emergieran de un bostezo de la pampa, aparecieron sombras negras prontas a verterse en lluvias que entorpecerían el paso a los viajeros.

Media hora más tarde, apenas si se distinguían bajo el aguacero torrencial que se les vino encima. Inútil hubiera sido echar a escape las cabalgaduras para salvarse del mal tiempo, viento y truenos se adueñaron del campo, los estrechos trillos parecían ríos, y las bestias resbalaban y alargaban sus cuellos como para ver de cerca las sinuosidades del camino.

Rudescinda ordenó que ocupara la cabeza de su escolta uno de sus compañeros más conocedores del terreno que pisaban para no extraviarse en medio de aquel desierto. Era difícil encontrar un árbol para guarecerse y continuaron su penosa marcha sin hacer una protesta. Eran hombres probados quienes la acompañaban, y nada los detendría.

Con la misma rapidez con que se tiñó de gris el cielo, por un hueco abierto entre las nubes comenzó a clarear luego un pedazo de azul dió paso a mayores luces, y amainó la tempestad.

Las bestias empezaron a sacudir las orejas, y quedó en ritmo intermitente sobre el bañado pajonal, una llovizna coloreada en plata que no escampaba, y empañaba la diaphanidad que se extendía por todos los confines.

Ni un solo viandante habían encontrado en aquel solitario trayecto. Dejar la sabana era anhelo que se manifestaba en el ansia de descubrir la ceja de un monte en la lejanía, cuando de pie, sobre los estribos de su silla, algún jinete señaló con el índice de la diestra entumecida, dos puntos que avanzaban hacia ellos.

—Parecen dos viajeros, —dijo.

Y todos movieron la cabeza hacia esa dirección seguros ya de que, al fin, alguien les daría informes del paso de los ríos y del estado general de los caminos.

Pernoctar en despoblado hubiera sido contrariedad inesperada, ya que sus planes habían sido muy otros. Los amigos de la Común de Hato Mayor les habían preparado manifestaciones de regocijo a su regreso de la Capital, y un retraso imprevisto, hubiera sido comienzo de mal augurio.

Los dos puntos que avanzaban hacia ellos, fueron tomando forma y agrandándose a medida que los minutos pasaban. Lo primero que parecía ser fácil de reconocer era el personaje que venía delante. Traía un paraguas abierto, sombrero de anchas alas, traje negro recogido a la cintura, pudiéndosele distinguir el pantalón de color claro.

—Es un cura —exclamó alguien.

—¿Será el cura de Hato Mayor? —preguntó otro que sabía de su próximo retorno a la Capital.

—¿Quién, el Padre Sepúveda? —interrogó Rudescinda.

Y los dos viajeros se acercaban. Eran, positivamente, un cura y su peón.

Rudescinda comenzó a inquietarse. Si era él, pensaba, querrá saludarme, y se dijo, le pediré la bendición, y luego, hablaremos de su conducta.

La oportunidad no podía ser mejor, y ordenó a todos

detenerse para esperar. Se colocó delante de su comitiva y se sintió profundamente emocionada.

—Es el mismo Padre Sepúlveda —afirmó en voz baja uno de ellos.

—¡Silencio! —ordenó Rudescinda.

Cuando ya unos y otros se reconocieron, Rudescinda quiso avanzar para saludar irónicamente a su viejo maestro; pero el Ministro de Dios, sin mirarla siquiera, apresuró el paso de su caballo, y siguió sin cruzar con ella una mirada.

Al darse cuenta de tan inesperada actitud, gritó en voz alta:

—Con su pan se lo coma, Padre Sepúlveda.

Y sin volver la cara, el Presbítero contestó:

—Que Dios te ampare, hija mía.

* * *

Aquel pacífico incidente representaba para Rudescinda un golpe inesperado. Ganas sintió de seguir tras las huellas de su viejo amigo para increparlo, pero sus fuerzas no fueron tan poderosas que la arrancaran de su aplastante aturdimiento.

A punto de afligirse, movió los párpados, volvió la cara para ver a los que se alejaban, y como oprimiendo dentro de su pecho una queja amarga, espoleó con rabia los ijares de su caballo, y dijo a sus compañeros:

—Apuremos, que ya es tarde.

Media hora después, la silueta de ambos grupos se perdió en la distancia, quedando entre ambos el apagado ruido de los cascos que se hundían en la tierra.

* * *

Ya con el atardecer de aquel día, para ellos tan largo, comenzaron a tropezar con parte de esa fauna doméstica

que regresa con paso remiso a los cercanos caseríos, y continuaron seguros de que pronto encontrarían alguna dispersa vivienda de las Secciones de Hato Mayor.

Como en casi todos los caseríos que por allí se levantaban, alguna comadre de Rudescinda se sentiría obligada a ofrecerle hospitalidad, y como ella, su esposo y sus hijos.

Y efectivamente, a los ladridos de los perros azorados, salieron a la puerta de un bohío, el dueño de la casa, su mujer y los numerosos hijos que componían la familia.

Al reconocer a Rudescinda, el más grande de los chicos se arrodilló frente a ella para pedirle la bendición, mientras el compadre y la comadre, con respeto solemne y ceremonioso, se le acercaron para testimoniarse, con un abrazo, el profundo regocijo que su presencia les proporcionaba.

—Cuánto me alegra, su merced, que al fin haya vuelto usted a estos lugares —dijo la comadre.

—¡Y con la falta que hacía! —agregó el compadre— ahora, se tragará la lengua mucha gente.

Rudescinda se sentía conmovida ante aquellas sinceras protestas de adhesión. Hizo llegar a su lado al ahijado tímido que no se cansaba de contemplarla, y puso entre sus manos algunas monedas para arrancarle una sonrisa. El chico miró a sus padres, y no se sintió propietario de aquel presente hasta que ellos le dieron las gracias a su madrina.

Era prudente detenerse allí, y se envió un expreso de confianza a avisar a cuantos amigos la esperaban, que no llegaría a Los Hatillos hasta el otro día por la mañana. No quería Rudescinda, regresar sin ruido y sin pompa a sus dominios.

La alegría y el orgullo de aquella familia colmó de atenciones a la recién llegada. La ofrecieron cuanto fuera bueno en sus alrededores, su cama para que durmiera, sus sábanas más limpias, su agua más pura, y su fuego más fecundo.

Con sus propias manos dispuso la comadre una rica cena, y una vasta enramada para colgar las hamacas de sus cansados compañeros.

Tomadas las precauciones necesarias, ya a prima no-

che, a excepción de aquellos que harían servicio de guardia, todos dormían confiados al amparo de tan acogedoras soliditudes.

Rudescinda se tendió en el aposento de la comadre sobre un fresco lecho, cómodo y nítido, llamó a sus compadres, y les habló, y les preguntó, de cuánto y por cuánto la interesaba.

—¿Qué dicen por aquí de mi, compadre?

—Que usted e el Gobieino ahora.

—¿Y la gente esa, qué piensa?

—Ellos no dicen ni esta boca es mía, pero usted, comadre, no debe fiarse. Y más, ahora que andan por aquí, haciendo de las suyas, muchos gavilleros.

—Con esos me entiendo yo, compadre.

—No se fíe, comadre, que esos son gentes muy mañosas.

—Usted me conoce, compadre. Ei que juega conmigo tiene que hacerlo con las caitas virá.

—Eso si que sí —murmuró la comadre.

—¿Y cómo se habrá usted para velos, comadre?

—Como se harán ellos pa veime a mí, les preguntaría yo.

—Así é, comadre.

—La comadre tiene razón —agregó la mujer de su compadre.

—A usted, compadre, lo voy a nombrai aicaide pedáneo de ete lugai, y ya usted sabe, ei que no etá conmigo, etá en mi contra.

—Pieida cuidao, comadre, usted sabe que yo soy andullo ai coite.

—Y de los buenos —continuó la comadre de Rudescinda.

Y la desconfiada huésped continuó haciendo preguntas, e indagando, la verdadera situación que la esperaba, quedándose dormida hasta que comenzaron a sentirse los primeros murmullos del bosque que despertaba.

Por los alrededores de aquel rancho sólo el rumor de

las bestias que masticaban la dura hierba solía interrumpir la paz de las cosas.

Por encima de los árboles, y a través de las ramas que oscurecían el monte cercano se veían cruzar, apagándose y encendiéndose intermitentemente, las luciérnagas noctivas que alumbraban a trechos el misterio del follaje.

Los niños de la casa dormían hacinados sobre el piso de hormigón que les servía para no pasar la noche a la intemperie. De cuando en vez el arrullo de un ave, o el reclaqueo de un gallo que percibiera el vuelo de un pájaro de rapiña, cortaban el mutismo de las sombras para poner en aviso a su serrallo.

Después, todo callaba. Aquí y allá, mientras los pasos de los vigilantes centinelas se mezclaban con las coces de los caballos sobre el suelo, parecía que nada anormal había en aquellos alrededores.

Y hasta casi con los primeros rayos de luz de un alba cuajada de luceros que avanzaban, Rudescinda y los suyos permanecieron dormidos.

En cuanto se hizo luz en el bohío, las bestias relincharon. La comadre de Rudescinda ya en cuclillas junto a la leña que comenzaba a arder, puso a hervir agua para colar café que más tarde repartió poniendo en su aroma el exquisito gusto con que lo ofrecía.

Se escuchó el ruido de los aperos para ensillar cada uno su montura, y a poco, entre las formas cordiales de una emocionante despedida, marcharon todos siguiendo a Rudescinda, para llegar con la *fresca* a los lados de Los Hatillos.



Mañanita de sol que ponía arpegios en la canción de las aves y en la caída de las aguas de los ríos, todo azul, todo amor para las cosas, se ofrecía a la vida como para invitarla a sonreír.

Los alrededores de Hato Mayor del Rey eran una serie

de redondas sabanas que la naturaleza circundaba de monículos para ofrecer a los seres vivos sitio de descanso y de defensa contra el rabioso sol que calcinaba las vegetaciones menores y tostaba la piel de los hateros, que disfrutaban a trueque de las horas hostiles, los más bellos ponientes y las más lindas auroras.

Panoramas como los de aquellos sitios, pocos se veían si a ellos se llegaba en primavera. Luminosos flamboyanes; esbeltos árboles de perfumados zapotillos; limoneros floridos; caobos centenarios, y un pajonal de esmeraldas claras ponía en los ojos de quien por allí se detuviera, embriaguez que pedía rosas de alegría y expresiones de alabanza.

Y en un día así, de orgía en las frutas, en las aves y en las mieles, se reunían con la madrugada los familiares y amigos para ofrecerla un recibimiento digno del cariño que la profesaban.

Nutridos grupos de jinetes habían salido para alcanzarla. Sobre la cerca de los corrales, sobre la copa de los árboles más altos, de pie en la puerta de campo, y desparrramados por el llano, esperaban los vividores vecinos de Los Hatillos, a su espléndida, a su incomparable bienhechora.

Desde muy temprano rasgaban las gasas del firmamento, cohetes que explotaban seguidos de hurras a su caudillo. Música alegre vivió en la animada alborada de aquel día, Don Alejandro no había omitido detalles ni regateado gastos para que su hija se sintiera entre los suyos, señora de todos y de todo.

El poblado de Hato Mayor, menos entusiasta, aunque de ningún modo hostil frente al regreso de Rudescinda, se hallaba a poca distancia de Los Hatillos y sus habitantes participaban, aun cuando no lo quisieran, del alborozo que conmovía su vecindario.

Más de una barrica de aguardiente se puso a la disposición de los invitados, mientras se hacían los preparativos de una succulenta comida.

El sacristán de la iglesia estaba encargado de repicar

las campanas a una señal indicada en honor al regreso de la pródiga protectora del culto.

Y todo preparado así para dar alegría a aquel gran día de júbilo para Los Hatillos.

*
* *

Súbito, se escucharon, diez, cien, doscientas detonaciones de armas de fuego disparadas al aire, y un vocerío ensordecedor llenó los ámbitos.

Rudescinda y su comitiva estaban a la vista, la concurrencia avanzó hacia la cabalgata, y antes de que llegara, ya estaba rodeada por cuantos querían ser los primeros en saludar a la heroína.

Ella venía temblorosa, un año hacía que no contemplaba sus dominios, y entonces más que antes quizás, los brazos de sus amigos se tendían ufanos para abrazarla.

La Juana se abrió paso por entre el abigarrado cerco que rodeaba a Rudescinda, y puso a horcajadas entre los furores y las piernas de Rudescinda que aún venía montada sobre su caballo, aquel renuevo adoptado que ella sabía que era fruto de sus entrañas.

Don Alejandro, que había salido de la Capital para preparar esta recepción, no acertaba a decir una palabra, su emoción era tan grande que entre llanto y alegría abrazó a su hija como lo más caro que era para sus afectos.

—Ya estoy aquí, viejo de mi aima.

—Sí, por fin te tengo cerca de mí.

Y los vivas, y los disparos, y la música, y el aguardiente, no cesaron hasta el atardecer.

*
* *

Cansados los unos, ébrios los otros, comenzaron a dispersarse a la llegada de la noche.

Cien ahijados, otras tantas comadres, y otros tantos compadres, tomaron el camino de sus casas.

Y aquello se tornó como todos los finales de una fiesta, en una tranquilidad que exigía descanso sin conclusiones filosóficas, para ello habría mucho tiempo; pero como no hay esfuerzo humano que no aspire a una retribución, fué epílogo de los festejos, uno tan elocuente, tan singular, que era imposible omitir para cerrar con los visos de las interrogaciones del futuro, como una consigna siniestra: Rudescinda puso en manos de cada uno de sus amigos, un revólver nuevo. Y esto, que parecía poco, era sin embargo, la más profunda aspiración de un hatero sin fortuna.

Por un fusil, por un revólver, por un elemento de autoridad y de poder como ese, iban detrás de un caudillo campesinos y trabajadores insolventes, para seguir una bandera política sin colores y sin doctrina.

Era un tácito derecho de matar concedido por las deformaciones de un momento de disolución social que se erigía en norma política, para los de arriba, y en fuerza de coacción para los de abajo.

Rudescinda, como el Gobierno que la apoyaba, y ese Gobierno, como Rudescinda que lo representaba, eran dos factores asociados para cultivar la anarquía y cosechar el desastre.

CAPITULO XVII

Restos de convulsiones abortadas que aceptaron en su seno los detritus sociales más abominables; compuesto de malhechores y prófugos de la justicia que no cabían dentro del orden jurídico que pretendía hacer ensayos de reajustes morales dentro de la vida civil, se habían establecido en los despoblados de las provincias del Este para entorpecer la paz, y poner pánico en la gente de trabajo que pretendiera dedicarse a las labores más honestas.

De los bosques aislados, se hacía una madriguera; de cada cruce de un camino, la trayectoria de una alevosía, impotentes las desorganizadas fuerzas policiacas de que disponían los Centrales Azucareros y los Municipios de las Comunes vecinas de éstos, para suprimir sus funestos atentados, se les concedía beligerancia, y secretamente, cada gran propietario, y cada gran colono, justipreciaba con los cabecillas de estas hordas, el respeto que era necesario a su existencia.

Como Rudescinda reanudara sus negocios de transporte entre las principales poblaciones y centros comerciales de las ciudades porteñas, tuvo que vérselas muy frecuentemente con los más audaces jefes de gavillas.

A unos, los mantuvo en jaque. Con otros, estableció relaciones cordiales conviniendo un mutuo apoyo.

No todos los grupos que actuaban de manera independiente estaban dirigidos por bandoleros de buena fe. La acción de ellos dependía de las necesidades inmediatas de

su propia defensa, o de la urgente indisponibilidad que los apremiaba en un momento dado.

Si se les terminaban los pertrechos y no los encontraban por la dádiva de algún jefezuelo infidente, los tomaban por la fuerza; si carecían de alimento, lo pedían, y si no se los daban, lo quitaban amenazando y matando si era indispensable para obtenerlo.

Rudescinda prefería pactar con los más fuertes, y se hacía temer de los más débiles. Con los primeros, prestándoles ayuda; con los segundos, formando contra ellos lo que ella calificaba con el título de *contragavilla*.

En esta lucha parecía natural que más perdiera quien más tuviera, y aun cuando fueran disueltos muchos núcleos de estos, los hubo tan difíciles, que obligaron a Rudescinda a duplicar el número de sus acompañantes.



Desde su regreso a Los Hatillos nadie se atrevía a remover las cenizas de Anita Almánzar, ni mucho menos, a hablar de Guayabo Dulce.

Todo cuanto allí palpitaba estaba en conocimiento de Rudescinda. Los Almánzar guardaban una actitud tan discreta, que se hubiera podido suponer que les era indiferente cuanto vivía en sus alrededores.

La política había alejado de aquel escenario, tanto al General Santillana, como al Jefe Pablo, y como todo lo que fuera una representación oficial estaba fiscalizado por Rudescinda, imponer su antojo, ratificar su poder, eran las únicas cosas que la importaban.

Habiéndose establecido lejos de la casa de sus mayores, vivía rodeada, como ella lo consideraba mejor para ser feliz, por gente de armas, famosos por sus hechos de sangre, eran en su mayor parte sus hombres de confianza.

Para sus caprichos íntimos, se reservaba el derecho de escoger, como un atributo de pernada, éste o aquél que sería

convertido en su favorito temporal. Ponía en su discreción el riesgo de su vida.

Pero a pesar de estos requisitos cada quien se tenía por sabido sus más disimuladas combinaciones eróticas.

Quien alcanzara esta elección, nada haría con apretar sus manos para retenerla. Las tragedias del alma de esta mujer, la hacían resbaladiza y fugaz.

Aquellos hombres dóciles, al fin, fueron humanos, y comenzaron a sentir rivalidades, pasión, y menosprecio. Los unos pugnaban por la posesión absoluta de un imposible; los otros, se sentían asqueados en su orgullo de machos.

Rudescinda, en tanto, gozaba en medio de todo aquello de una voluptuosidad que la enajenaba, y cansada, y aburrida, como siempre de lo que estaba a su alcance, inició relaciones con el más destacado líder del gavillerismo que le era afecto y comenzó, entre los suyos, el más desintegrante descontento.

De ahí, en adelante, las aventuras de esta mujer bordeaban la catástrofe de su poderío.

* *

Para nada es tan valerosa una mujer, como para cometer un pecado. La virtud es tímida y resiste, gime, ruega, y se defiende hasta el sacrificio de la vida. Pero el pecado es audaz, agresivo, constante, y no teme perderse en aras de una satisfacción.

En las peripecias sentimentales de una mujer queda siempre un hueco que nunca habrá de llenarse, el tiempo lo hace sin fondo, y por más que pruebe la vorágine obsesiva del deseo, todo ensayo de rectificación, languidecerá en sus sombras.

En la duplicidad psicológica de Rudescinda siempre había un profundo desacuerdo, el amor no era en ella una realidad perenne, era un relámpago que cascaba su alma sin llegarla a abrir. Su carne, más fuerte que su espíritu.

triunfó en ella cada vez que reaccionaba para buscar el contacto de los hombres.

Martín Peguero, el más atrevido guerrillero por entonces conocido en aquellos inquietos parajes, había rehuído tener con Rudescinda una entrevista. Sin romper con ella no la daba beligerancia.

Cuando se enteraba de que Rudescinda se disponía a llevar sus recuas por un camino, no la molestaba, aunque la vigilaba, e impedía que los suyos especularan con el interés que ella había manifestado por ser su amiga.

Ella le proporcionó armas, desviaba las pesquisas de las autoridades que lo perseguían, y mientras más difícil la era estrechar su mano en testimonio de una leal amistad, más anhelaba conocerlo.

Sus fechorías, sus crueldades, lo agrandaban en el concepto de esta mujer, que a pesar de los consejos de sus amigos, se propuso conocerlo y lo conocería.

Lo siguió, averiguó sus más extraviados escondrijos, los trayectos de sus incursiones, cuando estuvo perfectamente enterada de todos los detalles que la interesaban, se dispuso a dar con él.

Sin que sus compañeros la vieran, tomó caminos y atajos, penetró montes y saltó ríos hasta caer en su pequeño campamento. Siguió sobre su caballo con una serenidad imponente, y cuando estuvo cerca de todos, preguntó:

—¿Quién es aquí Martín Peguero?

Un hombre de mostachos negros, fuerte, bronceado por el sol, de ojos inquietos, se adelantó para exclamar:

—¡Rudescinda!

—Ya que la montaña no viene hacia mí, yo vengo hacia la montaña.

Y se apartaron largo tiempo lejos de los demás, hablaron con interés por espacio de un largo rato, y luego siguieron juntos hasta que él, que la había acompañado hasta muy cerca de Los Hatillos, la estrechó la mano y se oyó esta promesa:

—Nos veremos.

—Nos veremos.

CAPITULO XVIII

Cuando Rudescinda caía en el vértigo lunático de su sensualismo innato, más que una mujer, era una acémila en celo. En ella la hembra se manifestaba compelida por un morbosismo insistente, fiebre que rebasaba a toda medida la enloquecía, y ni la contenía el peligro, ni la saciedad la dejaba satisfecha.

De ahí que sus relaciones ocultas con Martín Peguero la inquietaran hasta llevarla a jugarse su prestigio y su poder.

Los suyos, que la suponían interesada en esta nueva aventura, rezongaban por lo bajo dispuestos a no complicarse en las responsabilidades que recaían en el famoso bandolero, que entonces parecía reinar en el corazón de Rudescinda, y descontentos y remisos, evadían seguirla en estas peligrosas andanzas.

Pero ella, más porfiada cuanto más cohibida, no renunciaría a complacer su carne para ceder a influencias que significaban más una enojosa intervención en su vida, que una advertencia leal en favor de su prestigio.

Martín Peguero y Rudescinda, llegaron a compartirse el mando en aquella región. Ella, de una manera aparentemente legal, y él, decididamente fuera de la Ley.

Sus crímenes, sus habituales depredaciones, su cinismo, el olor a sangre fresca que de él trascendía, su vida siempre al borde de la muerte, el tortuoso encanallecimiento de sus ideas, todo lo que formaba la amalgama de su per-

sonalidad temida, constituía para Rudescinda un aliciente insustituible y degradantemente subyugador.

Cuando él no venía hacia ella, ella iba hacia él. Por entre las malezas, a través de la noche, por encima de los pajares que se amontonaban en el llano, a riesgo de su vida, no la importaba el recelo de los suyos, ni la perfidia de sus enemigos, esclava de un orgasmo libidinoso ponía los ojos en el abismo, y en su fondo, colmaba sus deseos.

¿Qué otra cosa podría importarle en el ímpetu de sus pasiones?

Por más ocultas que fueran estas relaciones, y por más que ella esquivara la suspicacia de los suyos, su poder absoluto comenzaba a fallarle. Sus mejores tenientes empezaban a desertar disgustados con su conducta.

En cada uno de ellos dormía una ambición que se tornaba de súbito imposible, callaban entre sí, se resentían contra las posibilidades del intruso favorito.

Sin que una razón de orden moral pudiera aconsejarlos, porque el que menos, entre ellos, era carne de presidio, o candidato perpetuo al banquillo de los acusados, una cuestión de amor propio parecía restar su colaboración en el desgobierno que amenazaba sus dominios.

De modo, que una decepción creciente comenzó a podrir los resortes de aquella maquinaria desajustada, y perdía fuerza, ganaba mayor descrédito, mientras en abstraída actitud, se prevalían los Almánzar para ejercer la venganza que en sus odios se mantenía despierta.

Martín Peguero, como todos los que usufructuaron las preferencias eróticas de Rudescinda, restó importancia a la posesión de ella, y fué menos frecuente en sus relaciones, y casi mordaz en sus evasivas.

Como había visto Rudescinda tantas veces esfumarse entre sus brazos la flor de un cariño, frente a la posibilidad de un nuevo desengaño, vino a sus labios la fatal pregunta:

—¿Poi qué no me quieren los hombres?

Pero esta vez, más lacerado su corazón, más amargado

su pensamiento, reaccionó para imponerse a la inestabilidad desus designios.

Los años habían llenado de cicatrices dolorosas el calvario de su existencia, y amenazada y contrita ahogó el grito tremendo de sus decepciones para ensayar un paréntesis de reposo que restañara las nuevas heridas que la hacían morder el polvo de una inesperada derrota.

Y entonces, dismunió sus actividades licenciosas, cerrando sin una lágrima el capítulo desgraciado de su último romance.

*
* *
* *

Martín Peguero, desligado de todo contacto con Rudescinda, advirtió, más tarde, que el distanciamiento de aquella mujer disminuiría su libre acción de foragido, que los ojos de la Ley se abrían con mayor tenacidad para seguir su rastro y destruirlo. Falto de armas, desorientado, sin ese punto de apoyo que le servía para moverse a su antojo y sin reservas, cayó en la cuenta de que fallaban sus recursos, y se veía obligado a cambiar su vida de agresor, por la de fugitivo.

Y una noche, arriesgando su suerte, desafiando peligros, jugándose todo a una carta tan incierta como veleidosa, tocó a la puerta de Rudescinda, y la rogó escucharlo para decirle:

—Yo no soy tu enemigo, y te necesito. La policía campestre me persigue y no tengo armas con que defenderme. Ayúdame.

Rudescinda que le había abierto la puerta dejándole entrar a la casa, contestó friamente:

—Maitín, lo que pasó, pasó. Yo no quiero má enredos, y lo siento mucho, pero no te pueo ayudai en ná.

—Y si yo te dijera una cosa que a tí te interesa, me negarías tu ayuda?

—Dila pa vei.

—Los Almánzar me han ofrecido mucho dinero para que te mate, y ya tu ves cómo me pagas.

—Y yo te voi a sei franca, ni ellos ni tu me impoitan ná. Tu sabes que no tas en la caíse poique yo soi una mujei muy noble y no te quiero perjudicai. Pero ahora me convenso de que tu no eres más que un sinvergüenso. Me lo dise poique me necesitas, y te digo y te repito que me pongas asunto: láigate de estos airededores, y dile a los Aimanzas, que no me busquen las cosquillas.

—Yo no creía, Rudescinda, que después de lo que ha pasado entre nosotros, me tratarías así...

—Asi es la vida, Maitín, ei que bota lo que tiene, a pedí se queda.

—¿De modo, que no puedo contar contigo?

—No; y lo mejoí que pué aseí es dirte bien lejos pa que no te echen ei guante.

—Ta bien.

—Como tiene que etai, Maitín.

Y por la puerta que entró, salió, después de pagar con creces su desprecio a esta mujer.

*
* *

Rudescinda despertaba como de un sueño remoto ante la revelación que obtuvo de las palabras de Martín Peguero, respecto de los Almánzar. Y ya, no pudo dormir. Creía ella resignados a los parientes de su víctima, y entonces se veía frente a una realidad que la obligaba a ponerse en guardia.

Seguramente pensó, que ellos y Martín, y Martín y ellos formarían una alianza ofensiva contra su vida. Una nueva lucha la esperaba, y quizá una inevitable tragedia.

Ante esta acertada suposición, Rudescinda tomó precauciones de todo género, y se apercibió dispuesta a repe-
ler cualquier ataque.

Mandó un expreso hacia El Seybo denunciándole al Gobernador los rumbos transitados por Martín Peguero para que lo apresaran con toda su pandilla, prometiéndole,

más luego, ir hasta esa ciudad para tratarle otras cuestiones que le interesaban.

Aún quedaban a su lado algunos amigos solidarizados con sus arrestos, y enardecida por la posibilidad de una faena escabrosa, desafió a Martín Peguero encabezando una pequeña fuerza para darle una batida.

Martín Peguero, por su parte, estimulado por la enemiga que obsedía a los Almánzar, esperaba una oportunidad propicia para salir al encuentro de sus perseguidores. Siendo más débil que ellos, rehuía, sin embargo, un choque. No creía prudente jugarse la vida de igual a igual, y esperó hasta que Rudescinda lo considerara acobardado.

Los días discurrieron de tal suerte tranquilos que parecían libres de amenazas los caminos y los campos.

Fulleros empedernidos, Martín Peguero y sus secuaces, fingían alejarse de los alrededores de Hato Mayor haciendo actos de presencia en localidades muy distantes de allí, propagando sus fechorías y haciendo alardes de maldad para despistar a sus perseguidores.

Fiada Rudescinda, y más que fiada, porfiada, tomó el camino de El Seybo sin ningún acompañamiento. Fuera un alarde de valor, una imprudencia, o una osadía, montó a caballo y recorrió caminos hasta llegar a su destino.

Quienes la vieron pasar se santiguaron, quienes la saludaron en aquel largo trayecto, la aconsejaron volverse, y quienes conocían su temperamento, la dieron por muerta.

En vez de atemorizarse, se creció en su valor, se impuso a las reflexiones que pudieran desviarla, y continuó su camino. Quería llevar al conocimiento del Gobierno las maniobras de los Almánzar. Ella era una amiga reconocida del Poder, y consideraba necesario advertir su posición.

Llegó al fin de su viaje, y sin desmontarse del caballo mandó avisar al Gobernador que ella quería hablarle.

El público se detuvo a su alrededor ante su extraño talante. Era realmente una mujer extraordinaria. Portaba un "Remington" reluciente, colgaba de sus hombros una cartuchera de pulido hule, y sin soltar las bridas que su corcel tascaba nervioso, habló con el Gobernador.

Terminado el motivo de esta breve entrevista, dijo al Jefe de la Provincia:

—Generai, yo se lo repito: pa que la cruz vaya a mi casa, que vaya a la ajena.

—Está bien, Rudescinda —contestó el Gobernador— pero ten cuidado, no te vayan a malograr.

—No se apure, Gobeinadoi, que naide se muere la vípera.

Y partió como una exhalación tragándose las leguas que la separaban de Los Hatillos sin que en ningún momento la asaltara el más leve temor.

Confortada por el atrevido paso que acababa de dar, quiso indagar la actitud de los Almánzar y el paradero de Martín Peguero. Los espío, como el cazador a su presa, queriéndolos poner a tiro, mover el gatillo de un arma bastaba para fulminarlos.

Pero ella aspiraba a rodearse del favor de las leyes, y decidió, para los primeros, observar una posición defensiva, para el último, una acción infalible.

Sin embargo no era tan factible la realización de sus planes. Los Almánzar no daban el frente, y Martín Peguero era fiera sin guarida, pisar su terreno significaba desafiar muchas sorpresas. Para dormir, lo mismo lo hacía colgando su hamaca en la copa de los árboles, que tendiéndose debajo de los pajonales de una sabana. Siempre alerta, valeroso y sin ninguna moral para la ejecución de sus crímenes, no se arriesgaría sino para salir victorioso.

La forma con que lo trató Rudescinda llevó a su espíritu una amargura inesperada, y para los que viven en su mundo, estos desengaños constituyen una traición.

La complicidad en la preparación de un asesinato, establece una solidaridad sagrada. Martín Peguero y los Almánzar, se asociaron, y mientras más invisibles se hicieran, más sólido y más estrecho era su pacto.

El tiempo, pues, sería su mejor aliado.

Rudescinda, presuntuosa y violenta, impaciente por definir aquella situación se lanzaba muchas veces por los campos acompañada, o sola, no la importaba el peligro en que se ponía.

Vano fué cuanto hizo ella, y llegó a pensar que había vencido a sus contrarios sin necesidad de llegar a los hechos.

No obstante, sus enemigos, no la perdían de vista.

CAPITULO XIX

Una mujer que no ha renunciado a serlo, jamás dejará de contar con la fuerza de su condición de hembra para actuar frente a un hombre con quien ha compartido, amorosa, o fortuitamente, un lecho.

Rudescinda era una mujer curtida en la tragedia, más de un crimen sombrío la había hecho cómplice de combinaciones funestas, y más de una vez había sentido la voluptuosidad de un triunfo suyo en la comisión de un delito sangriento. Su trato constante con elementos degenerados había hecho de ella, un ser empecinado, despiadado y cruel. Procurar el peligro y suponerse su vencedora, la llevaba muchas veces a la imprudencia y a la audacia. De haber sido bella, hubiera hecho de esa condición inefable, su arma más poderosa. Sin serlo, no dejó de contar para el buen éxito de sus lucubraciones, con el poder de su sexo.

Pero ella no advertía que en el ambiente en que se desenvolvía, había algo más fuerte que la llamada de la carne, y esto era, el miedo. Nada es capaz de influir de una manera más decisiva en un espíritu atrabilario que se siente acosado y traicionado, como el miedo.

Martín Peguero la temía, los Almánzar la odiaban, y odio y miedo aliados para un mismo fin, constituían para Rudescinda un frente lleno de misterio que la era forzoso destruir, y para lograrlo, todo ardid la parecía admisible.

Pensar que ellos desistieran de la lucha; burlaba sus

vigilias, y por ello, y para atraerlos, para excitarlos, se ofrecía a las posibilidades de un atentado, o de un encuentro.

En cierto modo dijérase que no estaba equivocada. Muchas veces había tenido Martín Peguero la oportunidad de matarla al verla transitar sola por un camino, había llegado a poner la mira de un "Remington" sobre el corazón de ella sin decidirse a hacer fuego. Hubiera bastado un gesto, el más leve movimiento hostil de parte de ella, la más discreta manifestación de desconfianza, para atravesarla el pecho, y no lo hizo.

Ella tenía razón: era difícil tumbar en el lecho de la muerte, a quien se había tenido en el lecho del amor.

Si Rudescinda confiaba en este precepto para vencer a quien deseaba destruir, Martín Peguero no dejaba de seguirla paso a paso para cobrarle su infidencia. Algo repugnaba en sus sentidos que no la había eliminado.

Amor, no sería. Las bestias cuando han sido satisfechas, rechazan siempre todo contacto sexual. El monte, el azar de una vida obscura, una conciencia recargada de responsabilidades indignas, no podían ser factores de un deleite continuo, ni de un arraigo sentimental indisoluble. Animalmente se estrecharon en la cavidad de un reclamo de su especie, y animalmente, como otra bestia cualquiera, la vió seguir indiferente al través de la selva.

¿Piedad acaso? Ni ella, ni él, eran capaces de sentir el efluvio de una fuerza generosa.

¿Quién triunfaría de quién?

*
* *

Rudescinda, como lo había repetido en ocasiones, andaba de rodeo cierta mañana, sus compañeros la habían perdido de vista cuando escucharon algunas detonaciones, y la vieron salir a campo raso persiguiendo a alguien, que acobar-

dado y tembloroso caía de su montura herido y suplicante. Era uno de los secuaces de Martín Peguero.

—¿Qué hacemos con este hombre? —preguntó uno de los ayudantes de Rudescinda.

—Suéitenlo —contestó ella, y dirigiéndose al prisionero, agregó:

—Ve y dile a tu jefe, que no sea *fatulo*, y que me saiga ai claro.

Ordenó que le bajaran los pantalones, le propinó doce nalgadas acompañándolas de este modo:

—Once pa tí, y una pa tu amo.

* *

El desdichado amigo de Martín Peguero, cojeando y cariacontecido volvió su caballo y se perdió monte adentro bajo los disparos que entre burlas y carcajadas le hacía Rudescinda.

Tal ultraje no podía menos que enconar a Martín Peguero, que al enterarse de lo que contaba su compañero se sentía arrepentido de no haber tumbado a su enemiga en una de las veces que lo pudo hacer sin riesgo para él y para los suyos.

Juró vengarse, y lo haría en la primera oportunidad.

* *

El arroyo Matapuercos cortaba el camino que entre dos montes se hundía en sus aguas escasas. El bosque estaba un poco más alto que la orilla y que el camino, y desde el tronco de los árboles era fácil ver a los transeuntes sin que ellos lo advirtieran.

Rudescinda tenía que regresar por ese camino al volver de un viaje corto que hubo de realizar. La muerte la

esperaba irremisiblemente aun cuando quisiera defenderse, viniera sola o acompañada.

Para quienes la aguardaban, aquel instante era pleno de emociones. El ruido del viento en el follaje, las pisadas lentas del ganado sediento que se acercaba al arroyo, los cascos del caballo de un viajero, todo cuanto circundara aquel paso del río, ponía extraño acezar en cada pecho, ansiedad en cada gesto, y un anhelo infinito de acabar pronto.

Para Rudescinda no hubiera sido sorpresa que Martín Peguero la esperara un día en medio de un camino, y estaba perfectamente preparada para ello. Portaba armas suficientes para aspirar a reducirlo a la impotencia, iba siempre sobre un brioso caballo, y era de infalible puntería.

El paso del arroyo Matapuerco inspiraba grima a cuantos tenían pendiente alguna deuda de sangre, y por eso, cuando a la luz de un sol casi en poniente, Rudescinda tensó las bridas de su montura, escrutó el alto montículo y se dispuso a cruzar el río.

El blanco que presentaba la puso en la boca de los fusiles, y resonó una descarga.

Se encabritó su caballo sobre las patas traseras, y se desplomó como una mole. De pié la Cacica de Los Hatillos, disparó sobre el monte con un coraje digno de varones sin miedo.

Otra descarga retumbó en el monte, y ella contestó a la vez que disparaba, gritándoles con rabia:

—Si son hombres de veidá, saigan ai claro.

Se atrevió Martín Peguero a salir de su escondrijo, y al descubrirlo ella, le tumbó el sombrero de un balazo.

Como se ocultara de nuevo, aún tuvo tiempo Rudescinda de vocearle:

—Párate, pendejo, si eres hombre.

Y una bala la atravesó la frente, cayendo con la cabeza reclinada sobre el vientre rígido de su cabalgadura.

El arroyo Matapuercos siguió su curso como silabeando una oración.

El Cacicazgo de Los Hatillos rodó por el suelo sin lágrimas ni amor.

Años después, cuando en un calabozo de la Torre del Homenaje, un compañero de presidio, preguntó a Martín Peguero, cómo había muerto aquella mujer, éste contestó con cierto remordimiento:

—¡¡Como un hombre!!

—FIN—

editora
AO
alfa y omega

**Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de la editora
ALFA Y OMEGA
durante el mes de abril de 1983
Santo Domingo,
República Dominicana.**





Rafael Damirón ha sido quizás y sin quizás el autor dominicano que más obras ha escrito acerca de asuntos dominicanos. *La Casica*, *¡Ay! De los Vencidos*, *Revolución*, *De Nuestro Sur Remoto*, *Cronicones de Antaño*, *La Sonrisa de Concho*, *Estampas* y muchas otras más, incluyendo siete obras teatrales, son testimonio fehaciente de cuanto acabamos de expresar.

Por otra parte, su labor periodística fue siempre fluida y abundante, como es fácil comprobarlo por la lectura de sus artículos publicados en distintos periódicos y revistas. Porque para Damirón, como él mismo lo afirmaba, escribir le era tan apremiante como cumplir una necesidad fisiológica. Tal fue su vocación de escritor.

Su prosa ágil, vigorosa, descriptiva y realista, estuvo siempre saturada de inigualable gracia y fluidez. Toda su obra revela un profundo conocimiento del ambiente dominicano y aparece siempre saturada de sensibilidad y romanticismo, porque Damirón fue, además de prosista, un genuino poeta que ha dejado tras de sí un caudal de apreciables poesías.

Esta obra que reproducimos ahora, no habrá de desmentir cuanto hemos afirmado. Su lectura ha de dejar en todos sus lectores una honda sensación difícil de borrar, pues nos da a conocer algunos episodios de nuestras luchas políticas y caudillescas. Rudesinda es nuestra Doña Bárbara criolla; valiente y audaz casica dominicana de Hato Mayor del Rey.